ÉXITO DE LIBRERÍA DEL *NEW YORK TIMES*

VOLVAMOS
A LAS
RAÍCES
DE LA FE

RADICAL



DAVID
PLATT

«David Platt desafía a los cristianos a despertar, a cambiar los falsos valores [...] y a aceptar la idea de que Dios nos bendice a cada uno de nosotros con un propósito global [...] ¡Todo cristiano debe leer este libro!»
WESS STAFFORD, presidente y director general de ***Compassion International***

Respuesta a *Radical*

«En su nuevo y convincente libro, *Radical*, David Platt ofrece una imagen poderosa de la iglesia actual en Estados Unidos que, en puntos clave, se opone por completo a lo que la Biblia nos muestra respecto a la persona y el propósito de Jesucristo. David desafía a los cristianos a despertar, a cambiar los falsos valores arraigados en el sueño americano y a aceptar la idea de que Dios nos bendice a cada uno de nosotros con un propósito global: ¡hacer que todas las naciones conozcan la gloria de Cristo! ¡Todo cristiano debe leer este libro!».

Wess Stafford, presidente y director general de
Compassion International

«Hemos entrado a una generación de líderes jóvenes que, si fuera necesario, están dispuestos a rendir el sueño americano a fin de aceptar de manera total, compasiva y de todo corazón un sueño mayor: la Gran Comisión. Ningún autor me ha desafiado tanto como David Platt. Lee *Radical,* recibe bendición y comienza a cambiar».

Johnny Hunt, presidente de la Convención Bautista del Sur y
pastor de la Primera Iglesia Bautista de Woodstock

« *Radical* te hará ir de un lado al otro en el espectro de dos palabras: *huy* y *amén*. Las verdades duras hacen eso. Nos desafían a examinar nuestras vidas y, luego, a escoger lo perdurable en lugar de lo temporal. Lee *Radical* si estás listo para vivir de manera diferente».

Gregg Matte, pastor principal de la
Primera Iglesia Bautista de Houston

«A todos los que sinceramente se comprometen con su desafío, el libro de David Platt los deja insatisfechos… y frente a una decisión: *¿Cómo se vería la fe auténtica en mi vida?* Este libro tiene el potencial de revitalizar a las iglesias de hoy de modo que practiquen un estilo de vida bíblico y radical que pueda transformar la sociedad y alcanzar al mundo perdido».

Jerry Rankin, presidente de la
Junta de Misiones Internacionales, Convención Bautista del Sur

«A la iglesia del Señor Jesús la ha seducido un hábil seductor: el sueño americano. David Platt desenmascara a este enemigo del auténtico cristianismo y proporciona una vía de escape a través de la fe radical que lleva a una obediencia radical. Después de leer este libro, no soy el mismo. Confío en que sucederá lo mismo contigo».

Daniel L. Akin, presidente del
Seminario Teológico Bautista del Sudeste

«Es casi imposible evitar que los ídolos de nuestra cultura influyan en nosotros, ya sea que lo deseemos o no. Sin duda, esto es cierto cuando se trata del llamado sueño americano. ¡Debemos abrir los ojos! ¡Necesitamos ayuda! En este desafiante y profundo libro, David Platt nos muestra la manera de vivir para Alguien y para algo superior».

Darrin Patrick, pastor fundador de
The Journey, St. Louis

«Algunas veces, la gente recomendará un libro diciendo: "No desearás dejarlo". No puedo decir lo mismo de este libro. Muchas veces, querrás dejarlo. Si te pareces a mí, a medida que leas *Radical,* de David Platt, te sentirás incómodamente señalado por el Espíritu Santo. Verás lo acomodado que estás al sueño americano. Sin embargo, aquí encontrarás otro camino, uno que sabes que es verdadero, porque has escuchado de esto antes en las palabras del Señor Jesús, tal vez con mayor fuerza en el sencillo llamado de "Sígueme"».

Russell D. Moore, decano del
Seminario Teológico Bautista del Sur

«A través de un sólido escrutinio de la Escritura y de convincentes testimonios de creyentes que soportan la persecución, mi amigo David Platt descorre la cortina para mostrarnos peligros sutiles que debilitan a la iglesia en nuestra cultura occidental. *Radical* es el llamado urgente que necesitamos para preocuparnos más por la gente perdida en lo espiritual y con empobrecimiento físico que hay en el mundo».



Ed Stetzer, presidente de *LifeWay Research*

VOLVAMOS

A LAS

RAÍCES

DE LA FE

RADICAL



DAVID
PLATT





Publicado por

Editorial Unilit

Miami, Fl. 33172

Originalmente publicado en inglés con el título:

Radical por David Platt.

Publicado por *Multnomah Books*, un sello de *The Crown Publishing Group*, una división de Random House, Inc.,

12265 Oracle Boulevard, Suite 200, Colorado Springs, CO 80921 USA

Proyecto en colaboración con Yates & Yates, LLP, www.yates2.com

Publicado en español con permiso de Multnomah Books, un sello de

The Crown Publishing Group, una división de Random House, Inc.

(This translation published by arrangement with Multnomah Books, an imprint of *The Crown Publishing Group*, a division of Random House, Inc.)

Traducción: Cecilia Romanenghi de De Francesco

Edición: Nancy Pineda

Las cursivas en las citas de las Escrituras indican el énfasis añadido del autor.

Los detalles en algunas anécdotas e historias se cambiaron a fin de proteger las identidades de las personas involucradas.

NOTA: Los fundamentos del «sueño americano» son el materialismo y la autosuperación, dos elementos que contradicen la enseñanza del evangelio.

Producto 495782 • ISBN 0-7899-1975-3 • ISBN 978-0-7899-1975-5

Impreso en Estados Unidos de América *Printed in The United States of America*

Categoria:Vida cristiana *Crecimiento espiritual* General

Category: Christian Living *Spiritual Growth* General

A Heather:
Mi hermosa esposa y mi mejor amiga



CONTENIDO

Capítulo uno



Alguien por quien vale la pena perderlo todo

Lo que en verdad significa la renuncia radical para Jesús

El pastor más joven de una megaiglesia en la historia». Aunque hubiera discutido tal aseveración, esta fue la etiqueta que me pusieron cuando fui a pastorear una iglesia grande y floreciente del Profundo Sur: la iglesia de Brook Hills en Birmingham, Alabama. Desde el primer día, me encontré inmerso en estrategias para hacer que la iglesia fuera mayor y mejor. Autores que respeto mucho hubieran dicho: «Decide lo grande que quieres que sea tu iglesia y trata de llegar a esa meta, ya sean cinco, diez o veinte mil miembros». Pronto, mi nombre casi estaba a la cabeza de la lista de los pastores de las iglesias de más rápido crecimiento en Estados Unidos. Allí estaba… viviendo el sueño de la iglesia americana.

Sin embargo, cada vez me sentía más inquieto. Ante todo, mi modelo en el ministerio es el de un hombre que pasó la mayor parte de su ministerio con doce hombres. Un hombre que, cuando dejó esta tierra, solo tenía unas ciento veinte personas que hacían lo que Él les decía que hicieran. En realidad, era más una miniiglesia. Jesucristo, el pastor más joven de una miniiglesia de la historia.

Entonces, ¿cómo podía reconciliar la idea de pastorear a miles de personas, con la realidad de que a mi mayor ejemplo en el ministerio lo conocían por alejar a miles de personas? Cada vez que crecía la multitud, decía algo así: «Si no comen la carne del Hijo del hombre ni beben su sangre, no tienen realmente vida»[1]. No era precisamente la táctica más indicada para el crecimiento de la iglesia. Casi puedo imaginarme la

expresión en las caras de los discípulos. «¡No, que no mencione lo de beber su sangre! Nunca entraremos en la lista de los movimientos con más rápido crecimiento si sigue pidiéndoles que lo coman».

Al final de este discurso, todas las multitudes se marchaban y solo quedaban doce[2]. Al parecer, a Jesús no le interesaba venderse a las masas. Sus invitaciones a los posibles seguidores eran, sin duda, más costosas de lo que las multitudes estaban dispuestas a aceptar, y a Él parecía no molestarle. En su lugar, se concentró en los pocos que creían en Él cuando decía cosas radicales. Y a través de la obediencia radical de estos, cambió el curso de la historia.

Pronto, me di cuenta de que esta dirección me llevaba a chocar con la cultura eclesiástica estadounidense, donde el éxito se define por multitudes mayores, presupuestos mayores y edificios mayores. Ahora, me enfrentaba a una alarmante realidad: Jesús despreciaba las cosas que eran más importantes para mi cultura de iglesia. Entonces, ¿qué debía hacer? Me enfrenté a dos grandes preguntas.

La primera era simple. *¿Estaba dispuesto a creerle a Jesús?* ¿Estaba dispuesto a escoger a Jesús aunque hubiera dicho cosas radicales que alejaban a las multitudes?

La segunda pregunta fue más desafiante. *¿Estaba dispuesto a obedecer a Jesús?* Mi mayor temor, incluso ahora, es escuchar las palabras de Jesús y hacer oídos sordos, satisfecho con conformarme con algo menor que una obediencia radical a Él. En otras palabras, mi mayor temor es hacer con exactitud lo que hizo la mayoría de la gente cuando se encontró con Jesús en el primer siglo.

Por eso escribí este libro. Estoy en un proceso. Aun así, estoy convencido de que no es solo un proceso para pastores. Estoy convencido de que estas preguntas son críticas para toda la comunidad de fe en nuestro país en el día de hoy. Estoy convencido de que como seguidores de Cristo en las iglesias estadounidenses hemos adoptado valores e ideas que no solo son antibíblicos, sino que, en realidad, contradicen el evangelio que decimos creer. Y estoy convencido de que tenemos una opción.

Tú y yo podemos decidir continuar como siempre con la vida cristiana y con la iglesia en su totalidad, disfrutando del éxito basado en las normas definidas por la cultura que nos rodea, o podemos darle una mirada sincera

al Jesús de la Biblia y atrevernos a preguntarnos cuáles serían las consecuencias si le creyéramos y le obedeciéramos de verdad.

Te invito a unirte a este proceso. No pretendo tener todas las respuestas. En realidad, tengo más preguntas que respuestas. No obstante, si Jesús es quien dijo ser, y si sus promesas merecen tanto la pena como dice la Biblia, podemos descubrir que la satisfacción en nuestras vidas y el éxito en la iglesia no se encuentran en lo que nuestra cultura considera más importante, sino en una renuncia radical para seguir a Jesús.

CHARCOS DE LÁGRIMAS

Imagina una habitación con una iluminación tenue y todas las persianas cerradas. Veinte líderes de distintas iglesias de la zona sentados en el piso formando un círculo con las Biblias abiertas. Algunos tenían las frentes empapadas de sudor después de caminar kilómetros para llegar allí. Otros estaban sucios por el polvo de los pueblos desde donde salieron temprano esa mañana en bicicleta.

Estaban reunidos en secreto. Vinieron a propósito hasta este lugar a diferentes horas a lo largo de la mañana, a fin de no llamar la atención a la reunión que se celebraba. Vivían en un país de Asia donde es ilegal reunirse de esta manera. Si los pescaban, podían perder su tierra, sus trabajos, sus familias o sus vidas.

Escuchaba mientras contaban historias de lo que Dios estaba haciendo en sus iglesias. Un hombre estaba sentado en un rincón. Era fornido y actuaba como el jefe de la seguridad, por decirlo de algún modo. Cada vez que se oía una llamada a la puerta o había un ruido fuera de la ventana, todos en la habitación se quedaban helados por el nerviosismo hasta que este hermano iba a asegurarse de que todo estaba bien. Mientras hablaba, su tosca apariencia revelaba enseguida un corazón tierno.

«Algunas personas de mi iglesia se han ido debido a una secta», dijo. A esta secta en particular la conocían por raptar creyentes, llevarlos a lugares aislados y torturarlos. No es raro que a los hermanos les cortaran la lengua.

A medida que contaba los peligros a los que se enfrentaban los miembros de su iglesia, se me llenaban los ojos de lágrimas. «Estoy dolido», dijo, «y necesito la gracia de Dios para guiar a mi congregación a través de estos ataques».

A continuación, habló una mujer al otro lado de la habitación. «Hace poco, a algunos miembros de mi iglesia los enfrentaron funcionarios oficiales del gobierno», continuó. «Amenazaron a sus familias y les dijeron que si no dejaban de juntarse para estudiar la Biblia, perderían todo lo que tenían». Pidió oración diciendo: «Necesito saber cómo dirigir a mi congregación para que siga a Cristo aunque les cueste todo».

Al mirar alrededor de la habitación, vi que ahora todos tenían lágrimas en los ojos. Las luchas que estos hermanos expresaron no eran aisladas. Todos se miraron y dijeron: «Debemos orar». De inmediato, se pusieron de rodillas y con los rostros en el suelo, comenzaron a clamar a Dios. Sus oraciones no estaban tan marcadas por un elocuente lenguaje teológico, sino por una alabanza y un ruego de corazón.

«Oh, Dios, gracias por amarnos».

«Oh, Dios, te necesitamos».

«Jesús, te entregamos nuestras vidas».

«Jesús, confiamos en ti».

Lloraban de forma audible delante de Dios mientras un lí der tras otro oraba. Al cabo de una hora más o menos, la habitación quedó en silencio y se levantaron del piso. Humillado por lo que acababa de presenciar, vi charcos de lágrimas en un círculo alrededor de la habitación.

A partir de entonces, Dios me ha concedido muchas otras oportunidades de reunirme con creyentes en las casas iglesias clandestinas de Asia. Allí, los hombres y las mujeres arriesgan todo por seguir a Cristo.

Hombres como Jian, un médico asiático que dejó su exitosa clínica de salud, y que ahora arriesga su vida y las vidas de su esposa y sus dos hijos para proporcionar atención médica a las empobrecidas aldeas, mientras instruye en secreto toda una conexión de redes de líderes de casas iglesias.

Mujeres como Lin, que enseña en una universidad donde es ilegal extender el evangelio. Se reúne en secreto con los estudiantes para hablar de las demandas de Cristo, aunque podría perder su medio de vida por hacerlo.

Adolescentes como Shan y Ling a quienes han enviado desde las casas iglesias de sus aldeas para realizar estudios intensivos y prepararse para

llevar el evangelio a partes de Asia donde no hay iglesias.

Ling me dijo: «Le he dicho a mi familia que es probable que nunca regrese a casa. Voy a llevar el evangelio a lugares difíciles y es probable que pierda la vida en el proceso».

Shan añadió: «Sin embargo, nuestras familias comprenden. Nuestras madres y nuestros padres han estado en prisión a causa de su fe, y nos han enseñado que Jesús es digno de toda nuestra devoción».

UNA ESCENA DIFERENTE

Tres semanas después de mi tercer viaje a las casas iglesias clandestinas en Asia, comencé mi primer domingo como pastor de una iglesia en Estados Unidos. La escena era muy diferente. En lugar de luces tenues, el auditorio de ahora estaba iluminado con luces al estilo de un teatro. En lugar de viajar kilómetros a pie o en bicicleta para reunirse a celebrar un culto, habíamos llegado en vehículos que en su conjunto valen millones de dólares. Vestidos con ropa elegante, nos sentamos en sillas con cojines.

Para ser sincero, no era mucho lo que estaba en juego. Muchos habían venido porque esa era su rutina habitual. Algunos habían venido solo para ver quién era el nuevo pastor. Sin embargo, nadie había venido a riesgo de su vida.

Esa tarde, las multitudes llenaban el estacionamiento del predio multimillonario en expansión de nuestra iglesia. Las madres, los padres y sus niños saltaban sobre juegos hinchables. Se estaban discutiendo planes que contemplaban el uso del terreno adyacente para construir un centro de recreación vanguardista con comodidades que pudieran proporcionar más actividades como esta.

Por favor, no malinterpretes esta escena. Estaba llena de cristianos maravillosos, bienintencionados, con fundamento bíblico, que querían darme la bienvenida y disfrutar los unos de los otros. Gente como tú y como yo, que solo deseamos la comunión, que queremos participar en la iglesia y que creemos que Dios es importante en nuestra vida. No obstante, como nuevo pastor que comparaba las imágenes que me rodeaban ese día con las que todavía tenía frescas en mi mente de los hermanos y hermanas al otro lado del mundo, no pude evitar pensar que en alguna parte del camino hemos perdido lo que es radical de nuestra fe y lo hemos sustituido por lo

que es cómodo. Nos estábamos acomodando a un cristianismo que gira en torno al cuidado de nosotros mismos, siendo que el mensaje central del cristianismo es renunciar a nosotros mismos.

DIGÁMOSLE A LA GENTE QUE SIGA A CRISTO

Al final de Lucas 9, encontramos una historia que habla de tres hombres que se acercaron a Jesús, ansiosos de seguirlo. Sin embargo, de manera sorprendente, Jesús parece tratar de disuadirlos. El primer hombre dijo: «Te seguiré a dondequiera que vayas». Jesús respondió: «Las zorras tienen madrigueras y las aves tienen nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza»[3]. En otras palabras, Jesús le dijo a este hombre que no esperara tener un hogar en el viaje que tenía por delante. Los seguidores de Cristo no tienen garantía de que sus necesidades básicas de refugio estarán cubiertas.

El segundo hombre le dijo a Jesús que su padre acababa de morir. El hombre quería regresar, enterrar a su padre y luego seguir a Jesús.

Jesús le respondió: «Deja que los muertos entierren a sus propios muertos, pero tú ve y proclama el reino de Dios»[4].

Recuerdo vívidamente el momento en que mi padre murió de manera inesperada de un ataque al corazón. En medio del inmenso dolor de los días que siguieron y del profundo deseo de mi corazón de honrar a mi padre en el funeral, no puedo imaginar oír esas palabras de Jesús: «Ni siquiera vayas al funeral de tu padre. Hay cosas más importantes que hacer».

Un tercer hombre se acercó a Jesús y le dijo que deseaba seguirlo, pero antes de hacerlo, quería despedirse de su familia. Jesús no se lo permitió. Le dijo: «Nadie que mire atrás después de poner la mano en el arado es apto para el reino de Dios»[5]. Dicho de manera sencilla, una relación con Jesús requiere una devoción total, superior y exclusiva.

Quedarse sin casa.

Dejar que alguien entierre a tu padre.

Ni siquiera despedirte de la familia.

¿Es sorprendente que, después de lo que leímos en Lucas 9, Jesús tuviera éxito en convencer a estos hombres de que no lo siguieran?

La primera vez que oí predicar sobre este texto fue de labios del Dr. Jim Shaddix. Era mi profesor en predicación y me había mudado a Nueva Orleans específicamente para estudiar con él. Al poco tiempo de llegar allí, el Dr. Shaddix me invitó a viajar con él a una reunión especial donde debía hablar. Me senté en la primera fila, en medio de cientos de personas, y escuché cómo comenzaba su sermón.

«Esta noche mi objetivo es disuadirlos de seguir a Jesús».

Abrí los ojos asombrado y confundido. ¿Qué estaba pensando? ¿Qué estaba pensando *yo*? Acababa de mudar mi vida a Nueva Orleans para estudiar con un hombre que persuade a la gente de que no siga a Jesús.

El Dr. Shaddix predicó el sermón exactamente como lo describe Lucas 9, y les dio advertencias a los potenciales discípulos sobre lo que implica seguir a Jesús. Al final, invitó a la gente que deseaba seguir a Cristo a que pasara al frente. Ante mi sorpresa, muchos en la multitud se levantaron de sus asientos y pasaron adelante. Me quedé sentado estupefacto y comencé a pensar: *Entonces, esto es una táctica de predicación, una especie de psicología inversa santificada. Y da resultado. Si les dices que tratarás de persuadirlos para que no sigan a Jesús, responden en multitud*.

Estaba decidido a intentarlo.

A la semana siguiente, me encontraba predicando en un encuentro juvenil. Siguiendo el ejemplo del Dr. Shaddix, me paré orgulloso frente a los estudiantes reunidos esa noche y anuncié: «Mi objetivo esta noche es disuadirlos de seguir a Jesús». Pude ver que los líderes del encuentro abrían los ojos preocupados, pero yo sabía lo que hacía. Después de todo, hacía unas pocas semanas que estaba en el seminario y esto lo había visto hacer antes. Entonces, prediqué el mensaje e invité a los estudiantes que querían seguir a Cristo a pasar adelante.

Al parecer, tuve más éxito que el Dr. Shaddix al predicar ese mensaje. Digamos que estuve parado solo en el frente durante un momento hasta que por fin el organizador del encuentro decidió que era hora de terminar. Por alguna razón, nunca volvieron a invitarme.

Contrario a lo que hubiera podido pensar de Lucas 9, Jesús no utilizaba un truco para conseguir más seguidores. Solo dejaba en claro con osadía y desde el principio que, si lo sigues, abandonas todo: tus necesidades, tus deseos y hasta tu familia.

ENTREGA RADICAL

Los acontecimientos en Lucas 9 tampoco fueron incidentes aislados en la vida de Jesús. En otra ocasión, cuando estaba rodeado de una multitud de seguidores dispuestos, Jesús se volvió hacia ellos y les recalcó: «Si alguno viene a mí y no sacrifica el amor a su padre y a su madre, a su esposa y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aun a su propia vida, no puede ser mi discípulo»[6]. Imagínate oír estas palabras de un desconocido maestro judío en el primer siglo. A la mayoría de nosotros nos hubiera perdido a la primera palabra. No obstante, continuó: «Y el que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo»[7]. Ahora bien, esto ya está subiendo de tono. *Levanta un instrumento de tortura y sígueme*. Esto se vuelve bastante extraño… y un tanto espeluznante. Imagina a un líder que sube a escena hoy e invita a todos los que quieran seguirlo a tomar una silla eléctrica y ser sus discípulos. ¿Alguien quiere?

Como si este versículo no fuera suficiente, Jesús terminó su sensible alegato con una conclusión que tocaba las emociones y los sentimientos más profundos. «Cualquiera de ustedes que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo»[8]. Renuncia a todo lo que tienes, carga una cruz y sacrifica el amor a tu familia. Esto parece muy distinto a: «Acepta, cree, confiesa y haz conmigo la siguiente oración».

Y eso todavía no es todo. Considera Marcos 10, otro momento en que apareció un potencial seguidor. Era un hombre joven, rico, inteligente e influyente. Era un potencial seguidor de primera, por decir poco. Y como si no fuera suficiente, estaba dispuesto y listo para seguir al Señor. Vino corriendo a Jesús, se inclinó hasta el suelo y dijo: «¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?»[9].

Si estuviéramos en los zapatos de Jesús, es probable que pensaríamos que esta es nuestra oportunidad. Con un simple: «Repite esta oración, firma esta tarjeta, inclina la cabeza y repite conmigo», este hombre está adentro. Luego, piensa en todo lo que puede hacer un hombre como este, con toda su influencia y prestigio. Podemos incluirlo en el circuito evangelizador. Puede comenzar a contar su testimonio, a firmar libros, a juntar dinero para la causa. No se necesita mucho esfuerzo; tenemos que tenerlo adentro.

Es lamentable, pero Jesús no tenía los libros de evangelización personal que tenemos hoy y que nos dicen cómo echar la red y cerrar el trato. En

cambio, Jesús solo le dijo lo siguiente: «Una sola cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme»[10]. ¿En qué estaba pensando? Jesús había cometido el clásico disparate de dejar escapar al pez gordo. El costo era demasiado elevado.

Sin embargo, la clase de entrega que Jesús le pidió al joven rico es la parte medular de la invitación que hace Jesús en todos los Evangelios. Hasta el sencillo llamado en Mateo 4 a sus discípulos, «Sígueme», contenía implicaciones radicales para sus vidas. Jesús los llamaba a abandonar la comodidad, todo lo que les era conocido y natural.

Los llamaba a abandonar sus carreras. Debían reorientar el trabajo de todas sus vidas alrededor del discipulado de Jesús. Los planes de Él se tragaban sus planes y sueños.

Jesús los llamaba a abandonar sus posesiones. En efecto, les decía: «Dejen las redes y sus negocios como exitosos pescadores».

Jesús los llamaba a abandonar a sus familias y amigos. Cuando Jacobo y Juan dejaron a su padre, vemos cómo cobran vida las palabras de Jesús en Lucas 14.

En definitiva, Jesús los llamaba a renunciar a sí mismos. Dejaban la seguridad por la inseguridad y el peligro, en lugar de protegerse, se entregaban por sí solos. En un mundo que premia al que se promociona a sí mismo, seguían a un maestro que les enseñaba a crucificarse a sí mismos. Y la historia nos cuenta el resultado. Casi todos perdieron sus vidas por haber respondido a su invitación.

¿Y QUÉ HAY DE NOSOTROS?

Pongámonos en los zapatos de estos entusiastas seguidores de Jesús del primer siglo. ¿Y si yo fuera el discípulo potencial al que le dijeran que dejara las redes? ¿Y si tú fueras ese a quien Jesús le dijo que ni siquiera se despidiera de su familia? ¿Y si se nos dijera que aborrezcamos a nuestra familia y renunciemos a todo lo que tenemos para seguir a Jesús?

Aquí es donde nos enfrentamos a una peligrosa realidad. *Debemos* renunciar a todo lo que tenemos para seguir a Jesús. *Debemos* amarlo de tal manera que nuestras relaciones más queridas en este mundo parezcan sin

importancia. Y es absolutamente probable que *nos diga* que vendamos todo lo que tenemos y se lo demos a los pobres.

Sin embargo, no queremos creerlo. Tenemos temor de lo que pudiera significar para nuestra vida. Entonces, pasamos estos pasajes por la razón. «Jesús no nos diría que no enterremos a nuestro padre o que no le digamos adiós a nuestra familia. Jesús no dijo literalmente que vendamos todo lo que tenemos y se lo demos a los pobres. Lo que en realidad quiso decir fue…».

Y aquí es donde debemos hacer una pausa, porque estamos comenzando a redefinir el cristianismo. Estamos cediendo a la peligrosa tentación de tomar al Jesús de la Biblia y torcerlo hasta obtener una versión con la que nos sintamos más cómodos.Un Jesús agradable, de clase media y estadounidense. Un Jesús que no se preocupe por el materialismo y que nunca sea capaz de pedirnos que demos todo lo que tenemos. Un Jesús que no espere que abandonemos nuestras relaciones más estrechas para que Él reciba todo nuestro afecto. Un Jesús que no tenga problema con la devoción nominal que no invade nuestras comodidades porque, después de todo, Él nos ama tal cual somos. Un Jesús que quiere que seamos equilibrados, que evitemos los peligros extremos y que, en realidad, quiere que evitemos toda clase de peligro. Un Jesús que nos consuele y nos dé prosperidad mientras vivimos nuestro paseo cristiano en el sueño americano[10a].

Sin embargo, ¿nos damos cuenta de lo que estamos haciendo? Estamos moldeando a Jesús a nuestra imagen. Comienza a parecerse mucho a nosotros porque ese Jesús es con el que nos sentimos más cómodos. Y el peligro es que cuando nos reunimos en nuestros templos para cantar y levantar las manos en adoración, es probable que no estemos adorando al Jesús de la Biblia. En cambio, podemos estar adorándonos a nosotros mismos.

EL COSTO DE LA FALTA DE DISCIPULADO

Dietrich Bonhoeffer, un teólogo alemán que luchó por seguir a Cristo en medio del gobierno nazi, fue el autor de uno de los grandes libros cristianos del siglo XX. Allí escribió que el primer llamado que experimenta todo cristiano es «el llamado a abandonar lo que lo liga al mundo». El tema del libro se resume en una potente oración: «Cuando Cristo llama a un hombre, le pide que venga y muera»[11]. Bonhoeffer tituló de manera muy adecuada su

libro *El costo del discipulado*.

Basándonos en lo que nos dicen los Evangelios respecto a Jesús, debemos estar de acuerdo en que el costo del discipulado es grande. Entonces, me pregunto si el costo de la falta del discipulado no es incluso mayor.

Sin duda, el precio es alto para la gente que no conoce a Cristo y que vive en un mundo donde los cristianos escapan de la fe que lleva a negarse a uno mismo y se acomodan en una fe que les permite la complacencia propia. Mientras los cristianos deciden pasar la vida cumpliendo el sueño americano en lugar de entregar sus vidas para proclamar el reino de Dios, literalmente miles de millones de personas necesitadas del evangelio permanecen en la oscuridad.

Pocos meses antes de ser pastor, me paré en lo alto de una montaña en el corazón de Hyderabad, India. Este punto alto de la ciudad albergaba un templo para los dioses hindúes. Olía las ofrendas que se les habían ofrecido a los dioses de madera que tenía detrás de mí. Vi multitudes de personas delante de mí. En cualquier dirección que girara, podía ver un centro urbano con millones y millones de personas.

Fue entonces cuando me di cuenta. La abrumadora mayoría de esta gente nunca había escuchado siquiera el evangelio. Ofrecen sacrificios religiosos todos los días porque nadie les ha dicho que, en Cristo, ya se ofreció el sacrificio definitivo en su favor. Como resultado, viven sin Cristo y si nada cambia, también morirán sin Él.

Mientras estaba parado allí en esa montaña, Dios dominó mi corazón e inundó mi mente con una palabra resonante: «Despierta». Despierta y date cuenta de que hay cosas infinitamente más importantes en tu vida que el fútbol y una cuenta de ahorros. Despierta y comprende que hay batallas reales que pelear, diferentes por completo a las «batallas» superficiales e insignificantes en las que te concentras. Despierta a las incontables multitudes que hoy están destinadas a una eternidad sin Cristo.

El precio de nuestra falta de discipulado es alto para quienes están sin Cristo. También es alto para los pobres de este mundo.

Considera el costo cuando los cristianos pasan por alto que Jesús les manda a vender sus posesiones y darles a los pobres y, en cambio, deciden

gastar sus recursos en mejores comodidades, casas mayores, autos más bonitos y más pertenencias. Considera el costo cuando estos cristianos se reúnen en los templos y deciden gastar millones de dólares en bonitos edificios donde reunirse, en sillas mullidas donde sentarse y en interminables programas para disfrutar. Considera el costo para las multitudes muertas de hambre que quedan fuera de la puerta de la opulencia cristiana contemporánea.

Recuerdo cuando me preparaba para hacer el primer viaje a Sudán en 2001. El país todavía estaba en guerra y la región de Darfur, al oeste de Sudán, había comenzado a salir en los titulares. Un par de meses antes de partir, recibí una publicación cristiana de noticias en el correo electrónico. La portada tenía dos titulares uno al lado del otro. No estoy seguro de si el editor planeó poner estos titulares en particular uno junto al otro o si, en realidad, se le pasó por alto y cometió un grave error.

El título de la izquierda decía: «Primera Iglesia Bautista celebra la inauguración de su nuevo edificio de veintitrés millones de dólares». A continuación, un largo artículo elogiaba el nuevo y costoso santuario. Describía en detalle el mármol exquisito, el intrincado diseño y los hermosos vidrios de colores.

A la derecha, había un artículo mucho más pequeño. El título decía: «Ayuda humanitaria de los bautistas a los refugiados sudaneses». Como estaba a punto de ir a Sudán, este título atrajo mi atención. El artículo describía a trescientos cincuenta mil refugiados al oeste de Sudán que morían de desnutrición y que no podían llegar al final del año. Brevemente, explicaba sus sufrimientos y contingencias. La última oración decía que los bautistas enviaron dinero para ayudar a aliviar el sufrimiento de los sudaneses. Me entusiasmé hasta que llegué a la cifra.

Ahora, recuerda lo que decía a la izquierda: «Primera Iglesia Bautista celebra la inauguración de su nuevo edificio de veintitrés millones de dólares». A la derecha, el artículo decía: «Los bautistas recaudaron cinco mil dólares para enviarles a los refugiados al oeste de Sudán».

Cinco mil dólares.

Esto no alcanza para movilizar un avión hasta Sudán y mucho menos una gota de agua para la gente que la necesitaba.

Veintitrés millones de dólares para un adornado santuario y cinco mil dólares para cientos de miles de hombres, mujeres y niños que morían de hambre, sin tener fe en Cristo en su mayoría.

¿Adónde nos equivocamos?

¿Cómo llegamos al punto en que esto resulta tolerable?

Por cierto, el costo de la falta del discipulado es grande. El costo de los creyentes que no se toman en serio a Jesús es vasto para quienes no conocen a Cristo y devastador para quienes mueren de hambre y sufren en el mundo. Sin embargo, no son solo ellos los que pagan el costo de la falta de discipulado. Nosotros también lo pagamos.

EL LLAMADO A ATESORAR

¿Captaste lo que dijo Jesús cuando le respondió al joven rico que abandonara sus posesiones y se las diera a los pobres? Escúchalo otra vez, en particular la segunda mitad de la invitación de Jesús: «Anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, *y tendrás tesoro en el cielo*»[12]. Si nos descuidamos, podemos torcer el concepto de estas declaraciones radicales de Jesús en los Evangelios y comenzar a pensar que no quiere lo mejor para nosotros; pero sí lo quiere. Jesús no trataba de privar a este hombre de todo placer. En su lugar, le estaba ofreciendo la satisfacción del tesoro eterno. Jesús le quiso decir: «Será mejor, no solo para los pobres, sino para ti también, que rindas las posesiones que te mantienen cautivo».

Vemos que lo mismo se repite en Mateo 13. Allí, Jesús les dice a sus discípulos: «El reino de los cielos es como un tesoro escondido en un campo. Cuando un hombre lo descubrió, lo volvió a esconder, y lleno de alegría fue y vendió todo lo que tenía y compró ese campo»[13].

Me encanta esta figura. Imagínate ir caminando por un campo y tropezarte con un tesoro que es más valioso que cualquier otra cosa por la cual pudieras trabajar o que pudieras encontrar en esta vida. Es más valioso que todo lo que tienes y todo lo que tendrás en el futuro. Miras a tu alrededor y te das cuenta de que nadie más se ha dado cuenta de que el tesoro está aquí; entonces, lo cubres enseguida y te alejas como si no hubieras visto nada. Vas a la ciudad y comienzas a vender todas tus posesiones a fin de tener el dinero suficiente para comprar ese campo. El mundo piensa que estás loco.

—¿Qué estás pensando? —te preguntan tus amigos y tu familia.

—Compraré ese campo que está allí —les respondes. Te miran incrédulos.

—Esa es una inversión absurda —dicen—. ¿Por qué te estás deshaciendo de todo lo que tienes?

—Tengo una corazonada —les respondes y sonríes para tus adentros al alejarte.

Sonríes porque sabes la verdad. Sabes que, en realidad, no estás deshaciéndote de nada. Por el contrario, estás ganando. Sí, abandonas todo lo que tienes, pero al mismo tiempo ganas más de lo que podrías tener de otra manera. Entonces, con alegría (¡con alegría!) vendes todo, renuncias a todo. ¿Por qué? Porque has encontrado algo por lo que vale la pena perder todo lo demás.

Esta es la imagen de Jesús en el evangelio. Él es algo, alguien, por quien vale la pena perderlo todo. Y si nos alejamos del Jesús del evangelio, nos alejamos de las riquezas eternas. El costo de la falta del discipulado es profundamente mayor para nosotros que el costo del discipulado. Porque cuando abandonamos las baratijas de este mundo y respondemos a la invitación radical de Jesús, descubrimos el infinito tesoro de conocerlo y experimentarlo a Él.

¿ÉL LO VALE?

Esto nos lleva a la pregunta crucial que debe hacerse todo el que profesa seguir a Jesús o quien piensa seguirlo. ¿De verdad creemos que Él vale lo suficiente como para abandonarlo todo? ¿Tú y yo creemos de verdad que Jesús es tan bueno, tan satisfactorio y tan gratificante como para dejar todo lo que tenemos, todo lo que poseemos y todo lo que somos para encontrar la plenitud en Él? ¿Tú y yo le creemos lo suficiente como para obedecerlo y seguirlo a dondequiera que nos lleve, aun cuando las multitudes en nuestra cultura (y tal vez en nuestras iglesias) vayan en dirección opuesta?

En este libro quiero mostrarte que, con la mejor de las intenciones, nos hemos apartado de Jesús. En muchos aspectos, hemos adoptado a ciegas y sin saberlo valores e ideas que son comunes en nuestra cultura, pero que van en contra del evangelio que enseñamos. Aquí estamos, en medio de un

sueño americano dominado por el avance personal, la autoestima y la autosuficiencia, por el individualismo, el materialismo y el universalismo. Sin embargo, quiero mostrarte la desesperada necesidad que tenemos de volver a revisar las palabras de Jesús, de escucharlas, de creerlas y de obedecerlas. Debemos regresar con urgencia al evangelio bíblico, porque el costo de no hacerlo es elevado para nuestras vidas, nuestras familias, nuestras iglesias y el mundo que nos rodea.

Como mencioné antes, tengo más preguntas que respuestas. Además, cada día veo más desconexión entre el Cristo de la Escritura y el cristianismo que caracteriza mi vida y la iglesia que Dios me ha confiado para que guíe. Todavía me queda mucho por recorrer. Todavía nos queda mucho por recorrer.

Sin embargo, quiero conocerlo. Quiero experimentarlo. Quiero formar parte de un pueblo que se deleita en Él como los hermanos en la iglesia clandestina de Asia que no tienen nada más que a Él. Y quiero formar parte de un pueblo que lo arriesgue todo por Él.

Hoy en día, por el bien de más de mil millones de personas que todavía ni siquiera han oído el evangelio, quiero arriesgarlo todo. Por el bien de veintiséis mil personas que hoy morirán de hambre o de alguna enfermedad previsible, quiero arriesgarlo todo. Por el bien de una iglesia cada vez más aislada y relativamente ineficiente en nuestra cultura, quiero arriesgarlo todo. Por el bien de mi vida, de mi familia y de la gente que me rodea, quiero arriesgarlo todo.

Y no estoy solo. En la familia de fe a la que tengo el privilegio de liderar, me acompañan acaudalados médicos que están vendiendo sus casas para darles a los pobres o que se van al extranjero; exitosos líderes de negocios que están movilizando sus compañías para ayudar al que sufre; parejas jóvenes que se han mudado a los barrios marginales a fin de poner en práctica el evangelio; y ancianos, madres que cuidan a sus niños, estudiantes universitarios y adolescentes que están reorientando sus vidas alrededor de una entrega radical a Jesús. Les presentaré a muchos de ellos en el transcurso de este libro.

No tenemos nada de especial, pero somos prueba de que la gente común que por naturaleza se siente atraída a las comodidades del sueño americano puede convertirse a una fe radical en un Salvador radical. ¿Por qué no te

unes a nosotros?

No obstante, si tienes intenciones serias de iniciar este proceso, creo que existen un par de prerrequisitos. Están relacionados con las dos grandes preguntas que comencé a hacerme a mí mismo cuando me di cuenta de que era el líder de una megaiglesia que trataba de seguir a un líder de una miniiglesia.

Primero, desde el principio debes *comprometerte a creer* todo lo que dice Jesús. Como cristiano, sería un grave error venir a Jesús y decirle: «Quiero oír lo que dices y después decidiré si me gusta o no». Si te acercas a Jesús de esta manera, nunca oirás de verdad lo que tiene que decir. Debes decir sí a las palabras de Jesús antes de oírlas.

Luego, en segundo lugar, debes *comprometerte a obedecer* lo que has oído. El evangelio no te incita a una simple reflexión, requiere una respuesta. En el proceso de oír a Jesús, te ves obligado a darle una mirada sincera a tu vida, a tu familia y a tu iglesia, y a no decir simplemente: «¿Qué dice?», sino también: «¿Qué debo hacer?».

En las siguientes páginas, exploraremos juntos el evangelio bíblico a la par de las suposiciones de nuestra cultura con el objetivo de aceptar a Jesús tal cual es en realidad, y no al ser que hemos creado nosotros. Daremos una mirada a la verdad central de un evangelio centrado en Dios y veremos cómo lo hemos manipulado hasta convertirlo en un mensaje centrado en el ser humano (y en definitiva, insatisfactorio). Veremos un propósito para nuestra vida que trasciende el país y la cultura en que vivimos, y veremos nuestra desesperada necesidad de su presencia para cumplir ese propósito en nosotros. Descubriremos que nuestro sentido se encuentra en la comunidad y nuestra vida se encuentra en entregarnos en favor del bien de otros en la iglesia, de los perdidos y de los pobres. Evaluaremos si la verdadera seguridad se encuentra en este mundo y, al final, nos decidiremos a no desperdiciar nuestra vida en nada que no sea una entrega incondicional e intransigente a un Salvador amoroso y lleno de gracia que nos invita a correr un riesgo radical y nos promete una recompensa radical.

Capítulo dos



Demasiado hambriento para hablar

Cuando descubrimos la verdad y la belleza del evangelio

Regresa conmigo a la escena de la casa iglesia clandestina que describí en el capítulo 1. El primer día que pasé con estos creyentes, con sencillez me pidieron que guiara un estudio bíblico. «Por favor, venga mañana a las dos de la tarde».

Así que ordené algunos pensamientos para un estudio bíblico corto y fui al lugar designado, donde aguardaban unos veinte líderes de casas iglesias. No recuerdo cuándo comenzamos, pero sí recuerdo que ocho horas después todavía estábamos en pleno auge. Estudiábamos un pasaje y después ellos hacían preguntas sobre otro. Esto nos llevaba a otro tema, luego a otro, y al finalizar el día, nuestras conversaciones habían pasado por los sueños y las visiones a las lenguas y la Trinidad.

Era tarde en la noche y querían continuar estudiando, pero debían regresar a sus hogares. Entonces, nos preguntaron a los dos líderes principales y a mí:

—¿Podemos volver a reunirnos mañana?

—Me encantaría —les respondí—. ¿Nos encontramos a la misma hora?

—No, queremos comenzar temprano por la mañana —respondieron.

—Muy bien —les dije—. ¿Cuánto tiempo quisieran dedicar al estudio?

—Todo el día —contestaron.

Así comenzó un proceso en el que, durante los siguientes diez días, y durante ocho o doce horas al día, nos reuníamos a estudiar la Palabra de Dios. Estaban hambrientos.

Al segundo día, les presenté a estos creyentes relativamente nuevos la historia de Nehemías. Les hablé sobre el trasfondo y la historia de este libro de la Biblia y les mostré en Nehemías 8 la importancia de la Palabra de Dios. Luego, tuvimos un breve receso y vi a los líderes conversando seriamente sobre algo en pequeños grupos. A los pocos minutos, uno de ellos se me acercó.

—Nunca antes nos han enseñado estas verdades, y deseamos aprender más —dijo. Luego, lanzó la bomba—. ¿Estaría dispuesto a enseñarnos sobre todos los libros del Antiguo Testamento mientras está aquí?

—¿Todo el Antiguo Testamento? —dije sonriendo—. Eso llevaría mucho tiempo.

A esta altura, otros se unían a la conversación y dijeron:

—Haremos lo que sea necesario. La mayoría de nosotros somos granjeros y trabajamos todo el día, pero dejaríamos nuestros campos sin atender durante las próximas dos semanas si podemos aprender sobre el Antiguo Testamento.

Así que eso fue lo que hicimos. Al día siguiente, los guié a través de una visión global de la historia del Antiguo Testamento. Luego, comenzamos en Génesis y durante los días siguientes, nos abrimos paso por entre los principales temas y los puntos destacados de cada libro del Antiguo Testamento. Imagina lo que fue hablar sobre el Cantar de los Cantares a un grupo de creyentes asiáticos, muchos de los cuales nunca antes habían leído el libro, ¡y tan solo pedir que no hicieran preguntas!

A partir del próximo día y hasta el penúltimo, llegamos a Malaquías. Tenía doce horas más para enseñar y no tenía idea de qué decir. Una vez que has hablado sobre Habacuc, ¿qué más se puede decir?

Entonces, el último día comencé a enseñar sobre un tema al azar. Sin embargo, en menos de una hora, uno de los líderes me interrumpió.

—Tenemos un problema —dijo.

Preocupado por pensar que había dicho algo equivocado, respondí:

—¿Cuál es el problema?

—Nos ha enseñado el Antiguo Testamento, pero no nos ha enseñado sobre el Nuevo Testamento —respondió.

Sonreí, pero él hablaba en serio.

—Nos gustaría aprender sobre el Nuevo Testamento hoy —dijo.

Cuando los otros líderes que se encontraban en la habitación asintieron con la cabeza, no tuve elección. Durante las siguientes once horas, recorrimos a buen paso de Mateo hasta Apocalipsis.

Imagina lo que es asistir a un encuentro de adoración en una de estas casas iglesias. No una capacitación de todo el día en la Palabra. Tan solo un servicio normal de adoración que dura tres horas hasta tarde en la noche. El creyente asiático que te lleva, te da las instrucciones. «Póngase pantalones oscuros y una chaqueta con capucha. Lo colocaremos en la parte trasera del auto y lo llevaremos hacia el pueblo. Por favor, mantenga la capucha puesta y el rostro bajo».

Cuando llegas al pueblo, bajo las sombras de la noche, otro creyente asiático te recibirá en la puerta del auto. «Sígame», te dirá.

Con la capucha puesta, sales del auto con la cabeza mirando al suelo. Comienzas a caminar con los ojos fijos en los pies del hombre que va delante, mientras te guía por un largo y serpenteante sendero con una pequeña linterna. Al avanzar por el sendero, sentirás cada vez más pasos a tu alrededor. Por último, girarás en una esquina y te dirigirán hacia una pequeña habitación.

A pesar de su tamaño, sesenta creyentes se habían amontonado allí. Eran de todas las edades, desde hermosas niñitas hasta hombres de setenta años. Estaban sentados en el suelo o en pequeñas banquetas, hombro con hombro, amontonados juntos, con las Biblias en el regazo. El techo es bajo, y una lamparita cuelga del medio del cielo raso como única fuente de iluminación.

No hay sistema de sonido.

No hay banda.

No hay guitarra.

No hay entretenimiento.

No hay sillas acolchadas.

No hay edificio con calefacción ni aire acondicionado.

Nada más que el pueblo de Dios y la Palabra de Dios.

Y aunque parezca extraño, eso es suficiente.

La Palabra de Dios es suficiente para millones de creyentes que se reúnen en casas iglesias iguales a esta. Su Palabra es suficiente para millones de otros creyentes que se amontonan en las junglas africanas, en las selvas suramericanas y en las ciudades del Oriente Medio.

¿La Palabra es suficiente para nosotros?

LA IGLESIA SECRETA

Esta es la pregunta que muchas veces me persigue cuando estoy parado frente a la multitud de miles de personas en la iglesia que pastoreo. ¿Qué pasaría si sacáramos la música de onda y las sillas acolchadas? ¿Qué pasaría si desaparecieran las pantallas y no se decorara más la plataforma? ¿Qué pasaría si se apagara el aire acondicionado y se quitaran las comodidades? ¿La Palabra seguiría siendo suficiente para que esta gente se reuniera?

En Brook Hills decidimos tratar de responder esta pregunta. Lo que hicimos fue quitar el elemento del entretenimiento e invitamos a la gente a reunirse solo para estudiar la Palabra de Dios durante horas seguidas. Le pusimos el nombre de Iglesia Secreta.

Fijamos una fecha, un viernes por la noche; nos reuniríamos desde las seis de la tarde hasta la medianoche, y durante seis horas no haríamos otra cosa más que estudiar la Palabra y orar. Interrumpiríamos cada cierto tiempo el estudio bíblico de seis horas para orar por nuestros hermanos alrededor del mundo que se ven obligados a reunirse en secreto. También oraríamos por nosotros mismos, de modo que aprendiéramos a amar la Palabra como ellos.

No estábamos seguros de cuántos vendrían ese primer viernes, pero hacia el final de la noche, se habían reunido unas mil personas. Nuestro tema de estudio fue el Antiguo Testamento. Luego del primer intento, decidimos

repetir la experiencia una y otra vez, y ahora, tenemos que reservar lugares porque no podemos contener a toda la gente que quiere venir.

Uno de los espectáculos más hermosos que puedo presenciar es un lugar atestado de gente con sus Biblias en el regazo, que estudian quién es Dios y qué ha dicho… *pasada la medianoche* (nunca hemos terminado a tiempo). Es verdad, todavía tenemos las sillas acolchadas (¡aunque hemos hablado de la posibilidad de quitarlas!). Y todavía tenemos las comodidades de un bonito edificio con baños internos. Sin embargo, vamos paso a paso, espero, hacia descubrir qué significa ser un pueblo que está hambriento por la revelación de Dios.

¿Qué hay en la Palabra de Dios que despierta esa hambre de oír más? Y no tan solo de oírla, sino de anhelarla, estudiarla, memorizarla y seguirla. ¿Qué es lo que hace que los seguidores de Cristo alrededor del mundo literalmente arriesguen sus vidas para conocerla?

Estas preguntas hacen que retrocedamos y miremos los fundamentos del evangelio. En esencia, el evangelio es la revelación de quién es Dios, de quiénes somos nosotros y de cómo podemos reconciliarnos con Él. Sin embargo, en el sueño americano,donde el ego es el rey(o la reina),tenemos una peligrosa tendencia a malinterpretar, minimizar y hasta manipular el evangelio para amoldarlo a nuestras suposiciones y deseos. Como resultado, tenemos una desesperada necesidad de explorar cuánto de nuestro entendimiento del evangelio es estadounidense y cuánto es bíblico. Y en el proceso, debemos examinar si hemos interpretado por error la respuesta apropiada al evangelio y si, tal vez, hasta hayamos perdido la recompensa primaria del evangelio, que es Dios mismo.

QUIÉN ES ÉL EN VERDAD

El evangelio revela la gloria de Dios. De acuerdo con la Palabra de Dios, Él es el soberano Creador de todas las cosas. Él lo sabe todo, sostiene todas las cosas y es el dueño de todo. Por sobre todas las cosas, es santo. Es justo en todos sus caminos, justo en toda su ira y amoroso hacia todo lo que ha creado[1].

Sin embargo, algunas veces me pregunto si de manera intencional o sin querer enmascaramos la belleza de Dios en el evangelio al minimizar sus

diversos atributos. Si examinamos a fondo el mercado cristiano, encontraremos una plétora de libros, canciones y cuadros que pintan a Dios como un Padre amoroso. Y así es Él. Con todo, no es *solo* un Padre amoroso, y limitar nuestro entendimiento de Dios a este cuadro, en definitiva, distorsiona la imagen de Él que tenemos en nuestra cultura.

Es verdad, Dios es un Padre amoroso, pero también es un Juez airado. En su ira, aborrece el pecado. Habacuc oró a Dios: «Son tan puros tus ojos que no puedes ver el mal; no te es posible contemplar el sufrimiento»[2]. En algún sentido, Dios aborrece a los pecadores. Te preguntarás: «¿Qué sucede con lo de que “Dios aborrece el pecado pero ama al pecador”?». Bueno, lo que sucede es lo que dice la Biblia. Un salmista dijo de Dios: «No hay lugar en tu presencia para los altivos, pues aborreces a los malhechores»[3]. Catorce veces en los primeros cincuenta salmos vemos descripciones similares que hablan de cómo Dios aborrece a los pecadores, de su ira contra los mentirosos, *etc.* En el capítulo del Evangelio de Juan, donde encontramos uno de los versículos más famosos respecto al amor de Dios, también encontramos uno de los versículos más dejados de lado respecto a la ira de Dios[4].

El evangelio revela realidades eternas sobre Dios que a veces preferimos no enfrentar. Optamos por cruzarnos de brazos, disfrutar de nuestros clichés e imaginarnos a Dios como un Padre que puede ayudarnos, mientras pasamos por alto que Dios es un Juez que puede maldecirnos. Tal vez esta sea la razón por la que llenamos nuestras vidas con las tonterías del entretenimiento en nuestra cultura y en la iglesia. Tenemos miedo de que si nos detenemos y buscamos de verdad a Dios en su Palabra, podamos descubrir que Él puede airarse en gran medida y que demanda una adoración más profunda de lo que estamos dispuestos a darle.

En cambio, este es el quid de la cuestión. No estamos listos a darle lo que nos pide, porque nuestros corazones se oponen a Él. La revelación de Dios en el evangelio no solo revela quién es Él, sino también quiénes somos nosotros.

QUIÉNES SOMOS NOSOTROS DE VERDAD

Un viejo profesor de predicación solía llevar a sus estudiantes al cementerio cada semestre. Parados en el perímetro desde donde se veían

montones de lápidas mortuorias, les pedía a sus estudiantes que con toda sinceridad les hablaran a las tumbas y llamaran a los muertos a resucitar y volver a la vida. Con vergüenza y alguna risita incómoda o dos, lo intentaban. Por supuesto, uno a uno fracasaba. Entonces, el profesor miraba a sus estudiantes y les recordaba una verdad fundamental del evangelio: la gente está espiritualmente muerta, así como esos cadáveres en el cementerio estaban físicamente muertos, y solo las palabras de Dios pueden llevarle vida espiritual.

Esta es la realidad de la humanidad. Cada uno de nosotros ha nacido con un corazón malo que aborrece a Dios. Génesis 8:21 dice que toda inclinación del corazón humano es mala desde la niñez, y las palabras de Jesús en Lucas 11:13 suponen que sabemos que somos malos. Muchos dicen: «Bueno, siempre he amado a Dios», pero la realidad es que nadie lo hace. Podemos haber amado a un "dios" que creamos en nuestra mente, pero aborrecemos al Dios de la Biblia.

En nuestra maldad, nos rebelamos contra Dios. Tomamos la ley de Dios, escrita en su Palabra y en nuestros corazones, y la desobedecemos. Este es el cuadro del primerísimo pecado en Génesis 3. Aunque Dios ha dicho que no comamos del árbol del conocimiento, lo hacemos de todos modos.

Desdeñamos la autoridad de nuestro Creador sobre nosotros. Dios llama a las nubes de tormenta y ellas vienen. Le dice al viento que sople y a la lluvia que caiga, y obedecen de inmediato. Les habla a las montañas: «Quédense allí», y les dice a los mares: «Deténganse aquí», y lo hacen. Todo en la creación responde en obediencia al Creador… menos tú y yo. Tenemos la audacia de mirar a Dios en el rostro y decirle: «No».

Jesús nos dijo que todo el que peca es esclavo del pecado y Pablo llegó a decir que somos cautivos del diablo mismo[5]. Y como somos esclavos del pecado, estamos ciegos a la verdad de Dios. Efesios 4:18 dice que nuestro entendimiento está entenebrecido y que nuestros corazones son como la piedra. Según 2 Corintios 4:4, ni siquiera podemos ver a Cristo debido a la profundidad de nuestra ceguera espiritual.

La Biblia nos describe como enemigos de Dios y objetos de su ira. Estamos espiritualmente muertos y eternamente separados de Dios[6]. Lo peor es que no podemos hacer nada por cambiar nuestra condición delante de Dios. Nadie malo en lo moral puede elegir el bien, ningún hombre que es

esclavo puede liberarse a sí mismo, ninguna mujer que está ciega puede recuperar por sí misma la vista, nadie que es objeto de ira puede apaciguar esa ira, y ninguna persona que está muerta puede volver por sí misma a la vida.

El evangelio nos enfrenta con la desesperanza de nuestra condición pecadora. Aun así, no nos gusta lo que vemos de nosotros mismos en el evangelio, así que nos retraemos. Vivimos en una tierra de autosuperación. Por cierto, existen pasos que podemos dar para ser mejores. Entonces, torcemos lo que el evangelio dice respecto a nosotros:

No somos malos, pensamos, y por cierto no estamos muertos espiritualmente. ¿No has oído hablar del poder del pensamiento positivo? Puedo convertirme en alguien mejor y experimentar lo mejor de mi vida ahora. Para eso está Dios, para hacer que esto se haga realidad. Mi vida no está bien, pero Dios me ama y tiene un plan para arreglarla. Lo único que tengo que hacer es seguir ciertos pasos, pensar ciertas cosas y marcar determinadas casillas; entonces, soy bueno.

Tanto el diagnóstico que hacemos de la situación como la conclusión que sacamos de cómo arreglarla se adapta a la perfección a una cultura que exalta la autosuficiencia, la autoestima, la confianza en uno mismo. Ya tenemos una visión bastante elevada de nuestra moralidad, así que cuando añadimos una oración supersticiosa, una dosis de asistencia a la iglesia y obediencia a una parte de la Biblia, nos sentimos seguros por completo de que, al final, estaremos bien.

Sin embargo, fíjate en el contraste cuando diagnosticamos el problema desde el punto de vista bíblico. El evangelio moderno dice: «Dios te ama y tiene un maravilloso plan para tu vida. Por lo tanto, sigue estos pasos y serás salvo». Mientras tanto, el evangelio bíblico dice: «Eres enemigo de Dios, estás muerto en tu pecado y en tu actual estado de rebelión, ni siquiera puedes ver que necesitas vida y mucho menos revivirte a ti mismo. Por lo tanto, dependes de manera radical de Dios para que haga algo en tu vida que nunca podrás hacer».

Lo primero vende libros y atrae multitudes. Lo último salva almas.
¿Cuál es más importante?

En el evangelio, Dios revela la profundidad de nuestra necesidad de Él. Nos muestra que no hay nada en lo absoluto que podamos hacer para llegar

a Él. No podemos fabricar nuestra salvación. No la podemos programar. No la podemos producir. Ni siquiera la podemos iniciar. Dios tiene que abrir nuestros ojos, liberarnos, vencer nuestra maldad y apaciguar su ira. Él tiene que venir a nosotros.

Ahora nos estamos acercando a la belleza del evangelio.

QUÉ (O A QUIÉN) NECESITAMOS DE VERDAD

Recuerdo una vez en que estaba sentado fuera de un templo budista en Indonesia. Los hombres y las mujeres llenaban el colorido y elaborado predio del templo, donde a diario realizaban sus rituales religiosos. Mientras tanto, yo había entablado conversación con un líder budista y uno musulmán de esta comunidad en particular. Hablaban sobre cómo todas las religiones son iguales en esencia y que sus diferencias son solo superficiales.

—Podemos tener puntos de vista diferentes sobre aspectos menores —dijo uno de ellos—, pero cuando hablamos de temas fundamentales, cada una de nuestras religiones es lo mismo.

Escuché durante un tiempo y, luego, me preguntaron qué pensaba.

—Me da la impresión de que los dos ven a Dios, o a lo que sea que llamen dios, en la cima de una montaña —dije—. Parece que si uno cree que todos estamos al pie de la montaña y yo encuentro un camino para ascender, tú puedes tomar otro y, al final, todos terminaremos en el mismo lugar.

Mientras yo hablaba, sonreían. Contentos respondieron:

—¡Exactamente! ¡Eso es lo que queremos decir!

—Ahora bien —dije inclinándome hacia delante—, permítanme hacerles una pregunta. ¿Qué pensarían si les dijera que el Dios que está en la cima de la montaña descendió hasta donde estamos nosotros? ¿Qué pensarían si les dijera que Dios no espera que la gente encuentre su camino hacia Él, sino que, en cambio, Él viene a nosotros?

—Sería extraordinario —respondieron después que lo pensaron un poco.

—Permítanme presentarles a Jesús —contesté.

Este es el evangelio. Mientras entendamos la salvación como marcar la

casilla para llegar a Dios, nos encontraremos en el absurdo mar de las religiones mundiales que, en realidad, condena al género humano al exaltar nuestra aparente habilidad para llegar a Dios. Por otra parte, cuando tú y yo nos damos cuenta de que somos moralmente malos, que estamos muertos en pecados y que merecemos la ira de Dios sin más remedio, comenzamos a descubrir la desesperada necesidad que tenemos de Cristo.

Nuestra comprensión de quién es Dios y quiénes somos nosotros afecta de manera drástica nuestra comprensión de quién es Cristo y por qué lo necesitamos. Por ejemplo, si Dios no es más que un Padre amoroso que quiere ayudar a la gente, veríamos a Cristo como un simple ejemplo de ese amor. Veríamos la cruz como una simple demostración del amor de Dios por el que permitió que los soldados romanos crucificaran a su Hijo, a fin de que el hombre pecador pueda saber cuánto nos ama.

Sin embargo, este cuadro de Cristo y de la cruz es tristemente inadecuado y pierde todo el contenido del evangelio. No somos salvos de nuestros pecados porque los judíos y los oficiales romanos juzgaron a Jesús con falsedades y Pilato lo sentenció a muerte. Tampoco somos salvos porque los verdugos romanos clavaran clavos en las manos y en los pies de Cristo y lo colgaran en la cruz.

¿Creemos de verdad que el falso juicio al que sometieron a Cristo pagaría la deuda de los pecados de toda la humanidad? ¿Creemos de verdad que una corona de espinas, unos azotes, unos clavos y una cruz de madera junto con todas las otras facetas de la crucifixión que hacemos atractivas son lo bastante poderosas como para salvarnos?

Imagina a Cristo en el jardín de Getsemaní. Al arrodillarse ante su Padre, de su cabeza caen gotas de sudor mezcladas con sangre. ¿Por qué está en medio de semejante agonía y dolor? No es porque le tema a la crucifixión. No tiembla por lo que los soldados romanos están a punto de hacerle.

Desde ese día, un sinnúmero de hombres y mujeres en la historia del cristianismo ha muerto por su fe. A algunos no solo los colgaron de una cruz, sino que los quemaron vivos crucificados. Muchos de ellos fueron cantando hacia la cruz.

Un cristiano en India, mientras lo desollaban vivo, miró a su verdugo y dijo: «Le doy las gracias por esto. Arránqueme la vieja vestidura, porque pronto me pondré la vestidura de justicia de Cristo».

Mientras se preparaba para dirigirse hacia su ejecución, Christopher Love le escribió una nota a su mujer que decía: «Hoy, me separarán de mi cabeza física, pero no pueden separarme de mi cabeza espiritual, Cristo». Mientras caminaba hacia la muerte, su esposa aplaudía mientras él cantaba sobre la gloria.

¿Estos hombres y mujeres de la historia cristiana tuvieron más valor que Cristo mismo? ¿Por qué Jesús temblaba en el jardín mientras lloraba lleno de angustia? Podemos estar seguros de que no era un cobarde a punto de enfrentar a los soldados romanos. Por el contrario, era un Salvador que estaba a punto de soportar la ira divina.

Escucha estas palabras: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa». La «copa» no hace referencia a la cruz de madera, sino al juicio divino. Es la copa de la ira de Dios[7].

Esto fue lo que lo hizo querer retroceder a Jesús cuando estaba en el jardín. Toda la santa ira de Dios hacia el pecado y los pecadores, acumulada desde el principio del mundo, estaba a punto de derramarse sobre Él, y suda sangre ante semejante pensamiento.

Lo que sucedió en la cruz no tuvo que ver ante todo con los clavos que clavaron en las manos y en los pies de Jesús, sino en la ira que se derramó sobre su alma debido a tu pecado y al mío. En ese momento santo, toda la justa ira y la justicia de Dios contra nosotros se desató como un torrente sobre Cristo mismo. Algunos dicen: «Dios miró hacia abajo y no pudo soportar ver el sufrimiento que los soldados le infligían a Jesús, así que apartó el rostro». Sin embargo, no es así. Dios apartó su rostro porque no pudo soportar ver tu pecado y el mío sobre su Hijo.

Un predicador lo describió como si tú y yo estuviéramos parados a unos escasos noventa metros de una represa de agua de quince mil kilómetros de alto por quince mil kilómetros de ancho. De repente, esa represa se rompe y un torrente de agua se abalanza sobre nosotros. Justo cuando está a punto de alcanzarnos, se abre la tierra frente al lugar donde nos encontramos y se traga toda el agua. En la cruz, Cristo bebió toda la copa de la ira de Dios y cuando acabó la última gota, le dio vuelta a la copa hacia abajo y exclamó: «Consumado es».

Este es el evangelio. El Creador justo y amoroso del universo miró a la pecaminosa gente sin esperanza y envió a su Hijo, Dios hecho carne, para

soportar en la cruz su ira contra el pecado y mostrar su poder sobre el pecado en la resurrección, de modo que todos los que confían en Él se reconciliaran con Dios para siempre.

LA REVELACIÓN RADICAL QUE DEBE RECIBIRSE DE MANERA RADICAL

Entonces, ¿cómo respondemos a este evangelio? De repente, el cristianismo contemporáneo vende una cháchara que ya no parece adecuada. Pídele a Jesús que venga a tu corazón. Invítalo a que venga a tu vida. Haz esta oración, firma esta tarjeta, camina hacia el frente y acepta a Jesús como tu Salvador personal. El intento de reducir el evangelio a esta presentación compactada y empaquetada que persuade a alguien a repetir una oración apropiada ya no parece adecuada. Por eso, ninguna de estas oraciones atractivas hechas por los hombres se encuentra en la Biblia. No encontrarás un versículo en la Escritura en el que se le diga a la gente: «Inclina la cabeza, cierra los ojos y repite después de mí». No encontrarás un lugar donde se mencione siquiera la oración supersticiosa de un pecador. Y no encontrarás un énfasis en aceptar a Jesús[8]. Hemos tomado al infinitamente glorioso Hijo de Dios, que soportó la infinitamente terrible ira de Dios y que ahora reina como el infinitamente digno Señor de todo, y lo hemos reducido a un pobre e insignificante Salvador que tan solo nos ruega que lo aceptemos.

¿Aceptarlo? ¿De verdad pensamos que Jesús necesita nuestro arrepentimiento? ¿No es que *nosotros* lo necesitamos a *Él*?

Te invito a que consideres conmigo la respuesta apropiada a este evangelio. Sin duda, hay mucho más en juego que decir una oración. Sin duda, se garantiza más que una asistencia religiosa a la iglesia. Sin duda, este evangelio evoca una entrega incondicional de todo lo que somos y todo lo que tenemos a todo lo que es Él.

Tú y yo necesitamos con urgencia considerar si alguna vez confiamos de manera verdadera y auténtica en Cristo para nuestra salvación. En este sentido, las palabras de Jesús al final del Sermón del Monte son algunas de las más humillantes de toda la Escritura.

> «No todo el que me dice: "Señor, Señor", entrará en el reino de

> los cielos, sino sólo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo. Muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios e hicimos muchos milagros?" Entonces les diré claramente: "Jamás los conocí. ¡Aléjense de mí, hacedores de maldad!"»[9]

Aquí, Jesús no les hablaba a los inconversos, ateos o agnósticos. No les hablaba a los paganos ni a los herejes. Les hablaba a los devotos religiosos que estaban engañados pensando que se encontraban en la senda estrecha que lleva al cielo, siendo que, en realidad se encontraban en el camino ancho que lleva al infierno. Según Jesús, un día, no solo algunos, sino muchos se sorprenderán y la sorpresa será eterna, al descubrir que después de todo, no estaban en el reino de Dios.

El peligro del engaño espiritual es real. Como pastor, me estremezco y no puedo dormir de noche cuando pienso en la posibilidad de que miles de personas que se sentaron frente a mí los domingos por la mañana hayan pensado que eran salvas cuando en realidad no lo eran. Miles de personas que han situado sus vidas en un camino religioso que hace promesas grandiosas a un costo mínimo. Se nos ha enseñado que todo lo que se requiere es una decisión, tal vez hasta una aceptación solo intelectual de Jesús y que, luego, no debemos preocuparnos por sus demandas, sus normas ni su gloria. Tenemos un boleto para el cielo y podemos vivir como se nos dé la gana en la tierra. Se nos tolerará el pecado durante el camino. Hoy en día, gran parte de la evangelización moderna se construye sobre la idea de conducir a la gente por este camino, y las multitudes van en tropel detrás de estas premisas, pero al final es un camino construido sobre arena que se hunde y corre el riesgo de desilusionar a millones de almas.

La proclama bíblica del evangelio nos llama a una respuesta muy diferente y nos conduce por un camino muy distinto. Aquí, el evangelio nos demanda y nos permite apartarnos del pecado, tomar la cruz, morir a nosotros mismos y seguir a Jesús. Estos son los términos y las frases que vemos en la Biblia. Entonces, la salvación consiste en una profunda lucha en nuestra alma contra la pecaminosidad de nuestro corazón, la profundidad de nuestra depravación y la tremenda necesidad que tenemos de su gracia. Jesús ya no es más alguien a quien debemos aceptar o invitar, sino alguien que es infinitamente digno de nuestra entrega inmediata y absoluta.

Puedes pensar que, a fin de cuentas, tenemos que ganarnos el acceso a Jesús a través de la obediencia radical, pero no se trata de eso. En efecto, «por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte»[10]. Hemos sido salvos de nuestros pecados mediante el regalo gratuito de la gracia, algo que solo Dios puede hacer en nosotros y que no podemos fabricar por nuestra cuenta.

Sin embargo, ese regalo de gracia implica el regalo de un nuevo corazón. De nuevos deseos. De nuevos anhelos. Por primera vez, deseamos a Dios. Vemos nuestra necesidad de Él y lo amamos. Lo buscamos y lo encontramos, y descubrimos que Él es, en realidad, la gran recompensa de nuestra salvación. Nos damos cuenta de que no solo somos salvos para que nuestros pecados sean perdonados ni para asegurarnos la eternidad en el cielo, sino que somos salvos para conocer a Dios. Entonces, tenemos sed de Él. Lo deseamos tanto que abandonamos todo lo demás para experimentarlo a Él. Esta es la única respuesta adecuada a la revelación de Dios en el evangelio.

Por eso los hombres y las mujeres alrededor del mundo arriesgan su vida por conocer más de Él. Por eso debemos evitar las caricaturas baratas del cristianismo que no exaltan la revelación de Dios en su Palabra. Por eso es que tú y yo no podemos conformarnos con nada menos que un evangelio centrado en Dios, que exalte a Cristo y que nos lleve a negarnos a nosotros mismos.

DANOS HAMBRE

Oro sin cesar por esta clase de hambre en la iglesia que Dios me ha dado para que guíe y en las iglesias esparcidas por todo nuestro país. Oro para que seamos gente que se niegue a llenar los estómagos espirituales con los placeres de este mundo, porque hemos decidido encontrar nuestra satisfacción en el tesoro eterno de su Palabra. Oro para que Dios despierte en tu corazón y en el mío una profunda y constante pasión por el evangelio como la gran revelación de Dios.

Al mirar mis correos electrónicos hoy, sonreí. Uno es de una mujer de Las Vegas a quien no conozco. Ayer se sentó en un avión con un miembro de nuestra familia de fe en Birmingham. Este miembro es vendedor de una compañía farmacéutica. La mujer me dice que a lo largo de todo el vuelo

estuvo leyendo con sumo cuidado la Biblia. Describe la intensidad que se hacía evidente en su cara. Comenzó una conversación con él y, según sus palabras, «sus ojos se llenaron de lágrimas» al hablar de su pasión por Cristo y de su deseo de conocerlo más. Ella le preguntó de qué iglesia era miembro y me envió este mensaje para alentarme.

Otro mensaje es de una estudiante universitaria que hace poco asistió a una gran actividad en una iglesia. Escribe con mucho respeto sobre la desilusión que sintió cuando el predicador en el encuentro prácticamente pasó por alto la Palabra de Dios. Aunque una gran multitud estaba presente y todo parecía tener mucho éxito, notó un brillante vacío. Concluye diciendo: «He llegado a un punto en que si los pastores no pueden hablar de otra cosa que no sean discursos inspiradores, tal vez tendrían que leer la Palabra y nada más durante sus mensajes. Al Espíritu le basta con eso para obrar». Por cierto, no soy el mejor predicador y, sin duda alguna, no quiero guiar a la gente a criticar a otros predicadores, pero sí me deleito al escuchar a una estudiante universitaria que dice que lo que quiere de verdad es la revelación de Dios.

El tercer mensaje es de un miembro de nuestra familia de fe que asistía a la Iglesia Secreta hasta no hace mucho. El tema de esa noche era «¿Quién es Dios?», y exploramos la gloria de los atributos de Dios. El hombre decidió que esta palabra sobre Dios era demasiado buena como para guardársela. Entonces, me escribe desde Uganda, donde está enseñando la doctrina de Dios a miembros y líderes de la iglesia de allí. No es un miembro del personal ni un ministro pago; solo es un hombre enamorado de la Palabra de Dios. Escribe: «Pastor, durante diez horas al día predico sin parar por su gracia. Nos hemos sentado durante horas para hablar sobre la Palabra, y Dios ha hablado con una revelación tan poderosa de la verdad que ni siquiera puedo contarle el comienzo de todo esto por ahora. ¡Alabado sea el glorioso nombre de Cristo! Él está siendo exaltado en un continente al otro lado del océano».

La revelación de Dios en el evangelio es buena. Te invito a recibirla. Tal vez sea la primera vez que vayas a confiar en el Cristo del evangelio y sea la primera vez que recibas un corazón nuevo, un corazón que solo está limpio de pecado, pero que ahora lo anhela a Él. O tal vez solo recuperes la pasión por la Palabra de Dios, la revelación radical de sí mismo, y descubras una vez más la recompensa que solo se encuentra en conocer a

Dios y en experimentarlo.

Capítulo tres



El comienzo al final de nosotros mismos

La importancia de confiar en el poder de Dios

Me encontraba en Indonesia, el país con la mayor población musulmana del mundo, enseñando en un seminario indonesio. Antes de graduarse, a los estudiantes de este seminario se les pide que planten una iglesia con al menos treinta nuevos creyentes bautizados, en una comunidad musulmana. Hablé en la ceremonia de graduación y, mientras los graduados caminaban hacia la plataforma, me cautivó la expresión humilde y a la vez segura que había en sus rostros. Cada uno de ellos había cumplido con el requerimiento de plantar una iglesia. La parte más solemne del día fue un momento de silencio por dos de sus compañeros que murieron a manos de los verdugos musulmanes.

Fue un privilegio conocer a estos estudiantes y escuchar sus historias. Un hermano, Raden, contó su testimonio. Con una mirada ardiente y un intenso tono en la voz, dijo: «Antes de ser cristiano era guerrero. Aprendí ninja, jujitsu y otras diversas técnicas para derribar a la gente».

Asentí con la cabeza. Estaba tomando nota mental: *No te metas con Raden*.

Continuó: «Un día, me encontraba predicando el evangelio en un pueblo no alcanzado, a gente que nunca había oído hablar de Jesús. Estaba en una casa hablando de Cristo con una familia y el médico brujo del pueblo vino a la casa». En pueblos como este, los médicos brujos y los magos son comunes. Controlan comunidades enteras con sus maldiciones y conjuros.

«El médico brujo me llamó», dijo Raden. «Quería pelear conmigo». Raden sonrió al confesar: «Lo primero que me vino a la mente fue salir de allí y derribar a ese brujo. Sin embargo, cuando salí, el Señor me dijo que ya no necesitaba pelear, que Él pelearía por mí».

Entonces, Raden salió, tomó una silla y se sentó frente al médico brujo. Le dijo a su retador: «Yo no peleo. Mi Dios pelea por mí».

Luego, contó lo que sucedió a continuación. «Cuando el médico brujo trató de hablar, comenzó a jadear sin aire. Se estaba asfixiando y no podía respirar. La gente vino corriendo para ver lo que sucedía y, en pocos minutos, el médico brujo se había caído muerto». A esta altura, todo el pueblo se había reunido alrededor de la escena. Raden dijo: «Nunca había visto algo así, y no sabía qué hacer. A pesar de eso, pensé: *Creo que es un buen momento para predicar el evangelio*». Raden sonrió y dijo: «Entonces, eso fue lo que hice y mucha gente en el pueblo creyó en Cristo por primera vez ese día».

Ahora bien, no estoy recomendando esto como una nueva metodología para plantar iglesias. Hacerle declaraciones a la gente que los lleve a la muerte no parece ser la mejor manera de manejar las situaciones. No obstante, esta historia me recordó con claridad que hace dos mil años, cuando los creyentes proclamaban el nombre de Jesús, los ciegos veían, los cojos caminaban y los muertos resucitaban. El nombre de Jesús tenía el poder para hacer que los malos espíritus huyeran y para traer a Dios a los corazones más endurecidos. Y lo cierto es que, dos mil años después, el poder del nombre de Jesús sigue siendo el mismo.

Entonces, la pregunta que debemos hacernos es si confiamos en su poder. Y el problema que tenemos es que, en nuestra cultura, nos sentimos tentados a cada instante a confiar en nuestro propio poder. Así que el desafío para nosotros es vivir de tal manera que dependamos de manera radical y desesperada del poder que solo Dios puede proveer.

PELIGROS SUTILES

A esta altura, hemos visto cómo el sueño americano difiere de forma radical del llamado de Jesús y de la esencia del evangelio. Esta diferencia se realza cuando comparamos la confianza en el poder de Dios con la dependencia de nuestras propias habilidades.

De acuerdo con el sueño americano, podemos hacer cualquier cosa que nos propongamos. No hay límite para lo que podemos lograr cuando combinamos ingenuidad, imaginación e innovación con habilidad y esfuerzo. Podemos obtener cualquier título, comenzar cualquier negocio, escalar cualquier escalera, obtener cualquier premio y alcanzar cualquier meta. James Truslow Adams, a quien se le adjudica haber acuñado la frase «sueño americano» en 1931, se refirió a él como «un sueño […] en el cual cada hombre y cada mujer pueden llegar al máximo de su capacidad innata y pueden ser reconocidos por los demás por lo que son»[1].

¿Esta imagen tiene algo de malo? Sin duda, el trabajo duro y las altas aspiraciones no están mal, y la libertad para alcanzar nuestras metas es algo que deberíamos celebrar. La Escritura elogia de manera explícita estas cosas. Aun así, debajo de este sueño americano existe la *peligrosa suposición* de que, si no tenemos precaución, aceptaremos sin darnos cuenta y una *meta mortal* que, si no tenemos cuidado, alcanzaremos al final.

La suposición peligrosa que aceptamos sin saberlo en el sueño americano es que el recurso más valioso que tenemos es nuestra habilidad. El sueño americano premia lo que la gente puede lograr cuando cree y confía en sí misma, y nos sentimos atraídos hacia esa manera de pensar. El evangelio, en cambio, tiene prioridades diferentes. El evangelio nos llama a morir a nosotros mismos y a creer en Dios y a confiar en su poder. En el evangelio, Dios nos enfrenta con nuestra completa incapacidad para lograr cualquier cosa de valor separados de Él. Esto es lo que tenía en mente Jesús cuando dijo: «Yo soy la vid y ustedes son las ramas. El que permanece en mí, como yo en él, dará mucho fruto; separados de mí no pueden ustedes hacer nada»[2].

Es aun más importante la meta sutilmente fatal que alcanzaremos cuando perseguimos el sueño americano. Mientras obtengamos lo que deseamos por nuestro propio poder, siempre se lo atribuiremos a nuestra gloria. Usando las palabras de Adams, seremos «reconocido[s] por los demás por lo que [somos]». Después de todo, es el objetivo del sueño americano: sacar lo mejor de nosotros mismos. Así y todo, en este punto, el evangelio y el sueño americano son antitéticos de manera clara y definitiva. Mientras que el objetivo del sueño americano es engrandecernos, el objetivo del evangelio es engrandecer a Dios.

EXALTACIÓN DE NUESTRA HABILIDAD

En franca oposición al sueño americano, Dios se deleita en exaltar nuestra incapacidad. Pone a propósito a su pueblo en situaciones en que se debe enfrentar cara a cara con su necesidad de Él. En el proceso, demuestra con poder su capacidad a fin de proporcionar todo lo que necesitan sus hijos como nunca hubieran podido imaginar o lograr. Y, al final, engrandece su nombre[3].

Considera la historia de Josué frente a Jericó, una ciudad fuerte con muros sólidos que la rodeaban. Sin duda, Josué estaba ansioso por guiar al pueblo de Dios en su primera batalla como comandante. Puedo imaginar la sensación de incapacidad que sintió al contemplar la tarea que tenía ante sí.

Es entonces cuando al final de Josué 5, lo vemos solo, con incertidumbre respecto al combate que tenía por delante. Sin embargo, de repente, aparece Dios. En ese momento, el Señor le promete a Josué que su ejército ganaría la batalla y le da los planes.

Casi puedes imaginarte a Josué mientras escucha y piensa: *¿Cómo será? ¿Un ataque frontal? ¿Alguna clase de truco? ¿Sitiar la ciudad y dejar que se mueran de hambre*?

Ponte en el lugar de Josué cuando oye los siguientes planes:

> Marcha alrededor de la ciudad una vez con todos los hombres armados. Hazlo durante seis días. Que siete sacerdotes lleven trompetas de cuernos de carnero al frente del arca. El séptimo día, marcha alrededor de la ciudad siete veces, mientras los sacerdotes tocan las trompetas. Cuando los oigan tocar un sonido estruendoso, dile a todo el pueblo que grite con fuerza y entonces, la pared de la ciudad caerá y ustedes entrarán sin esfuerzo alguno[4].

Seamos sinceros. Esto es raro. Si fueras Josué, querrías oír una segunda opinión respecto a esta táctica.

¿Por qué Dios diseñó este plan de batalla para tomar la primera ciudad de la Tierra Prometida? No te pierdas lo que hacía Dios. Estaba orquestando de manera divina los sucesos de este pueblo para que, al final,

solo Él se adjudicara la gloria por lo ocurrido. Lee el resto de Josué 6 y verás cómo tomaron la ciudad de Jericó tal como lo ordenó Dios. Entonces, fíjate con cuidado en lo que *no ves*. No ves a todos estos israelitas dirigiéndose a los que tocaron la trompeta para decirles el trabajo tan increíble que realizaron ese día. Casi puedo oírlos hoy: «Abisai, nunca te había oído tocar la trompeta tan bien». «Nimrod, vaya hombre, estuviste impecable cuando tocaste ese Mi alto». No. En su lugar, vemos al pueblo de Israel reconociendo que solo Dios podía haber hecho aquello.

Esa es la manera en que obra Dios. Pone a sus hijos en posiciones donde necesiten con urgencia su poder y, luego, muestra su provisión de modo tal que despliega su grandeza.

¿DEPENDEMOS DE NOSOTROS MISMOS O NECESITAMOS CON URGENCIA DE SU ESPÍRITU?

Aquí es donde me siento más culpable como pastor de una iglesia en los Estados Unidos de América. Formo parte de un sistema que ha creado una amplia gama de medios y métodos, planes y estrategias para construir la iglesia que requieren de poco o nada del poder de Dios. Y no son solo los pastores los que participan de esta farsa. Me preocupa que todos nosotros (pastores y miembros de las iglesias en nuestra cultura) hayamos aceptado ciegamente la mentalidad del sueño americano que enfatiza nuestras habilidades y exalta nuestros nombres por la manera en que hacemos la iglesia.

Considera lo que se requiere de los hombres de negocios exitosos, de los empresarios eficientes y de los asociados esforzados, de los perspicaces jubilados y de los estudiantes idealistas de modo que combinen sus fuerzas con un pastor creativo y hagan crecer una «iglesia exitosa» hoy en día. A las claras, no se requiere el poder de Dios para que atraiga a una multitud en nuestra cultura. Algunos elementos clave que podemos fabricar serán suficientes.

Primero, necesitamos un buen desempeño. En una cultura impulsada por el entretenimiento, necesitamos a alguien capaz de cautivar a las multitudes. Si no tenemos un comunicador carismático, estamos condenados. Así que aunque solo lo tengamos que mostrar en una pantalla de vídeo, debemos tener un buen predicador. Es aun mejor si tiene un competente líder de alabanza con una poderosa banda a su lado.

Además, necesitamos un lugar para albergar a las multitudes que vendrán, así que reunimos todos nuestros recursos a fin de comprar un edificio multimillonario que enmarque la función. Debemos asegurarnos que todas las facetas del edificio sean excelentes y atractivas. Después de todo, eso es lo que espera nuestra cultura. A decir verdad, eso es lo que esperamos *nosotros*.

Por último, una vez que las multitudes estén allí, necesitamos tener algo que los haga regresar una vez tras otra. Entonces, debemos comenzar a confeccionar programas… programas de primera clase, de primera línea, para niños, jóvenes, familias y para todas las edades y condiciones. Con el propósito de tener estos programas, necesitamos profesionales que los lleven a cabo. De ese modo, por ejemplo, los padres pueden dejar a sus hijos en la puerta y los profesionales pueden ocuparse del ministerio. No queremos que la gente intente estas cosas en el hogar.

Sé que esto quizá parezca demasiado simplificado y exagerado, ¿pero no son estos los elementos en los que pensamos cuando consideramos iglesias en crecimiento, dinámicas y exitosas hoy en día? Recibo folletos todos los días que anuncian a los cuatro vientos conferencias pensadas alrededor de la comunicación creativa, de los edificios de primera categoría, de los programas innovadores y del liderazgo con iniciativa empresarial en la iglesia. Los cristianos estamos viviendo el sueño americano en el contexto de nuestras comunidades de fe. Nos hemos convencido de que si podemos ubicar nuestros recursos y organizar las estrategias, seremos capaces de lograr en la iglesia, como en todas las demás esferas de la vida, cualquier cosa que nos propongamos.

Sin embargo, lo peculiar que falta en el cuadro de las actuaciones, las personalidades, los programas y los profesionales es la desesperación por el poder de Dios. En el mejor de los casos, el poder de Dios es un ingrediente que añadimos a nuestras estrategias. Me aterra la realidad de que la iglesia que lidero pueda llevar adelante la mayoría de nuestras actividades de manera eficiente y hasta exitosa sin darse cuenta jamás de que el Espíritu Santo de Dios está prácticamente ausente del cuadro. Con mucha facilidad podemos engañarnos a nosotros mismos, pensando por error que la presencia de los cuerpos físicos en una multitud es sinónimo de existencia de vida espiritual en una comunidad.

UN CUADRO DIFERENTE

Sin embargo, cuando abro el libro de Hechos en el Nuevo Testamento y observo el cuadro de la iglesia allí, veo imágenes muy diferentes. Veo un pequeño grupo de discípulos tímidos amontonados juntos en el aposento alto. Saben que necesitan el poder de Dios. Son galileos, menospreciados por las clases altas de Jerusalén como personas del vulgo, de clase baja, campesinos y analfabetos. De este grupo depende la expansión del cristianismo. ¿Y qué hacen? No planifican estrategias. «Todos, en un mismo espíritu, se dedicaban a la oración»[5]. No están ocupados poniendo la fe en sí mismos ni confiando en su capacidad. Están suplicando el poder de Dios y están seguros de que no lograrán nada sin su provisión.

Entonces, Dios envía su Espíritu con poder y todo cambia. Estos galileos analfabetos comienzan a predicar el evangelio en tal diversidad de idiomas que todos pueden entender. La multitud queda impactada y Pedro se pone de pie para predicar a Cristo. Pedro, que pocas semanas antes sintió miedo de admitir que conocía a Jesús, ahora se levanta bajo el poder de Dios ante miles de personas y proclama a Jesús. Se salvan más de tres mil personas.

Vaya si será crecimiento de la iglesia. Hechos 1 comenzó con unos ciento veinte creyentes y, ahora, en Hechos 2, ya hay más de tres mil. Si sacas la cuenta, eso es el dos mil quinientos por ciento de crecimiento… en un día.

La historia continúa. La gente viene a Cristo a toda hora. En Hechos 3, Pedro y Juan hablan en el nombre de Jesús y un hombre de cuarenta años que era paralítico de nacimiento se levanta y camina por primera vez. En Hechos 4, oran hasta que el edificio donde estaban reunidos comienza a temblar. En un comentario de narración, Lucas dice: «Los gobernantes, al ver la osadía con que hablaban Pedro y Juan, y al darse cuenta de que eran gente sin estudios ni preparación, quedaron asombrados y reconocieron que habían estado con Jesús»[6].

A partir de allí, las cosas se ponen cada vez mejores. En Hechos 5, por medio de los apóstoles «ocurrían muchas señales y prodigios entre el pueblo»[7]. Los enfermos eran sanados de sus enfermedades y los espíritus inmundos eran expulsados. En Hechos 6 y 7, el peligro que corrían los discípulos aumenta y, al mismo tiempo, aumenta el poder de Dios entre ellos. Al llegar al capítulo 8, la iglesia es esparcida hacia Judea y Samaria, y predica el evangelio por todas partes. El Espíritu Santo transporta a

Felipe de un lugar a otro para guiar a un etíope a Cristo. En Hechos 9, Saulo, perseguidor de los cristianos, se vuelve seguidor de Cristo. En Hechos 10, las barreras étnicas y raciales que impedían esparcir el evangelio comienzan a caer, y en Hechos 11, se funda la iglesia de Antioquía como la futura base misionera a las naciones. En Hechos 12, mientras Pedro espera su muerte en la celda de una cárcel, la iglesia ora y, de repente, caen las cadenas que lo sujetaban. Prácticamente sale sonámbulo de la prisión. Hechos 13 lanza a Pablo a sus viajes de ciudad en ciudad, predicando el evangelio, sanando a los enfermos, echando fuera demonios y hasta resucitando muertos.

Lo que me encanta del cuadro que se despliega en Hechos es la manera intencional en que Lucas (el autor de Hechos) exalta a Dios mientras cuenta la historia. Escucha el lenguaje en Hechos 2, cuando Lucas relata los resultados del sermón de Pedro en Pentecostés. Escribe: «Así pues, los que recibieron su mensaje fueron bautizados, y aquel día se unieron a la iglesia unas tres mil personas» (versículo 41). ¿Notaste el lenguaje en voz pasiva? *Se unieron*. Esto reclama la pregunta: «¿Quién los añadió?». Sigue bajando hasta el versículo 47 en el mismo capítulo y Lucas se asegura que tengamos la respuesta adecuada. Allí escribe: «Y cada día *el Señor* añadía al grupo los que iban siendo salvos».

La tendencia continúa. Hechos 5:14 dice: «Y seguía aumentando el número de los que creían y aceptaban al Señor». Cuando Bernabé predica el evangelio en Antioquía, el resultado es que «una gran multitud *fue agregada* al Señor» (11:24). Más tarde, en Antioquía de Pisidia, en una multitud de gentiles, «creyeron todos los que estaban destinados a la vida eterna» (13:48).

Este es el designio de Dios en medio de su pueblo. Él les da su poder a personas con tan pocas posibilidades que queda claro quién merece la gloria por los sucesos que tienen lugar.

La historia de la iglesia continúa a lo largo del resto del Nuevo Testamento y, cuando la leo, no puedo evitar el anhelo de tener esa misma clase de ambiente en la iglesia de hoy. Un ambiente donde nos negamos a operar según un esquema mental dominado por el sueño americano que depende de lo que nosotros podemos lograr con nuestras propias habilidades. Un ambiente en el que ya no nos conformamos con lo que podemos hacer mediante nuestro poder. Un ambiente en el que la iglesia

confía de manera radical en el gran poder de Dios a fin de proporcionarle a la gente sin probabilidades de éxito recursos ilimitados, inesperados y sin inhibiciones, de modo que su nombre sea engrandecido. Quiero formar parte de *ese* sueño.

PODER SUPERIOR

Cuando consideraba la posibilidad de ser pastor de la familia de fe que hoy lidero, pensé y hasta les dije a otras personas: «Esta iglesia tiene tantos recursos, tantos dones, tantos talentos, tantos líderes, tanto dinero, que si pudiera alinearse detrás de un propósito global, podría sacudir las naciones para la gloria de Dios».

Desde entonces, he descubierto que esta era una manera de pensar penosamente equivocada. La realidad es que no importa cuántos recursos tenga la iglesia. La congregación que lidero podría tener todos los recursos humanos que uno pudiera imaginar, pero separada del poder del Espíritu Santo, una iglesia así no hará nada significativo para la gloria de Dios.

Por cierto, creo que sucede con exactitud lo opuesto. La iglesia que lidero podría tener la gente menos dotada, menos talentosa, la menor cantidad de líderes y de dinero, pero bajo el poder del Espíritu Santo, podría sacudir las naciones para su gloria. La realidad es que la iglesia que lidero puede lograr más durante el próximo mes en el poder del Espíritu de Dios que lo que podríamos hacer en los próximos cien años separados de su provisión. Su poder es muy superior al nuestro. ¿Por qué no lo buscamos con desesperación?

CRISTIANOS COMUNES, UN DIOS EXTRAORDINARIO

Considera las consecuencias para el cristianismo en Estados Unidos si esto es verdad. ¿Qué tal si Dios en todo su poder solo está esperando para mostrar ese poder en medio de un pueblo que le da las espaldas, basándose en una filosofía de vida que exalta su aparente habilidad para hacer cualquier cosa, hasta que confiese su urgente necesidad de Él? ¿Y si Dios en toda su gracia está comprometido de manera radical a mostrarse fuerte en favor de la gente que expresa su necesidad de Él a fin de que sus vidas lo engrandezcan?

Esta es la historia de George Müller. (Tenemos mucho que aprender de la historia de la iglesia). Müller (1805-98) pastoreó una iglesia en Bristol, Inglaterra, durante más de sesenta años, pero le conocían más por el ministerio para huérfanos que comenzó. Durante su vida, se hizo cargo de más de diez mil huérfanos. Lo que es notable es que, adrede, nunca pidió dinero ni otros recursos para las necesidades de estos huérfanos. En su lugar, solo oró y confió en la provisión de Dios.

Cuando leí la biografía de Müller, quedé sorprendido al enterarme por qué comenzó con el orfanato. Su propósito principal no era cuidar de los huérfanos. En cambio, escribió en su diario:

> Si yo, un hombre pobre, tan solo mediante la oración y la fe he podido obtener, sin pedir nada en particular, los medios para establecer y llevar adelante un orfanato, debe de haber algo que, con la bendición del Señor, pueda contribuir de manera positiva a fortalecer la fe de los hijos de Dios, aparte de ser un testimonio para las conciencias de los inconversos, de la realidad de las cosas de Dios. Esta fue, entonces, la *razón principal* para establecer el orfanato […]. *El objetivo primero y principal* del trabajo fue (y sigue siendo) que Dios pueda ser magnificado al verse que los huérfanos bajo mi cuidado reciben todo lo que necesitan, solo mediante la fe y la oración, sin que yo ni mis compañeros le pidamos nada a nadie, y así pueda verse que Dios todavía es fiel y escucha la oración[8].

Muller decidió que quería vivir de tal manera que todos los que miraran su vida, cristianos y no cristianos, vieran de modo evidente que Dios es fiel de verdad en proveer para su pueblo. Arriesgó su vida confiando en la grandeza de Dios y, al final, engrandeció la gloria de Dios.

Dios se deleita al usar a cristianos comunes que llegan al final de sí mismos y deciden confiar en su extraordinaria provisión. Está listo para darles su poder a todos los que dependen de manera radical de Él y que están dedicados a engrandecerlo de manera radical.

DIOS NUESTRO PADRE

Me encanta proveer para mis hijos. Estoy escribiendo esto desde un tren en India de regreso a casa y no veo la hora de verlos. No veo la hora de darles un gran abrazo, de luchar con ellos en el suelo y contarles todo lo que he visto en India. Y, por supuesto, quiero darles los regalos que les he comprado en el extranjero.

Ellos esperan estas cosas. No solo los regalos, sino también el amor y el afecto que les doy. Lo esperan y lo necesitan. No lo digo en un sentido malsano y no pretendo que si algo me sucediera, estarían perdidos sin mí. No soy tan necesario. Aun así, soy su padre. Me encanta proveer para ellos y ellos saben cuánto los amo por la manera en que proveo para ellos. Cuando más buscan en mí ese amor y lo encuentran, más confían en mí como padre.

Esta relación con mis hijos me ayuda a comprender Lucas 11. Escucha lo que Jesús dice aquí: «¿Quién de ustedes que sea padre, si su hijo le pide un pescado, le dará en cambio una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!»[9]. El contexto de Lucas 11 es la enseñanza de Jesús sobre la oración. Dice que cuando oremos pidiendo la provisión del Padre, descubriremos que su provisión es buena. Y cuanto más provea para nosotros, más confiaremos en Él como nuestro Padre.

Sin embargo, la última parte de este pasaje es la que siempre me ha confundido. Verás, Jesús hizo una declaración similar en Mateo 7, donde dice: «Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a los que le pidan!»[10]. ¿Notaste la diferencia allí al final? En Lucas, nuestro Padre en el cielo nos dará *el Espíritu Santo* cuando se lo pidamos. En Mateo, nuestro Padre nos dará *cosas buenas* cuando se las pidamos. Para mí, la versión de Mateo tiene más sentido. Cuando oramos, Dios nos da buenos regalos, así como el padre terrenal les da buenos regalos a sus hijos.

Entonces, ¿por qué Lucas 11 dice que el Padre da el Espíritu Santo? Para ser sincero, yo solía pensar: *¿Y si yo no pido el Espíritu Santo? ¿Y si estoy pidiendo otra cosa? ¿Por qué Jesús dice que el Padre nos da el Espíritu Santo como respuesta a nuestras oraciones?*

La respuesta a esta pregunta revela la belleza del Espíritu de Dios en

nuestras vidas.

Piénsalo de esta manera. Tal vez estás pasando por una prueba. Una tragedia te asesta un golpe a ti o a alguien cercano y estás sufriendo. Entonces, vas a Dios en oración y le pides que te consuele. ¿Te das cuenta de lo que hace Dios? No te da consuelo. En cambio, te da el Espíritu Santo que se llama el Consolador[11]. Literalmente, el Espíritu Santo viene a morar en ti y a poner en tu interior el consuelo de Cristo mismo mientras caminas a través del dolor.

Imagina otro momento en el que tienes que tomar una gran decisión en tu vida y necesitas ayuda. Tienes un par de opciones diferentes por delante y necesitas la guía para decidir cuál es el mejor camino. Entonces, le pides ayuda a Dios. A pesar de eso, Él no te responde con su guía. En su lugar, te responde enviándote el Espíritu Santo que es nuestro Guía[12]. Dios envía al Ayudador que vivirá en ti y no solo te dirá qué decisión tomar, sino también te capacitará para tomarla.

En otra oportunidad, necesitas discernimiento y Dios te da el Espíritu de sabiduría. Otras veces, necesitas fuerza y Dios te da el Espíritu de poder. En diferentes circunstancias, Dios te da amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio, y te da el Espíritu que hace realidad en tu vida todas estas cosas[13].

El Espíritu Santo es el Consolador, el Ayudador, el Guía, la misma presencia de Dios que vive en ti.

Esta es la gran promesa que el Señor nos hace respecto a la oración. Le pedimos regalos en oración y Él nos da al Dador. Le pedimos que nos dé provisiones y Él nos da la fuente. Le pedimos dinero y no nos da efectivo; en cambio, por así decir, ¡nos da el banco!

Cuando te detienes a contemplar esta realidad parece osada, ¿no es así? Acercarse a Dios y decir: «Dios, sé que estás ocupado dirigiendo el universo y manteniendo viva a toda la creación, pero tengo este problema en mi vida. Además, Dios, en realidad no quiero consuelo por el momento ni tampoco guía. ¿Podrías… podrías simplemente venir, vivir en mí y caminar conmigo a través de esta situación?». ¿Pedirle al Dios del universo que descienda y viva en ti y en mí no es extralimitarse?

Sin embargo, lo que dice Jesús es que Dios nuestro Padre se deleita en

esto. Se deleita en darse a sí mismo. Pone su mismo poder en nosotros para que tengamos todo lo que necesitamos a fin de lograr sus propósitos en este mundo. Esta es la médula de la promesa de Jesús a sus discípulos en Juan 14, la promesa que precede sus promesas respecto al Espíritu Santo. «Ciertamente les aseguro que el que cree en mí las obras que yo hago también él las hará, y aun las hará mayores, porque yo vuelvo al Padre. Cualquier cosa que ustedes pidan en mi nombre, yo la haré; así será glorificado el Padre en el Hijo. Lo que pidan en mi nombre, yo lo haré»[14].

¿Te parece que Jesús quiso decir esto con exactitud? ¿Cosas aun mayores que las que Él hizo? ¿Todo lo que le pidamos?

Jesús no exageró. Ahora bien, no se trata de tomar a Dios como el genio de la lámpara y suponer que está listo para concedernos cualquier deseo, sino que se nos promete que los recursos del cielo están a nuestra disposición y a la espera de que el pueblo de Dios quiera engrandecerlo en este mundo. A este pueblo de Dios que anhela ver su poder en acción y que vive velando para que sus propósitos se cumplan, Él le dará de manera absoluta todo lo que necesite de acuerdo con su misma presencia que mora en nosotros.

DE RODILLAS

Si no tenemos cuidado, pasaremos completamente por alto esta promesa y nos perderemos el poder de la presencia de Dios. Rodeados por la autosuficiencia de la cultura estadounidense, podemos convencernos de que tenemos lo necesario para lograr algo grande. En nuestras iglesias, podemos imitar nuestra cultura al planear y programar, organizar y crear estrategias e innovaciones, todo en un esfuerzo que muestre que podemos tener éxito por nuestra capacidad. Como dijo Adams, podemos «llegar al máximo de [nuestra] capacidad innata y [podemos] ser reconocido[s] por los demás por lo que [somos]». Sin embargo, hay otro modo.

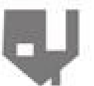
Es el modo de Cristo. En lugar de imponernos, nos crucificamos a nosotros mismos. En lugar de imaginar todo lo que podemos lograr, le pedimos a Dios que haga solo lo que Él puede lograr. Es verdad que planeamos, organizamos y creamos, pero todo lo hacemos mientras ayunamos, oramos y confesamos sin cesar nuestra necesidad de provisión de Dios. En lugar de depender de nosotros mismos, expresamos una radical desesperación por el poder de su Espíritu y confiamos en que Jesús está

listo para darnos todo lo que pidamos de modo que pueda engrandecer a nuestro Padre en este mundo.

Piénsalo. ¿Dirías que tu vida está marcada en este mismo momento por un anhelo desesperado del Espíritu de Dios? ¿Dirías que la iglesia de la que formas parte se caracteriza por esa misma desesperación?

¿Por qué habríamos de querer conformarnos con el cristianismo según nuestra habilidad o conformarnos con una iglesia según nuestros recursos? El poder de aquel que levantó a Jesús de los muertos vive en nosotros y, como resultado, no tenemos necesidad de reunir nuestro propio poder. Nuestra gran necesidad es caer ante un Padre todopoderoso día y noche y rogarle que muestre su poder radical por medio de nosotros, que nos capacite a fin de lograr para su gloria lo que jamás podríamos haber imaginado por nuestra propia fuerza. Y cuando lo hagamos, descubriremos que nos crearon con un propósito mucho mayor que nosotros mismos, la clase de propósito que solo puede alcanzarse en el poder de su Espíritu.

CAPÍTULO CUATRO



EL GRAN PORQUÉ DE DIOS

EL PROPÓSITO GLOBAL DE DIOS DESDE EL COMIENZO HASTA HOY

Recuerdo con exactitud dónde estaba sentado.

Estaba en un hogar donde se habían reunido los líderes de una iglesia estadounidense, una iglesia que me había demostrado gran amabilidad en el pasado, que había orado por mí y hasta me había enviado apoyo financiero (sin que yo lo pidiera en ningún momento). El pastor se sentó a mi derecha y un par de diáconos estaban sentados al otro lado de la sala de estar. Era un sábado por la noche y me habían invitado a predicar a la mañana siguiente en su iglesia.

Mientras estábamos allí sentados, me preguntaron cómo nos iba a mí y a mi esposa. Les conté sobre el ministerio en barrios marginados en Nueva Orleans, donde vivíamos en ese entonces. Les conté acerca del ministerio entre hogares acosados por la pobreza y la violencia de las pandillas. Les hablé sobre el ministerio entre los hombres y las mujeres sin hogar que luchaban contra diversas adicciones.

Luego, les conté sobre las oportunidades que Dios me había dado hacía poco de ministrar alrededor del mundo. Les conté sobre la receptividad de la gente al evangelio en lugares que tradicionalmente son hostiles al cristianismo. Les conté que ya fuera en los barrios marginados como en el extranjero, Dios estaba atrayendo a la gente hacia Él en algunas de las zonas más difíciles del mundo.

Hice una pausa para escuchar sus respuestas esperando que sintieran el

mismo entusiasmo mío. Después de un molesto silencio, uno de los diáconos se inclinó hacia delante en su silla, me miró y dijo: «David, creo que es magnífico que vayas a estos lugares. No obstante, si me preguntas mi opinión, esperaría que Dios aniquile cuanto antes a esas personas y las mande al infierno».

Eso fue lo que dijo con exactitud. Quedé pasmado y sin habla. No tenía idea de qué responder. Todavía no estoy seguro de lo que hubiera tenido que decir. ¿Aniquilarlos? ¿Mandarlos al infierno?

Al cabo de un momento de silencio, el resto de la habitación retomó la conversación como si nada fuera de lo normal hubiera sucedido.

Aun así, no terminó allí.

A la mañana siguiente, llegamos al edificio de la iglesia y comenzó la reunión. El pastor se levantó para darles la bienvenida a todos, y durante sus comentarios introductorios, comenzó a hablar sobre lo agradecido que estaba de vivir en los Estados Unidos. No estoy seguro de qué encendió la creciente chispa patriótica que siguió, pero durante los próximos minutos le dijo a la iglesia que no existía la posibilidad de que viviera en ninguna otra parte del mundo. Los *Amén* surgían a diestra y siniestra por toda la congregación. Inmersos en un celo nacionalista, esperaba que en cualquier momento Lee Greenwood estallara en canto en el fondo.

Minutos después, me levanté para predicar sobre ir a todas las naciones con el evangelio. Cuando terminé, bajé de la plataforma mientras el pastor subía para cerrar el servicio. Estas fueron sus palabras: «Hermano David, estamos muy entusiasmados por todo lo que Dios está haciendo en Nueva Orleans y en todas las naciones, y nos encanta que usted trabaje allí». Siguió adelante: «Además, hermano, le prometemos que continuaremos enviándole un cheque para que no tengamos que ir nosotros a esos lugares».

No había terminado.

«Recuerdo que una vez, en la última congregación donde estuve, vino un misionero de Japón a hablar», dijo. «Le dije a esa iglesia que si no le mandaban fondos financieros a ese misionero, oraría para que Dios enviara a sus hijos a Japón a trabajar con él».

¡Increíble!

¿El pastor acababa de amenazar a su congregación con el castigo de ir a las naciones?

Continuó: «Y mi iglesia le dio a aquel hombre una computadora portátil y un montón de dinero».

Al parecer, la amenaza había dado resultado.

La reunión terminó, y subí al auto junto a mi esposa para conducir de vuelta a casa. Casi no podía creer las cosas que había escuchado. Diversas emociones me consumían: enojo, tristeza, desilusión, confusión. Sin embargo, cuando comencé a procesar lo sucedido durante las últimas veinticuatro horas, me di cuenta de algo aterrorizador.

¿Cabía la posibilidad de que este diácono y este pastor hubieran expresado lo que cree la mayoría de los cristianos de hoy en Estados Unidos, pero que no se animan a decir? Esto quizá parezca un poquito duro, pero considera la realidad.

¿Cuántos de nosotros aceptamos las comodidades de los suburbios mientras que les damos las espaldas a los barrios marginales necesitados del evangelio? ¿Cuántos de nosotros estamos tan arraigados en los Estados Unidos que ni una sola vez hemos pensado seriamente en la posibilidad de que Dios pueda llamarnos a vivir en otro país? ¿Cuántas veces estamos dispuestos a darle un cheque a alguien siempre y cuando nosotros no tengamos que ir a esos lugares difíciles del mundo? ¿Cuántos de nosotros, padres, le pedimos a Dios en oración que levante a nuestros hijos para que dejen nuestro hogar y se vayan a otro país, aunque eso signifique que nunca regresen? ¿Y cuántos de nosotros dedicamos nuestra vida a llevarle el evangelio a la gente que vive en regiones hostiles alrededor del mundo donde los cristianos no son bienvenidos? Por cierto, pocos de nosotros seríamos tan osados como para decir que esperaríamos «que Dios aniquile cuanto antes a esas personas y las mande al infierno», pero si no les llevamos el evangelio, ¿no es allí a donde se irán?

Mientras tanto, Jesús nos ordenó ir. Nos creó a cada uno de nosotros para que llevemos el evangelio hasta los confines de la tierra y propongo que todo lo que sea una devoción menos radical a este propósito es un cristianismo antibíblico.

DISFRUTA DE SU GRACIA, EXTIENDE SU GLORIA

En primer lugar, considera el propósito de Dios al crearnos. Como Dios autosuficiente del universo, de seguro que Él no tenía necesidad alguna; entonces, ¿por qué nos creó? Lo último que quiero hacer es presumir de conocer a fondo la mente y las motivaciones de Dios. Ni tampoco quiero simplificar demasiado sus caminos. No obstante, parece que Dios nos dice por qué nos hizo. Existe un doble propósito que es evidente desde el comienzo de la historia.

Por un lado, Dios nos creó para disfrutar de su gracia. A diferencia de todo lo demás que creó Dios, fuimos hechos a su imagen[1]. Solo nosotros tenemos la capacidad de disfrutar a Dios en una íntima relación con Él. La primera palabra que usa la Biblia para describir esa relación es *bendecir*. Dios no bendijo al género humano por algún mérito o valor inherente a nosotros, sino por pura gracia. Dios creó a la humanidad para que disfrutara de su gracia.

Sin embargo, allí no terminó la historia, porque por otra parte, en cuanto nos bendijo, Dios nos dio un mandamiento. «Y los bendijo [Dios] con estas palabras: "Sean fructíferos y multiplíquense; llenen la tierra y sométanla"»[2]. Dios le dio su imagen al hombre por una razón: para que multiplicara su imagen en todo el mundo. Creó a los seres humanos, no solo para disfrutar de su gracia en una relación con Él, sino también para extender su gloria hasta los confines de la tierra.

Bien simple. Disfruta de su gracia y extiende su gloria. Este es el doble propósito que se encuentra detrás de la creación del género humano en Génesis 1 y establece el marco para todo un Libro que gira alrededor del mismo propósito. En cada género de literatura bíblica, y en cada etapa de la historia bíblica, se ve a Dios derramando su gracia sobre su pueblo para que su gloria se manifieste en medio de todos los pueblos.

En Génesis 12, cuando Dios formó a su pueblo, le dijo a Abraham: «Haré de ti una nación grande, y te bendeciré; haré famoso tu nombre, y serás una bendición. Luego, Dios conecta su promesa a Abraham con un propósito más profundo: «¡por medio de ti serán bendecidas todas las familias de la tierra!»[3]. Dios bendice en abundancia a Abraham, pero no solo por bendecirlo a él. Lo bendice para que pueda ser el conducto de la bendición de Dios a todos los pueblos de la tierra. Dios le dice a Abraham que disfrute de su gracia mientras extiende su gloria.

Considera el propósito de autoexaltación de Dios en la redención de su pueblo de la esclavitud en Egipto. Inmediatamente después del Éxodo, Dios los condujo a la playa del Mar Rojo, con los egipcios en los talones y ningún lugar donde escapar. Escucha la razón de Dios cuando dice: «Voy a cubrirme de gloria, a costa del faraón y de todo su ejército. ¡Y los egipcios sabrán que yo soy el Señor!»[4]. De manera milagrosa, Dios dividió las aguas, condujo a su pueblo por el medio sobre tierra seca y, luego, hizo que las olas se tragaran a los egipcios con un motivo principal: glorificarse a sí mismo. Los egipcios y todas las naciones que les siguieron supieron que Él es el Señor y que salva a su pueblo. Dios bendijo a su pueblo de una manera milagrosa a fin de que se conociera su salvación entre todos los pueblos.

Considera otra historia del Antiguo Testamento, la de Sadrac, Mesac y Abednego. ¿Por qué un Dios de amor habría de permitir que a estos tres hombres hebreos los arrojaran en un terrible horno de fuego? ¿Así trata Dios a los que lo arriesgan todo por Él? ¿Cómo te hace sentir esto respecto a la próxima vez que tengas que jugarte por Dios? Leemos la historia y quedamos fascinados, pero casi nunca llegamos al final para ver el motivo.

> Entonces exclamó Nabucodonosor: «¡Alabado sea el Dios de estos jóvenes, que envió a su ángel y los salvó! Ellos confiaron en él y, desafiando la orden real, optaron por la muerte antes que honrar o adorar a otro dios que no fuera el suyo. Por tanto, yo decreto que se descuartice a cualquiera que hable en contra del Dios de Sadrac, Mesac y Abednego, y que su casa sea reducida a cenizas, sin importar la nación a que pertenezca o la lengua que hable. ¡No hay otro dios que pueda salvar de esta manera!»[5].

El mismo rey que declaró que todos se inclinaran ante él, ¡ahora declaraba que cualquiera que hablara en contra de Dios debía cortarlo en pedazos! Dios permitió que a estos muchachos los arrojaran en aquel horno feroz para que salieran sin una gota de sudor en sus frentes y para que este rey pagano declarara que el Dios de Sadrac, Mesac y Abednego es digno de alabanza en todas las naciones y en todos los lenguajes. A decir verdad, Dios se ocupa de bendecir a su pueblo de maneras inusuales de modo que

su bondad y su grandeza se declaren entre todos los pueblos.

En todo el Antiguo Testamento hay versículos que reiteran esta verdad. En los Salmos, por ejemplo, se habla de cómo Dios guía a su pueblo por amor de su nombre y lo bendice para que las naciones conozcan sus caminos. Los profetas describen de manera hermosa la misericordia de Dios hacia su pueblo para que testifiquen a las naciones que Él es Señor[6].

Ezequiel 36 contiene algunas de las palabras más sorprendentes de la boca de Dios cuando relata su obra en medio de su pueblo. Dios habla de cómo el pueblo de Israel había pecado en su contra y describe la razón que lo llevó a hacer lo que hizo en medio de ellos.

> Por eso, adviértele al pueblo de Israel que así dice el Señor omnipotente: «Voy a actuar, pero no por ustedes sino por causa de mi santo nombre, que ustedes han profanado entre las naciones por donde han ido. Daré a conocer la grandeza de mi santo nombre, el cual ha sido profanado entre las naciones, el mismo que ustedes han profanado entre ellas. Cuando dé a conocer mi santidad entre ustedes, las naciones sabrán que yo soy el Señor. Lo afirma el Señor omnipotente»[7].

¡Qué afirmación! Dios llega al punto de decir que cuando actúa en medio de su pueblo, no muestra su gracia, su misericordia y su justicia por el bien de ellos, sino por el bien de su santo nombre entre las naciones.

El evidente propósito global de Dios en la historia, los escritos y los profetas del Antiguo Testamento sigue adelante en el Nuevo Testamento. En los Evangelios, vemos cómo Jesús terminó su vida en la tierra ordenándoles a sus seguidores que llevaran el evangelio hasta los confines de la tierra[8]. Las cartas están llenas del mismo énfasis mientras Pablo, Pedro, Santiago y Juan guiaban a la iglesia a través de la persecución y el sufrimiento a extender la gloria de Dios a las naciones.

A la luz de todo lo que hemos visto, no nos sorprende llegar al último libro de la Biblia y ver la culminación del propósito de Dios. Imagina esta escena que describe Juan:

> Después de esto miré, y apareció una multitud tomada de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas; era tan grande que nadie podía contarla. Estaban de pie delante del trono y del Cordero, vestidos de túnicas blancas y con ramas de palma en la mano. Gritaban a gran voz: «¡La salvación viene de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!»[9].

Al comienzo de la historia de la tierra, el propósito de Dios era bendecir a su pueblo de modo que todos los pueblos lo glorificaran por su salvación. Ahora, al final, se cumple el propósito de Dios. Los individuos de toda nación, tribu, pueblo y lengua se inclinan alrededor del trono de Dios y cantan alabanzas a aquel que los ha bendecido con su salvación. Este es el propósito final, supremo, total y absoluto, glorioso, garantizado y abrumadoramente global de Dios en la Escritura. Es el gran porqué de Dios.

Él bendice a su pueblo con una gracia extravagante para que sus hijos puedan extender su extravagante gloria a todos los pueblos de la tierra. Esta verdad básica y fundamental impregna la Escritura de principio a fin. Sin embargo, me pregunto si tal vez sin darnos cuenta, pasemos por alto el gran porqué de Dios.

JESÚS NO MURIÓ SOLO POR TI

Vivimos en una cultura de iglesia que tiene una peligrosa tendencia a desconectar la gracia de Dios de su gloria. Nuestros corazones celebran la idea de disfrutar de la gracia de Dios. Nos deleitamos en los sermones, las conferencias y los libros que exaltan una gracia centrada en nosotros. Y aunque la maravilla de la gracia merece nuestra atención, si esa gracia se desconecta de su propósito, el triste resultado es un cristianismo centrado en sí mismo que no tiene en cuenta el corazón de Dios.

Si le pidieras al cristiano promedio que se sienta en una reunión un domingo por la mañana que resuma el mensaje del cristianismo, lo más probable es que te diga algo así: «El mensaje del cristianismo es que Dios me ama». Alguno también podría decir: «El mensaje del cristianismo es que Dios me amó lo suficiente como para enviar a su Hijo, Jesús, a morir por mí».

Por más maravilloso que resulte este sentimiento, ¿es bíblico? ¿No está incompleto, si nos basamos en lo que hemos visto en la Biblia? «Dios me ama» no es la esencia del cristianismo bíblico, porque si el mensaje del cristianismo es «Dios me ama», ¿cuál es su objeto?

Dios *me* ama.

A mí.

El objeto del cristianismo soy *yo*.

Entonces, cuando busco una iglesia, busco la música que mejor *me* cae y los programas que cuidan mejor de *mí* y de *mi* familia. Cuando hago planes para *mi* vida y carrera, pienso en lo que da mejor resultado para *mí* y para *mi* familia. Cuando considero la casa donde viviré, el auto que conduciré, la ropa que me pondré, la manera en que viviré, escogeré de acuerdo con lo que sea mejor para *mí*. Esta es la versión del cristianismo que prevalece en nuestra cultura.

Sin embargo, no es el cristianismo bíblico.

El mensaje del cristianismo bíblico no es «Dios me ama, punto y aparte», como si fuéramos el objeto de nuestra propia fe. El mensaje del cristianismo bíblico es «Dios me ama para que yo dé a conocer entre las naciones sus caminos, su salvación, su gloria y su grandeza».

Entonces, Dios es el objeto de nuestra fe y el cristianismo se centra alrededor de Él. Nosotros no somos el fin del evangelio, sino Dios. Dios se centra en sí mismo, incluso en nuestra salvación. Recuerda sus palabras en Ezequiel: nos salvó, no por nuestro bien, sino por el bien de su santo nombre. Hemos recibido la salvación de modo que su nombre se proclame en todas las naciones. Dios nos ama por su bien en el mundo.

Esto nos puede caer como un golpe. ¿Quieres decir que Dios tiene un motivo oculto al bendecirnos? ¿No somos los receptores finales de su gracia? Y la respuesta que da la Escritura es clara. Por cierto, no estamos en el centro del universo. Dios está en el centro del universo y, en definitiva, todo lo que hace gira en torno a Él.

Si esto es cierto, podemos preguntarnos si Dios es egoísta. ¿Cómo es posible que el propósito de Dios sea exaltarse a sí mismo? Es una buena pregunta y nos motiva a hacer una pausa hasta que nos hagamos la siguiente

pregunta: ¿A quién más querríamos que exaltara? En el mismo momento en que Dios exalte a otro o a otra cosa, dejará de ser el gran Dios digno de toda gloria en todo el universo que es.

Debemos guardarnos de las malas interpretaciones en este punto. La Biblia no dice que Dios no nos ame de manera profunda. Por el contrario, hemos visto en la Escritura a un Dios con una inusitada, sorprendente e íntima pasión por su pueblo. Sin embargo, esa pasión no se centra de modo definitivo en su pueblo. Se centra en su grandeza, en su bondad y en su gloria que se hace conocida en el mundo entero entre todos los pueblos. Desconectar la bendición de Dios de su propósito global es caer en un cristianismo antibíblico, saturado de egoísmo que pierde el sentido de la gracia divina.

Es una verdad fundacional: Dios nos crea, nos bendice y nos salva a cada uno de nosotros con un propósito radicalmente global. Entonces, si no tenemos cuidado, nos sentiremos tentados a hacer excepciones. Nos sentiremos tentados a adoptar pantallas de humo espirituales y a abrazar comodidades nacionales que nos excusan del plan global de Cristo. Además, en este proceso, nos encontraremos acomodándonos a planes inferiores que la cultura que nos rodea, e incluso la iglesia que nos rodea, consideran más admirables, más manejables y más cómodos.

«NO TENGO EL LLAMADO»

Me pregunto si de algunas maneras intencionales y de otras inconscientes hemos levantado líneas de defensa en contra del propósito global de Dios para nuestras vidas. No es raro oír a los cristianos decir: «Bueno, no todos estamos llamados a las misiones en el extranjero», o de forma más específica: «Yo no tengo el llamado a las misiones en el extranjero». Cuando decimos esto, casi siempre nos referimos a las misiones en el extranjero como un programa opcional de la iglesia para unos pocos fieles que, al parecer, tienen el llamado a esa tarea. En esta manera de pensar, las misiones son un programa, de los tantos de la iglesia, y algunos selectos son buenos para las misiones y sienten pasión por ellas. Mientras tanto, el resto de nosotros está dispuesto a mirar las fotos de las misiones cuando los misioneros vuelven a casa, pero al fin y al cabo, Dios no nos ha llamado a nosotros para esto de las misiones. Sin embargo, ¿adónde se identifica alguna vez en la Biblia a las misiones como un programa opcional de la

iglesia? Acabamos de ver que Dios nos creó a todos, nos salvó de nuestros pecados y nos bendijo para dar a conocer la gloria del Señor en todo el mundo. A decir verdad, el mismo Jesús no solo nos ha llamado para ir a todas las naciones; Él nos creó y nos ordenó ir a todas las naciones. Sin embargo, hemos tomado esta orden y la hemos reducido a un llamado, algo que solo reciben algunos pocos.

Me resulta interesante notar que no hacemos lo mismo con otras palabras de Jesús. Tomamos el mandamiento de Jesús en Mateo 28 de hacer discípulos a todas las naciones y decimos: «Esto se refiere a otros». Entonces, miramos el mandamiento de Jesús en Mateo 11:28: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso», y decimos: «Bueno, esto se refiere a mí». Tomamos la promesa de Jesús en Hechos 1:8, donde dice que el Espíritu nos guiará a los confines de la tierra y decimos: «Eso se refiere a algunos». En cambio, tomamos la promesa de Jesús en Juan 10:10 de que tendremos vida abundante y decimos: «Esto se refiere a mí».

En este proceso, hemos trazado de manera innecesaria (y antibíblica) una línea de distinción que les asigna las *obligaciones* del cristianismo a unos pocos, mientras que mantiene los *privilegios* del cristianismo para todos. De esta misma manera, decidimos enviar a otros a llevar a cabo el propósito global del cristianismo, mientras el resto de nosotros se cruza de brazos solo porque «no tenemos ese llamado».

Ahora bien, sabemos que cada uno de nosotros tiene dones diferentes, habilidades diferentes, pasiones diferentes y distintos llamados de Dios. A ti y a mí Dios nos ha dotado de distintas maneras. Sin duda, esto sucedía con los discípulos. Pedro y Pablo tenían diferentes llamados. Sin embargo, se esperaba que cada seguidor de Cristo en el Nuevo Testamento, sin importar cuál fuera su llamado, asumiera la tarea de proclamar el evangelio hasta los confines de la tierra. Por esta razón, Él les dio a cada uno de ellos su Espíritu y a todos el mismo plan: hagan discípulos a todas las naciones.

¿No sucede lo mismo hoy en día? Cuando me siento a almorzar con Steve, un hombre de negocios de nuestra familia de fe, es evidente que tenemos distintos llamados en nuestras vidas. Él es contador; yo soy pastor. Él tiene una gran habilidad con los números; yo no los soporto. Aun así, ambos entendemos que Dios nos ha llamado y nos ha dotado para un propósito global. Entonces, Steve me pregunta muy a menudo: «¿Cómo

puedo guiar mi vida, mi familia y mi empresa contable para la gloria de Dios en Birmingham y alrededor del mundo?». Está guiando a sus colegas a Cristo; está movilizando a los contadores para que sirvan a los pobres; y su vida está influyendo de manera personal en los individuos y en las iglesias de América Latina, África y Europa Occidental con el evangelio.

Steve y otros como él han decidido que no tomarán el mandamiento de Cristo de hacer discípulos a todas las naciones y lo rotularán un llamado para pocos. No se sentarán a un costado mientas una clase de cristianos, que se supone especial, logra el propósito global de Dios. Están convencidos de que Dios los ha creado para hacer conocer su gloria a todas las naciones y están entregando sus vidas para alcanzar ese propósito.

En Romanos 1:14-15, Pablo habla de ser deudor a las naciones. Literalmente dice: «Estoy en deuda con todos». El lenguaje es profundo. Pablo dice que tiene una deuda con cada persona perdida sobra la faz del planeta. Como pertenece a Cristo, le debe a Cristo al mundo.

Toda persona que ha sido salva de este lado del cielo le debe el evangelio a toda persona perdida de este lado del infierno. Le debemos a Cristo al mundo: desde el menor hasta el mayor, desde el más rico hasta el más pobre, desde la mejor persona hasta la peor. Estamos en deuda con las naciones. Sin embargo, en nuestro enfoque contemporáneo de las misiones, nos hemos quitado sutilmente de encima el peso de los perdidos y de un mundo que muere, nos hemos retorcido las manos con una santa preocupación y hemos dicho: «Lo lamento. No me han llamado para esto».

El resultado es trágico. Una mayoría de los individuos que se supone que han sido salvos de la condenación eterna mediante el evangelio, ahora se cruzan de brazos e inventan excusas para no testificarle del evangelio al resto del mundo.

¿Y si no necesitamos cruzarnos de brazos y esperar el llamado a las misiones en el extranjero? ¿Y si la razón misma por la cual tenemos aliento es que hemos sido salvos con una misión global? ¿Y si este sentimiento inferior a una participación apasionada en las misiones globales no le está dando a Dios el lugar que merece al frustrar el propósito mismo por el cual nos creó?

«¿QUÉ HAY DE LAS NECESIDADES AQUÍ?»

Es probable que la respuesta más común que surja entre los cristianos respecto al propósito global de Dios sea: «¿Qué hay de las necesidades aquí?». «¿Por qué debemos pensar en otras naciones siendo que en la nuestra hay tantas necesidades?»

Entre los cristianos en Birmingham (donde soy pastor), muchas veces oigo esta declaración en versiones diferentes: «No necesito ir a todas las naciones, porque Dios me ha dado carga por los Estados Unidos». Otros pueden decir: «Dios me ha dado carga por Birmingham». Estas oraciones aparentan ser espirituales, pero cuando las sondeamos, parecen más bien pantallas de humo.

Son pantallas de humo, porque la mayoría de nosotros en realidad no está muy preocupado por las necesidades que lo rodean. La mayoría de los cristianos casi nunca habla del evangelio, y la mayoría de las agendas de los cristianos no están cargadas de actividades para alimentar a los hambrientos, ayudar a los enfermos y fortalecer a la iglesia en los lugares más necesitados de nuestro país.

Además, aunque hagamos estas cosas, seguiríamos pasando por alto una verdad bíblica fundamental cuando decimos que tenemos carga por los Estados Unidos. Como hemos visto en toda la Escritura, Dios tiene carga por el mundo. Entonces, cuando decimos que tenemos carga por Estados Unidos, admitimos que tenemos un mísero cinco por ciento de la carga de Dios y estamos orgullosos por esto. Cuando decimos que tenemos carga por la ciudad donde vivimos, confesamos que tenemos menos del uno por ciento de la carga de Dios.

Sin duda, allí hay grandes necesidades. Sin embargo, ¿debemos seguir insistiendo en dividir la Gran Comisión en una propuesta que sea una cosa o la otra? ¿Quién nos dijo que debemos escoger entre tener carga por los Estados Unidos *o* tener carga por el mundo? Basándonos en el propósito de Dios que hemos visto en la Escritura, ¿el corazón de cada cristiano no debería consumirse en definitiva por la manera en que podemos dar a conocer la gloria de Dios a todo el mundo?

Son 6.783.421.727 y siguen creciendo. Mientras escribo este capítulo, esta es la población del mundo. Según las estimaciones más liberales, alrededor de la tercera parte del mundo es cristiana. Estas estimaciones incluyen a todos los que se identifican como cristianos, ya sea desde el

punto de vista religioso, social o político. Es probable que no todos sean verdaderos seguidores de Cristo. Entonces, aunque supongamos que lo son, nos quedan cuatro mil millones y medio de personas que, si el evangelio es cierto, en este momento están separadas de Dios por su pecado y (si nada cambia) pasarán la eternidad en el infierno.

Repito, *cuatro mil millones y medio*.

Y en su mayoría viven fuera de Estados Unidos.

A la luz de todo lo que hemos visto en la Escritura, de seguro que Dios nos ha dado la gracia para extender su gloria no solo a áreas de necesidad aquí, sino a áreas de necesidad alrededor del mundo. Ni aquí, ni allí, sino aquí y allí.

En toda esta exposición sobre las misiones, puedes comenzar a pensar: *Bueno, seguramente no estás sugiriendo que todos debemos mudarnos al extranjero*. Sin duda, eso no es lo que sugiero (¡aunque tampoco lo descarto por completo!). Aun así, este es justo el problema. Hemos creado la idea de que si tienes carga por el mundo y sientes pasión por la misión global, debes mudarte a otro país. No obstante, si tienes carga por Estados Unidos y no sientes pasión por la misión global, te quedas aquí y apoyas a quienes van. Mientras tanto, en contraposición a esta idea, se encuentra la declaración de la Escritura de que sin importar dónde vivamos, aquí o en el extranjero, nuestro corazón debería consumirse con el deseo de dar a conocer la gloria de Dios a todas las naciones.

Sé que es probable que haya algunos en la iglesia que pastoreo a quienes no les importaría si me voy a vivir a otra nación. Lo digo en broma (¡eso espero!), pero después de todo, ¿no es allí donde va la gente con pasión por el mundo? Sin embargo, es exactamente por eso que la iglesia que pastoreo no me abandona (mientras me tengan). Esto se debe a que, de tapa a tapa, la Biblia enseña que toda la iglesia, no solo individuos selectos, sino toda la iglesia, está creada para reflejar toda la gloria de Dios en todo el mundo. Porque todo hombre, mujer y niño en la iglesia que pastoreo procura influir en las naciones para la gloria de Cristo, y porque existe una forma de vida diseñada por Dios para que vivamos aquí y hagamos la iglesia aquí, en favor de la gente alrededor del mundo que no conoce a Cristo.

Entonces, ¿cuál es esta forma de vida diseñada por Dios? Todo esto de tener carga por el mundo puede parecer un poquito cliché y hasta quizá

parezca un tanto hueco, entonces, ¿qué significa de verdad vivir para la gloria de Cristo en todas las naciones? Mientras seguimos mirando las palabras de Cristo, sondearemos respuestas específicas para esta pregunta. A esta altura, permíteme darte tan solo algunos ejemplos de individuos que han cambiado su sueño americano por un sueño que se extiende mucho más allá del país y la cultura en la que vivimos.

UN SUEÑO MAYOR

Imagina el sueño americano en acción.

Imagina un estudiante universitario preparándose para su profesión. Durante toda su vida le han dicho que se esfuerce en la escuela a fin de poder ir a la universidad, obtener un título y construir una carrera. Con la cantidad adecuada de motivación, dedicación e intuición, puede llegar a ser alguien algún día. Entonces, se esfuerza por llegar a esa meta.

O imagina un dotado hombre de negocios que ha alcanzado sus aspiraciones. Sus comienzos fueron humildes y se enfrentó a desafíos desmoralizadores, pero perseveró a través de largos días en la oficina y cortas noches en su hogar para llegar a la cima. Llegó allí más rápido de lo que pensaba, y aunque no siempre fue fácil, al final, piensa que valió la pena. Ahora vive en una gran casa en los suburbios con su esposa y sus hijos, un hombre realizado con todo lo que necesita.

Por consiguiente, tenemos a la pareja casada que comienza su vida pasiva. En definitiva, la espera ha terminado y las opciones abundan. ¿Acomodarse en una casa tranquila y retirada, o viajar a través del país? ¿Renovar la casa o sacar una segunda hipoteca para comprar una en las montañas? ¿Comprar un barco de pesca o tomar lecciones de golf? Los placeres que hoy pueden disfrutar son un monumento a los años de esfuerzo y trabajo que hicieron posible todo esto.

Imagina estos casos frecuentes y, luego, pregúntate: «¿Nos crearon para algo mucho mayor que esto?».

Permíteme presentarte a Daniel, un estudiante universitario como el que mencioné antes. Es miembro de nuestra familia de fe y acaba de recibirse con honores de ingeniero mecánico en una universidad cercana. Al salir de la universidad, se le presentaron dos ofrecimientos atractivos: tomar un empleo con un salario altísimo en una planta de energía nuclear o recibir

una beca para completar la maestría y el doctorado en ingeniería.

Aceptar cualquiera de estas dos ofertas no hubiera estado nada mal, pero hace dos años, Daniel vino a la fe en Cristo. El centro de toda su vida pasó al uso de la gracia de Dios para glorificar al Señor. Por lo tanto, rechazó las dos opciones que tenía ante sí y, en cambio, se fue a trabajar con un programa de ingeniería diseñado para ayudar a las comunidades empobrecidas alrededor del mundo. Su padre me escribió un correo electrónico poco tiempo después de que Daniel tomara esta decisión diciendo: «Daniel se ha separado de manera muy radical de mi sostenido y tradicional sistema de valores. He criado a mis hijos con sólidos valores cristianos y, como es natural, he esperado que se aferren al llamado de la oportunidad y se establezcan en una vida familiar productiva». Sin embargo, en el resto de la carta, su padre describía lo orgulloso que está de que su hijo hubiera renunciado a las ambiciones de este mundo para «llevar el evangelio a lugares y personas que le son desconocidos». Y Dios ha sido fiel con Daniel. Hace algunas semanas, me encontré con él en mi oficina y me contó sobre las oportunidades sin precedentes que Dios le está dando en América, África y Asia, a medida que persigue el mayor sueño que tuviera jamás.

Además, permíteme presentarte a Jeff, un hombre de negocios como el que mencioné antes, que subió por la escalera del éxito y, entonces, se dio cuenta de que el éxito en el reino de Dios implica descender, no ascender. Como joven profesional, escaló las alturas del éxito en nuestra cultura casi de todas las maneras concebibles. Dejaré que cuente su historia con sus propias palabras, en extractos de un discurso que dio a otros ejecutivos de su compañía durante una de sus conferencias.

> Mi carrera ha sido un remolino total con mayores éxitos de lo que jamás había anticipado. ¡Pago más de impuestos de lo que esperaba ganar en todo un año! He sido increíblemente bendecido. Pude lograr que mi esposa se quedara en casa, sin necesidad de trabajar. Luego, compramos la casa de nuestros sueños, en el preciso vecindario donde siempre habíamos deseado vivir. Compré el BMW, compré una gran casa en la playa y tuvimos vacaciones increíbles. Como si esto fuera poco, crecía en un negocio que me encantaba de verdad, en una industria que me apasiona. Sin embargo, algo le faltaba a mi vida y no

> podía imaginar qué era. Desde los siete años era cristiano, pero a lo largo de mi búsqueda de negocios y éxito, de algún modo sustituí la búsqueda del Señor por perseguir cosas y éxito.
>
> Entonces, el año pasado sucedió algo que cambió mi vida. Me encontraba en un basurero en Tegucigalpa, Honduras. Vi a hombres, mujeres y niños que vivían allí mientras buscaban comida y refugio. Humillado ante la realidad de estos padres que criaban a sus hijos en un basurero, llegué al límite cuando vi a una mujer embarazada de ocho meses que se acercaba hacia mí, mientras buscaba comida. No pude decidir qué era peor: si que el bebé se hubiera concebido en un basurero o que fuera a nacer allí. En medio de esta escena, Dios me preguntó: «¿Qué harás con lo que te he dado? ¿Cómo usarás tu influencia, tu liderazgo y tus recursos en el mundo que te rodea?».

Por primera vez, Jeff se dio cuenta de que Dios tenía un propósito mayor para su vida que la búsqueda de más éxitos y bienes. Entonces, decidió apartarse del sueño americano. Todavía tiene su negocio y gana muchísimo dinero, pero no para engrandecerse a sí mismo. Él y otros dos hombres en nuestra familia de fe han comenzado un ministerio que trabaja con las iglesias locales alrededor del mundo a fin de proveer agua potable en comunidades donde mueren miles de personas cada día a causa de enfermedades evitables que se transmiten en el agua. Juntos, están descubriendo lo que conversamos en el capítulo anterior: Dios está entregado a proveerles abundantes recursos a quienes viven de acuerdo con su propósito.

Por último, permíteme presentarte a Ed y Patty. Al entrar en la década de los setenta, se les presentaron muchísimas opciones para hacer juntos al jubilarse. Como respuesta, escogieron un camino poco común. Este año, entre julio y octubre, Ed y Patty estuvieron en su casa solo un total de once días. No estuvieron porque se encontraban prestando auxilio en ciudades y pueblos que habían sufrido inundaciones en Estados Unidos. Los dos viajaron a Nigeria y Ed viajó a Sri Lanka, donde cocinó para los hambrientos en medio de la lucha de los rebeldes. Ed me contó que, por lo general, Patty viaja con él, pero que no le gusta dormir debajo de los camiones en medio de la lucha de los rebeldes, ¡así que no viajó con él a Sri Lanka! Una vez, Ed me dijo: «¿Qué otra cosa haré con mi jubilación?

Quiero hablarle del evangelio a la mayor cantidad de gente posible».

Si conocieras a Daniel, Jeff, Ed o Patty, no verías nada extraordinario en ellos. Son personas sin pretensiones que han logrado diversos niveles de éxito en este mundo. Aun así, todos tienen esto en común: Creen que les crearon para algo más que para dar vueltas como cristianos en el sueño americano. Creen que el propósito de sus vidas es más profundo que tener un lindo trabajo, criar una familia decente, vivir de manera confortable y asistir a la iglesia hasta el final. Creen que Jesús los ha llamado a un plano muy superior y les ha dado un sueño mayor. Creen que Dios les ha mostrado mucha gracia para poder usarla en la realización de su propósito glorioso, global y que exalte su nombre, el propósito que fue principal desde el comienzo de los tiempos, y no quieren conformarse con nada menos que una entrega radical a ese propósito.

EL IMPACTO EN EL MUNDO

Entonces, ¿cómo funcionaría esto en tu vida? Al explorar lo que significa una entrega radical a Cristo, te invito a que solo dejes que tu corazón quede atrapado, quizá por primera vez, por la posibilidad bíblica de que Dios ha diseñado un propósito global y radical para tu vida. Te invito a que dejes de lado los razonamientos inferiores que puedan impedirte alcanzar este propósito. Te invito a que consideres conmigo lo que significaría para todos nosotros (pastores y miembros de la iglesia, hombres de negocios, abogados y médicos, consultores y constructores, maestros y estudiantes, profesionales en ejercicio y madres que se quedan en casa para criar a sus hijos) gastar toda nuestra vida en favor de toda la gloria de Dios en todo el mundo.

Sé que parece idealista. Impactar en el mundo. Sin embargo, también, ¿no parece bíblico? Dios nos ha creado para alcanzar con nuestras vidas un propósito radicalmente global y que le exalte a Él hasta lo sumo. La definición formal de *impacto* es: «contacto contundente entre dos cosas», y Dios ha diseñado nuestra vida para chocar contra el mundo.

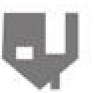
¿Y si esto no solo es bíblico sino también posible? Existe una vieja máxima según la cual los que dicen que no se puede hacer deberían apartarse del camino de los que lo están haciendo. ¿Y si un idealismo global, apasionado y que exalte a Dios es exactamente lo que se necesita en las vidas de los cristianos hoy en día? ¿Y si estos cristianos radicales se

juntaran en comunidades de fe llamadas iglesias que estuvieran rendidas al propósito para el pueblo de Dios que ha sido primordial desde el comienzo de los tiempos? Tal vez, solo tal vez, juntos podríamos ver el logro de ese propósito.

Terminaré con un correo electrónico que recibí hace poco de Jamie, una madre de nuestra familia de fe que acaba de regresar de Guatemala. Otra iglesia le pidió que fuera a contar su experiencia y esta es una porción de lo que contó allí.

> Tomé la decisión de ir a Guatemala después de ver en la Palabra de Dios que Él nos manda ir y hacer discípulos a todas las naciones. Fui por obediencia, no porque tuviera carga por las misiones ni pasión por el pueblo de Guatemala. Quiero que comprendan que soy esposa, madre y psicóloga a medio tiempo; no soy misionera y menos predicadora. Solo estaba obedeciendo en grado mínimo lo que había creído que nos dice que hagamos la Palabra de Dios. Alabado sea el Señor que no es fiel en grado mínimo y que no nos bendice en grado mínimo.
>
> Luego de pasar una semana entre preciosos niños que comen una pequeña taza de gachas de avena al día, la pregunta que he traído conmigo a Birmingham es por qué Dios me ha bendecido tanto a mí siendo que otros tienen tan poco. Y esto es lo que Dios me ha mostrado: «Te he bendecido para mi gloria. No para que tengas una vida cómoda con una gran casa y un bonito auto. No para que gastes fortunas en vacaciones, educación o ropa. Estas cosas no son malas, pero te he bendecido para que las naciones me conozcan y vean mi gloria».
>
> Toda mi vida he desconectado por completo las bendiciones de Dios de su propósito y, ahora, me doy cuenta de lo que nunca antes había visto. Dios me ha bendecido para mostrarle su amor a Domingo [un anciano a quien Jamie vio venir a Cristo en Guatemala esa semana]. Dios me ha bendecido para mostrar su misericordia y gracia a los niños en Guatemala. Para esto Dios me ha dado ingresos, educación y recursos. Dios me salvó para que las naciones lo conozcan. Me bendice para que toda la tierra vea su gloria.

Capítulo cinco



La comunidad que se multiplica

Cómo nos unimos a fin de cumplir el propósito de Dios

En un día sofocante de noviembre, me encontraba sentado en medio del vasto paisaje africano, sorbiendo té caliente con mi amigo Bullen. Estábamos rodeados por edificios dañados en una tierra devastada por veinte años de guerra civil. Lo que solía ser una próspera comunidad en Sudán, ahora había quedado carbonizada y entristecida. Miles y miles de hermanos y hermanas en Cristo de Bullen murieron a su alrededor a manos de un régimen musulmán militante. Y también eran nuestros hermanos.

A Bullen lo habían separado de su familia cuando era niño y creció por su cuenta en Sudán. Sin embargo, al mirar su rostro oscuro y delgado ese día, me sorprendió la sonrisa contagiosa que brillaba cada vez que hablaba.

Conversamos sobre cómo Dios había obrado en la vida de Bullen al traerlo a confiar en Cristo cuando no podía confiar en ninguna otra cosa. Conversamos sobre lo que Dios estaba haciendo en cada uno de nosotros y hablamos sobre los planes que Dios tenía para el futuro. En medio de esa conversación, Bullen bajó de sus labios la taza de té caliente, me miró a los ojos y dijo: «David, impactaré al mundo».

Una declaración interesante. Aquí estaba, un hombre en la sabana africana, prácticamente sin recursos. Un hombre que no había visto gran cosa del mundo más allá de los pueblos que lo rodeaban. Un hombre que, a juzgar por todas las apariencias externas, no tenía mucha esperanza de cambiar su suerte en la vida.

—Bullen, ¿cómo piensas impactar al mundo? —pregunté.

—Haré discípulos de todas las naciones —dijo.

—¿Así que impactarás al mundo haciendo discípulos de todas las naciones?

La sonrisa se expandió de inmediato por su rostro.

—¿Por qué no? —preguntó. Luego, volvió a sorber su té.

Jamás olvidaré esas tres palabras.

¿Por qué no?

Esa noche, mientras estaba acostado bajo el techo de paja de una choza de barro, no podía apartar de mi mente la pregunta de Bullen. La hizo con una pasión muy inocente e idealista. No solo era lo bastante optimista como para pensar que de verdad podía influir en el mundo que lo rodeaba, sino que también estaba lo bastante confiado como para saber de la manera que lo haría. De verdad creía que al obedecer el mandamiento de hacer discípulos, impactaría al mundo.

En este capítulo, quiero proponer que el plan que Bullen identificó para su vida es el mismo que Jesús identificó para cada uno de nosotros. Sin importar en qué país vivamos, qué habilidades poseamos, qué clase de educación tengamos, ni qué clase de salario ganemos, Jesús nos ha mandado a cada uno de nosotros que hagamos discípulos y *este es el medio* por el cual impactará al mundo. Por cierto, Jesús nos ha invitado a unirnos a Él en la misión sorprendentemente sencilla de esparcir el evangelio a todas las naciones gastando nuestras vidas por el bien de otro y para la gloria de Dios.

EL SIGUIENTE PASO

En el último capítulo, vimos nuestra necesidad de conectar la bendición de Dios con su propósito. Estoy en deuda con mentores y colegas, pastores y escritores que me han ayudado a comprender la naturaleza global de Dios que gira alrededor de sí mismo.

Al mismo tiempo, me preocupa la ambigüedad general que ha existido en el cristianismo contemporáneo respecto al siguiente paso. Hemos visto que Dios nos bendice para que su gloria se conozca en todas las naciones. Sin

embargo, queda pendiente una pregunta de suma importancia. ¿*Cómo* damos a conocer la gloria de Dios a todas las naciones? Si Dios nos ha dado su gracia para que podamos llevar el evangelio hasta los confines de la tierra, ¿*cómo* lo hacemos? ¿Salimos a las calles y comenzamos a proclamar la gloria de Dios de alguna manera? ¿Todos debemos ir a otras naciones? Si vamos, ¿qué hacemos al llegar allí? ¿Qué forma adquiere todo esto en nuestra vida diaria?

En este sentido, Jesús tiene mucho para enseñar. Si quedáramos librados a nosotros mismos en la tarea de llevar el evangelio al mundo, de inmediato comenzaríamos a planear estrategias innovadoras y a elaborar complicados esquemas. Organizaríamos convenciones, desarrollaríamos programas y crearíamos fundaciones. Conseguiríamos los nombres más sobresalientes para atraer a las multitudes más destacadas a las actividades más importantes. Comenzaríamos megaiglesias y auspiciaríamos mega-conferencias. Haríamos… bueno, haríamos lo que hacemos hoy en día.

Sin embargo, Jesús es muy diferente a nosotros. Con la tarea de llevar el evangelio al mundo, anduvo por las calles y los caminos poco frecuentados de Israel buscando a unos pocos hombres. No me entiendas mal; Jesús no era un improvisado respecto a su misión. Estaba iniciando una revolución, pero su revolución no giraría en torno a las masas ni las multitudes, sino alrededor de unos pocos hombres. No giraría en torno al mérito de alguna posición ganada. Evadiría a propósito los títulos, los grandes nombres, los aplausos y la popularidad en su plan para cambiar por completo el curso de la historia. Lo único que quería era unos pocos hombres que pensaran como Él, que amaran como Él, que vieran como Él, que enseñaran como Él y que sirvieran como Él. Lo único que necesitaba era revolucionar los corazones de unos pocos y ellos impactarían el mundo.

LA GRAN APUESTA DE JESÚS

Imagina a Jesús mientras se prepara para ir a la cruz. Al orar al Padre, recuerda su ministerio en el mundo. Comienza diciendo: «Yo te he glorificado en la tierra, y he llevado a cabo la obra que me encomendaste»[1]. Luego, describe esa obra.

Lo que nos conmueve es que cuando Jesús resume su obra en la tierra, no comienza reviviendo todos los grandes sermones que predicó ni toda la gente que vino a escucharlo. No habla de los milagros asombrosos que

realizó al darles vista a los ciegos, al hacer que los paralíticos caminaran y al alimentar a miles de personas con el mínimo de comida. Ni siquiera menciona la resurrección de muertos. En cambio, habla repetidas veces del pequeño grupo de hombres que Dios le había dado en este mundo. Ellos eran la obra que Dios le había dado. De manera muy literal, eran su vida.

Cuando lees Juan 17, no puedes evitar sentir la intensidad del afecto que Jesús tenía por este grupo de discípulos y la seriedad de la inversión que había hecho en sus vidas. Considera esta muestra de la oración de Jesús al Padre respecto a sus discípulos:

- «A los que me diste del mundo les he revelado quién eres».
- «Todo lo que yo tengo es tuyo, y todo lo que tú tienes es mío; y por medio de ellos he sido glorificado».
- «Mientras estaba con ellos, los protegía y los preservaba mediante el nombre que me diste».
- «Ahora vuelvo a ti, pero digo estas cosas mientras todavía estoy en el mundo, para que tengan mi alegría en plenitud».
- «Y por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad»[2].

Jesús vivió por ellos. Durante su ministerio terrenal, pasó más tiempo con estos doce hombres que con todas las personas del mundo una al lado de la otra. Cuando lo piensas, esto es sorprendente de verdad. Al final del tiempo del Hijo de Dios en esta tierra, había apostado todo a sus relaciones con estos doce hombres. En medio de su oración, hasta mencionó al que se había perdido (Judas). Entonces, ahora quedamos en once. Estos once hombres eran el pequeño grupo con la responsabilidad de llevar adelante todo lo que había comenzado Jesús.

Luego de su oración en el aposento alto, Jesús fue a la cruz y murió allí. Más tarde, se levantó de la tumba y se les apareció a sus discípulos. Mateo 28 capta uno de los momentos finales de Jesús con ellos. Los once se reunieron a su alrededor y Jesús dijo: «Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo»[3].

Después de pasar a propósito su vida en la tierra junto a estos once hombres, Jesús les dijo: «Ahora ustedes vayan y hagan lo mismo con los demás». La mega-estrategia de Jesús: hacer discípulos.

TODOS Y CADA UNO DE LOS SEGUIDORES DE CRISTO

Cualquier cristiano puede hacer esto. No necesitas alguna habilidad desmedida ni poco común para hacer discípulos. No necesitas ser un pastor exitoso ni un líder carismático para hacer discípulos. No necesitas ser un gran comunicador ni un pensador revolucionario para hacer discípulos. Por eso Jesús dice que todo cristiano debe hacerlo.

Una de las consecuencias involuntarias de las estrategias contemporáneas de la iglesia que giran alrededor de las actuaciones, los lugares, los programas y los profesionales es que, en alguna parte del camino, la gente queda fuera del cuadro. Sin embargo, de acuerdo con lo que dijo Jesús, la gente es el método de Dios para ganar el mundo para sí mismo. Gente que Jesús ha transformado de manera radical. Gente que no está marginada y que se sienta en una silla los domingos mientras mira a los profesionales que se ocupan del ministerio. Gente que recibe capacitación los domingos para participar en el ministerio todos los días de la semana. Gente que tiene las características y la libertad para hacer precisamente lo que hizo Jesús y lo que nos dijo que hagamos: hacer discípulos.

Gente como Jim y Cathy. Se sientan en la primera fila en nuestro culto todas las semanas, pero no están al margen en la iglesia. Tienen un negocio y ven su lugar de trabajo como una plataforma para hacer discípulos. El año pasado, dieciséis compañeros de trabajo vinieron a la fe en Cristo. Y no obedecen a Cristo solo en los Estados Unidos. Jim proporciona capacitación en pequeños negocios a los hombres en la empobrecida Tanzania, mientras Cathy les enseña a las mujeres negocios que pueden llevar adelante desde sus hogares. Hace poco, Jim me dijo: «Las cosas no podrían ir mejor. Mi corazón desborda de alabanza a Dios que me eligió para obrar en mí y en mi familia».

O gente como Robert, un exitoso hombre de negocios de nuestra comunidad. Después de un reciente estudio que hicimos sobre hacer discípulos, Robert me dijo que en todos los años que estaba en la iglesia nunca había entendido la responsabilidad, y el privilegio que tenía de

impactar a las naciones para la gloria de Cristo. Entonces, eso es lo que hace ahora. Robert y su esposa auspician un pequeño grupo en su hogar todas las semanas donde llevan a parejas jóvenes a Cristo y les ayudan a crecer en sus relaciones con Él. Han movilizado a estas parejas para que participen en ministerios en nuestra ciudad, desde las comunidades hispanas de bajos recursos hasta los indigentes que viven en las calles en el centro de la ciudad. También ha llevado a estas jóvenes parejas al extranjero, para lo cual los ha equipado y preparado a fin de enseñarles los principios de un matrimonio centrado en el evangelio a otras parejas en diferentes contextos alrededor del mundo.

¿Qué hay de Holly? Es una joven madre que hace poco dejó un cómodo trabajo en los suburbios para enseñar en una escuela en un barrio marginado. Sin embargo, no solo enseña a estudiantes; invierte en familias a las que les lleva el evangelio. Me contó de una familia a la que visitó hace poco, una madre soltera que trabaja a tiempo completo a la vez que asiste a la escuela, con cinco hijos de entre tres y quince años. Esta madre calienta la casa con el horno y como no le resulta fácil conseguir muebles, sus hijos comparten las camas. Holly movilizó a su pequeño grupo para servir a esta familia y ahora están en el proceso de llevarles camas y otras pertenencias. Ah, y de paso, mientras escribo, Holly y su esposo, John, están preparando líderes de la iglesia en Sudán.

Este es el cuadro. El plan de Cristo no depende de tener los programas adecuados ni de contratar a los profesionales apropiados, sino de ser las personas pertinentes y de construir una comunidad de gente así, que comprende que todos estamos capacitados para llevar adelante el propósito de Dios para nuestras vidas. ¿Qué sucede cuando gente como Jim, Cathy, Robert y Holly esparcidos por toda la iglesia comienzan a tomar protagonismo para lograr el plan de Cristo? Pronto, comienzan a darse cuenta de que a todos los crearon para impactar a las naciones para la gloria de Dios.

Entonces, ¿cómo lo hacemos? Si hacer discípulos es el plan de Cristo y es accesible, al igual que lo esperado de todos nosotros, ¿cómo lo hacemos?

Si lo piensas, es sorprendente que no tengamos una clara comprensión de lo que significa hacer discípulos. Este es el último mandamiento registrado que Jesús les dio a sus seguidores antes de dejar la tierra. Es la misión

central que Cristo le dio a su iglesia antes de partir al cielo. No obstante, si les preguntaras a los cristianos qué significa hacer discípulos, es muy probable que te encontraras con pensamientos confusos, respuestas ambiguas y hasta algunas miradas en blanco.

Así estaba yo, y en algún sentido, todavía estoy. Cuanto más leo los Evangelios, más me maravillo ante la genial sencillez de lo que hacía Jesús con sus discípulos. Mi mente tiende a vagar en busca de sueños grandiosos y estrategias intrincadas, y me quedo pasmado al ver a Jesús caminando de manera sencilla, deliberada, sistemática y paciente junto a doce hombres. Jesús hace que recuerde que los discípulos no se producen en serie. Los discípulos de Jesús (los seguidores de Cristo genuinos, comprometidos y sacrificados), no se hacen de la noche a la mañana.

Hacer discípulos no es un proceso fácil. Es fatigoso. Es complicado. Es lento, tedioso y hasta doloroso algunas veces. Tiene todas estas características porque se basa en relaciones. Jesús no nos ha dado una fórmula fácil que se sigue paso a paso para impactar a las naciones para su gloria. Nos ha dado gente y nos ha dicho: «Vivan para ellos. Ámenlos, sírvanlos y guíenlos. Guíenlos para que me sigan y guíenlos para que lleven a otros a seguirme. En este proceso, multiplicarán el evangelio hasta los confines de la tierra».

Para ver lo que esto implica, consideremos una vez más esas palabras de despedida de Jesús a sus discípulos, y a ti y a mí. Debemos *ir* y hacer discípulos a todas las naciones. Luego, debemos *bautizarlos* en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y debemos *enseñarles* a obedecer todo lo que mandó Jesús. Todo esto trae como resultado la multiplicación de gente que disfruta de la gracia de Dios y extiende su gloria por el mundo.

EL EVANGELIO Y LA CALLE BOURBON

En primer lugar, conforme a lo que dijo Jesús, para hacer discípulos es necesario ir. Es necesario llevarles el evangelio a las personas a donde viven, trabajan y juegan. Hacer discípulos no es un llamado para que los demás vengan a oír el evangelio, sino que es un mandamiento a ir y entregarles el evangelio. Es un mandamiento a vivir y hablar el evangelio en todo momento y en todo contexto donde nos encontremos.

Cuando mi esposa y yo nos mudamos a Nueva Orleans, enseguida me

encontré fuera de contexto. La ciudad de Nueva Orleans no se parece a ningún otro lugar, y el barrio francés es peculiar en especial. La calle Bourbon, en particular, es una parte de la ciudad que tiene gran diversidad demográfica. Recuerdo la primera vez que caminé por el corazón del barrio. Había hombres y mujeres de todos los estratos de la vida que entraban y salían de bares y restaurantes. Vi parejas adineradas que salían a dar un paseo junto a hombres y mujeres sin hogar, que vivían en la calle. Vi lo que parecía ser una mezcla de heterosexuales, homosexuales, bisexuales y travestis todos en unas pocas cuadras.

Una de las zonas más famosas del barrio francés se llama *Jackson Square*. Ubicado frente a una gran catedral católica romana, este parque siempre está lleno de gente, tanto del lugar como turistas. Hay muchos artistas callejeros y mesas donde se echan las cartas del tarot y se leen las palmas de las manos, hay adivinos y practicantes de vudú.

Una pareja de amigos y yo comenzamos a considerar cómo comunicar el evangelio en el barrio francés. Mientas mirábamos todas las mesas donde la gente esperaba sentarse para que les leyeran la palma de la mano o le dijeran la suerte, decidimos ponernos en acción. Entonces, un día, trajimos nuestra propia mesa. Justo al lado de la reina del vudú de Nueva Orleans, pusimos nuestra mesa, la cubrimos con un mantel y colocamos velas, acomodamos sillas a un lado y al otro y sostuvimos un cartel que decía «Se lee el futuro gratis».

La gente se acercaba a la mesa y se sentaba con una expresión de curiosidad en el rostro. «¿Me dirá el futuro?»

«Se lo garantizo», le respondíamos.

Nos sentimos tentados a pedirles que extendieran las palmas de las manos, pero decidimos que eso era ir demasiado lejos. Entonces, comenzamos haciéndoles un par de preguntas simples. Estas preguntas estaban pensadas para establecer que en sus vidas había pecado, de modo que pudiéramos mirarlos y decirles: «Su futuro no es muy prometedor». Luego, comenzábamos a decirles cómo podía cambiar el futuro debido a la obra de Cristo en la cruz.

Esto terminó provocando algunos diálogos interesantes, pero en poco tiempo, nos dimos cuenta de que para llevar el evangelio al barrio francés se necesitaría mucho tiempo y un montón de trabajo. Por ejemplo, al

encontrarnos con las personas que vivían en la calle, pronto descubrimos que estaban acostumbrados a oír el evangelio o, al menos, una versión de él. Era común que tuvieran en la mano un tratado o que estuvieran llenos de condenación por su «estilo de vida pecaminoso». La mayoría de las veces, la persona que les había hablado del evangelio había desaparecido al minuto siguiente.

Cuando comenzamos a hablar del evangelio, la gente en el barrio francés supuso que éramos como todos los demás. Entonces, cuando volvimos al día siguiente, a la semana siguiente, a la otra semana siguiente y a la otra semana siguiente, las cosas empezaron a cambiar en ellos… y en nosotros.

Comenzamos a pasar mucho tiempo en ese barrio. Cada vez que podíamos, llevábamos comida. No teníamos mucho dinero y la comida más económica que podíamos encontrar eran los tacos de *Burger King*. No me preguntes por qué *Burger King* vendía tacos, pero eran baratos, así que comprábamos una bolsa llena y nos dirigíamos al barrio. Estos tacos (y el pollo frito que llevamos después) nos proporcionaban la oportunidad de sentarnos en las calles de Nueva Orleans y comenzar a entablar relaciones. Pudimos empezar a escuchar sobre la vida de la gente, sus circunstancias, sus historias, sus familias, sus sueños y sus luchas. Además, empezamos a contar nuestras historias, a hablar de nuestras familias, de nuestros sueños y de nuestras luchas.

Uno a uno, estos hombres y estas mujeres sin hogar comenzaron a venir a la fe en Cristo. Antes de que viniera el huracán Katrina, todos los domingos por la mañana se reunían unas cincuenta personas en el barrio francés para desayunar y rendirle culto a Dios. Hace poco, regresé a Nueva Orleans y me encontré con uno de los hombres del barrio que había confiado en Cristo y que se bautizó en la iglesia. Con los brazos cubiertos de tatuajes, me dio un gran abrazo y dijo: «David, quiero que sepas que ahora dirijo el ministerio a los desamparados en el barrio francés».

Hacer discípulos no tiene que ver con un programa ni un suceso, sino con una relación. Al dar el evangelio, impartimos vida y esta es la esencia de hacer discípulos. Es compartir la vida de Cristo.

Por esa razón, hacer discípulos no es solo ir, sino también bautizar.

BIENVENIDO A LA FAMILIA

El bautismo es la representación pública, clara y simbólica de la nueva vida que tenemos en Cristo. Como se ilustra en el bautismo, hemos muerto en Cristo; muerto a nuestro pecado y a nosotros mismos, y hemos resucitado a una nueva vida con Él[4].

El bautismo también representa nuestra identificación unos con otros en la iglesia. Nos une como hermanos que tienen en común la vida de Cristo[5]. Hacer discípulos implica invitar a la gente a formar parte de una comunidad de fe donde verán la vida de Cristo en acción y experimentarán el amor de Cristo en persona.

La semana pasada, en nuestro encuentro de adoración, celebramos tres bautismos. Una de las personas era una madre joven que había crecido en la iglesia y había vivido una vida «buena», pero a quien hace poco los ojos se le habían abierto por primera vez a la realidad de su condición pecaminosa, aun en su aparente bondad, y había confiado en Cristo como Salvador y Señor. Otro era un hombre de negocios que, después de años de caminar con Cristo, se dio cuenta de que nunca había sido obediente respecto al bautismo en identificación con Cristo y con su iglesia. El tercero era un ex alcohólico, adicto y traficante de droga que había sido salvo de manera radical por la gracia de Dios. (Como comentario al margen, diré que hace poco se acercó a los muchachos de nuestra iglesia que lideran el trabajo en el extranjero y les dijo que tenía habilidades para contribuir con el contrabando a fin de pasar clandestinamente Biblias en las fronteras. Es decir, ¡preguntó si estábamos interesados en usar su experiencia!).

Mientras celebrábamos la obra de Cristo en cada una de estas vidas, alabé a Dios por la belleza del cuerpo de Cristo. Provenientes de distintos trasfondos y habiendo atravesado diferentes luchas, nos encontrábamos unidos juntos como una sola persona en la vida de Cristo. Para hacer discípulos es necesario identificarse con una comunidad de creyentes que se muestran amor entre sí y que comparten la vida los unos con los otros, mientras vivimos juntos para la gloria de Dios.

Antes mencioné a Jim Shaddix, el profesor del seminario al que asistí en Nueva Orleans para estudiar bajo su tutela. Estoy en deuda con Jim por haber compartido su vida conmigo de la misma manera que Jesús lo hizo con sus discípulos. Me beneficié mucho al estar sentado en las clases que daba Jim, pero el tiempo que pasamos conversando en su oficina, en su auto

en los viajes por las carreteras, en el hogar con su familia y en la comunidad donde hablábamos del evangelio fueron aun mejores.

Recuerdo un día cuando regresé a casa después de mudarnos a Nueva Orleans. Estaba apurado por cambiarme de ropa a fin de volver a salir de nuestro apartamento. Mi esposa me preguntó cuál era la prisa y le dije que me iba a correr con el Dr. Shaddix.

«¿A correr?», me preguntó. «¿Desde cuándo te gusta correr?»

«Desde que el Dr. Shaddix me pidió que corra con él hace un par de minutos», contesté.

Detesto correr. Nunca he sido uno de esos hombres a quienes les encanta correr en círculos sin ir a ninguna parte. No obstante, en cuanto el Dr. Shaddix me pidió que lo acompañara a correr, me convertí en un atleta hecho y derecho. Verás, ya fuera corriendo en círculos alrededor del predio del seminario o sentados en su hogar conversando sobre la vida y el ministerio, Jim era lo suficientemente amable como para compartir conmigo su vida y, mientras lo hacía, me mostraba lo que significa seguir a Cristo. Y eso era lo que yo quería, aunque el sudor viniera incluido.

Formar parte de una comunidad de fe implica estar expuestos a la vida de Cristo en otros. Así como nos identificamos con Cristo y con su iglesia en el bautismo, ahora compartimos la vida en Cristo unos con otros. Entonces, ¿a quién puedes mostrarle la vida de Cristo de manera deliberada, intencional y sacrificada? Esto es fundamental al hacer discípulos, y solo multiplicaremos el evangelio cuando les permitamos a otros acercarse lo suficiente como para ver la vida de Cristo en acción.

¿RECEPTORES O REPRODUCTORES?

Ir y bautizar son dos elementos cruciales en el proceso de hacer discípulos. Sin embargo, implican la necesidad de algo más que también es vital: enseñar. Esta es una actividad de la cual todos debiéramos participar al cumplir con el propósito de vida que nos ha dado Dios. En nuestras relaciones unos con otros en el cuerpo de Cristo, debemos enseñarnos mutuamente la Palabra de Cristo de continuo.

No obstante, cuando escuchamos hablar a Jesús de enseñar, debemos tener cuidado de no saltar de inmediato en nuestra mente al ambiente de

salón de clases y al estilo de exposición al que estamos acostumbrados y que asociamos con la enseñanza de la Palabra. Los salones de clases y las exposiciones tienen su lugar, pero esta no es la clase predominante de enseñanza que vemos en la relación de Jesús con sus discípulos. Por el contrario, el mundo era un perpetuo salón de clases para Jesús y sus discípulos, que les proporcionaba las oportunidades de instrucción en todo momento.

Esto tiene particular importancia cuando consideramos el mandamiento de Cristo a cada uno de nosotros de hacer discípulos. Cuando pensamos en la enseñanza, muchas veces llegamos a la conclusión de que no todos están hechos para ser maestros. La Escritura habla con claridad acerca del don espiritual de la enseñanza e identifica los papeles específicos del liderazgo en la iglesia que están ligados a la enseñanza de la Palabra de Dios. Por lo tanto, suponemos que la enseñanza es una tarea relegada solo a unos pocos. Así y todo, aunque de seguro podemos reconocer y afirmar a maestros dotados que Dios le ha dado a la iglesia, el mandamiento que Jesús nos da de hacer discípulos tiene en cuenta un papel de enseñanza para todos nosotros.

Por ejemplo, imagina que *vas* y llevas a alguien a la fe en Cristo y, luego, ves cómo se *bautiza* en identificación con Cristo y con su iglesia. ¿Y ahora qué? ¿Cómo aprenderá a caminar con Cristo cada día? Si la enseñanza está limitada a un grupo selecto en la iglesia que está equipado para eso, le diremos de inmediato a este nuevo cristiano que debe sentarse en un salón de clases y aprender de un maestro. Este es el enfoque común del «discipulado» hoy en día, un eco muy lejano de la manera en que Jesús hacía discípulos. No es que el ambiente expositivo de la Palabra no sea beneficioso, ¿pero qué me dices si Cristo nos ha preparado a *nosotros* para que seamos maestros?

Piénsalo. ¿Cuál sería la manera más eficaz para que este nuevo seguidor de Cristo aprenda a orar? ¿Anotarlo para una clase sobre la oración una vez a la semana o invitarlo al tiempo que pasas a solas con Dios para enseñarle cómo orar?

De modo semejante, ¿cuál sería la manera más eficaz de que este nuevo seguidor de Cristo aprenda a estudiar la Biblia? ¿Matricularlo en el próximo curso de estudio bíblico que haya disponible, o sentarte con él y llevarlo a seguir los pasos que tú diste para aprender a estudiar la Biblia?

Esto eleva la marca en nuestro cristianismo. Para enseñarle a otro cómo orar, nosotros debemos saber orar. Para ayudar a alguien a que aprenda cómo estudiar la Biblia, necesitamos estar activos en el estudio de la Biblia. Sin embargo, esto es lo bello de hacer discípulos. Cuando asumimos la responsabilidad de ayudar a otros a creer en Cristo, esto lleva de forma automática nuestra relación con Cristo a un nuevo nivel.

Tomemos a Matt, por ejemplo. Vino a mí haciéndome toda clase de preguntas sobre cómo transmitirles el evangelio a un grupo de mormones con los que trabajaba. No sabía por dónde comenzar. Le recomendé algunos materiales de ayuda y Matt empezó a investigar sobre el mormonismo y todas las diferencias entre el evangelio y las enseñanzas de los mormones. Durante el proceso, comenzó a hablarles de Cristo a sus compañeros mormones. A las pocas semanas, Matt me envió un correo electrónico donde decía: «Gracias a este estudio y a poder transmitir el evangelio, mi fuerza y fe en Cristo están más fuertes y firmes que nunca. Mi esposa ya ha notado una diferencia en mi propio caminar con Cristo. Alabo a Dios por darme esta oportunidad».

Al enfrentarse a la posibilidad de transmitirles el evangelio a personas cuyas creencias no comprendía, Matt hubiera podido decir: «No estoy preparado para esto; que lo haga otra persona». En cambio, asumió la responsabilidad de enseñar la Palabra de Cristo por sí mismo y comenzó a crecer en su caminar con Él de un modo que hubiera sido impensable de otro modo.

Siempre les pregunto a los miembros de nuestra iglesia si son receptores o reproductores de la Palabra de Dios. Permíteme ilustrarte la diferencia.

Imagínate que estás en Sudán. Entras a una choza con techo de paja con un pequeño grupo de líderes de la iglesia en Sudán y te sientas a enseñarles la Palabra de Dios. En cuanto comienzas, pierdes el contacto visual con todos ellos. Nadie te mira y casi no puedes verles los ojos durante el resto del tiempo. Es porque están escribiendo cada palabra que dices. Luego, se te acercan y dicen: «Maestro, tomaremos todo lo que hemos aprendido de la Palabra de Dios, lo traduciremos a nuestros lenguajes y lo enseñaremos en nuestras tribus». No estaban escuchando para recibir, sino para reproducir.

Ahora, viaja conmigo a una reunión cristiana contemporánea en los Estados Unidos. Algunos tienen la Biblia abierta, mientras que otros no

tienen la Biblia consigo. Pocos son los que toman nota, sino más bien, en su mayoría, están sentados en forma pasiva en la audiencia. Mientras que es probable que algunos estén desconectados, otros estén muy concentrados en lo que dice el predicador y escuchan lo que dice la Palabra de Dios para saber cómo aplicarla a sus vidas. Aun así, lo cierto es que son pocos los que escuchan para reproducir.

Por naturaleza, somos receptores. Aunque tengamos el deseo de aprender de la Palabra de Dios, seguimos en una actitud mental egoísta por defecto que siempre pregunta: *¿Qué provecho puedo sacar de esto?* En cambio, como hemos visto, esto no es el cristianismo bíblico. ¿Y si cambiamos la pregunta cuando nos reunimos a estudiar la Palabra de Dios? ¿Y si comenzamos a pensar: *Cómo puedo escuchar su Palabra para estar equipado para enseñarla a otros?*

Aquí cambia todo. De repente, aparecen el bolígrafo y el papel. Tomar nota no es indicativo del grado de compromiso que tenemos en hacer discípulos, pero si oímos la Palabra de Dios para enseñarla a otros, queremos recibirla de la mejor manera posible. Cuando nos damos cuenta de que tenemos la responsabilidad de enseñar la Palabra, todo cambia respecto a cómo la oímos.

También cambia el receptor de la Palabra. La Palabra que se predica en una reunión de toda la congregación o que se enseña en un grupo pequeño, se traduce después a contextos y esferas de influencia a los que llega toda la iglesia. La Palabra de Dios ya no se oye solo en un edificio, sino que se multiplica en toda la comunidad. Se multiplica porque el pueblo de Dios ya no escucha su Palabra como si estuviera destinada a detenerse en ellos. Ahora viven como si la Palabra de Dios debiera esparcirse a través de ellos.

Como pastor, esto me llena de entusiasmo y alegría. Cuando yo o algún otro en la iglesia enseña la Palabra de Dios un domingo por la mañana, sé que esta verdad no queda confinada dentro de ese edificio. Esa misma verdad llegará a un refugio para mujeres a la noche siguiente. Se enseñará en estudios bíblicos dentro de los lugares de trabajo a lo largo de esa semana. Se enseñará al fin de la semana siguiente en la cárcel de Birmingham y en un centro cercano de rehabilitación para drogadictos. En un futuro, nuestra gente la traducirá y enseñará a los pastores en América Latina y a los nuevos seguidores de Cristo en Asia Central. Cuando el

pueblo de Dios cree que vale la pena dedicar la vida a enseñarles la Palabra de Dios a otros, suceden cosas apasionantes.

¿DISCIPULADO O ESTERILIZACIÓN?

Hacer discípulos al ir, bautizar y enseñar a la gente la Palabra de Cristo y, luego, capacitarlos para que hagan lo mismo en las vidas de otros: este es el plan que Dios tiene para que cada uno de nosotros impacte a las naciones para la gloria de Cristo.

Este plan parece ilógico por completo para nuestra manera de pensar. En una cultura donde lo mayor es siempre lo mejor y lo deslumbrante es siempre lo más eficaz, Jesús nos llama a cada uno de nosotros a concentrar nuestra vida de manera sencilla y humilde en los demás. Lo cierto es que no se puede compartir la vida de este modo con las masas ni con las multitudes. Jesús no lo hizo. Pasó tres años con doce hombres. Si el Hijo de Dios pensó que era necesario concentrar su vida en un pequeño grupo de hombres, nos engañamos a nosotros mismos si pensamos que podemos producir discípulos en serie hoy en día. El diseño de Dios para llevar el evangelio a todo el mundo es un proceso lento, deliberado y simple que implica que cada uno de sus hijos sacrifique todas las facetas de su vida para multiplicar la vida de Cristo en otros.

Hace algunas semanas, me encontraba en Cuba y este fue exactamente el cuadro que vi. En Cuba, no verás iglesias con grandes edificios ni carteles deslumbrantes que hagan los cristianos. Apenas te darás cuenta de que existe la iglesia… hasta que llegues a conocer a la gente. Visitamos una pequeña iglesia cubana empobrecida. Esta sola iglesia había plantado otras sesenta iglesias. Al día siguiente, visitamos una de esas iglesias. Esa iglesia había plantado otras veinticinco iglesias. Los cristianos cubanos toman a Jesús al pie de la letra y multiplican la iglesia haciendo discípulos. Nada grandioso ni extravagante. Simplemente ir, bautizar y enseñar, y en el proceso, plantar iglesias de costa a costa en esa isla nación.

Sin embargo, nosotros nos resistimos a este plan y recurrimos a actuaciones y programas mucho más «exitosos». En nuestra versión cristiana del sueño americano, nuestro plan termina esterilizando a los cristianos contra el mundo, en lugar de discipularlos en el mundo. Permíteme explicar la diferencia.

Esterilizar a un cristiano contra el mundo implica aislarlo en una caja de seguridad espiritual llamada el edificio de la iglesia y enseñarle a ser bueno. En esta estrategia, el éxito de la iglesia se define según lo grande que sea el edificio que tienes para albergar a todos los cristianos, y el objetivo es reunir la mayor cantidad de personas posible durante un par de horas todas las semanas en ese lugar donde estamos aislados de las realidades del mundo que nos rodea. Cuando alguien pregunta: «¿Dónde está tu iglesia?», señalamos un edificio o les damos una dirección y todo se centra alrededor de lo que sucede en ese lugar.

Cuando nos reunimos en el edificio, aprendemos a ser buenos. Ser buenos significa evitar al mundo. Somos santos por esas cosas de las que no participamos (y en este sentido, debemos ser la única organización en el mundo que define el éxito por lo que no se hace). Llevamos vidas decentes, en hogares decentes, con trabajos decentes y familias decentes, como ciudadanos decentes. Somos miembros decentes de la iglesia con un poco más de impacto en el mundo de lo que teníamos antes de ser salvos. Aunque se nos puedan unir miles, a fin de cuentas les hemos dado las espaldas a miles de millones que no han oído hablar de Jesús.

Discipular es algo muy distinto.

Mientras que esterilizar cristianos implica aislarlos y enseñarles a ser buenos, discipular cristianos implica lanzarlos al mundo para que arriesguen sus vidas por el bien de otros. Ahora, el mundo es el centro de nuestra atención y medimos el éxito en la iglesia no por los cientos o miles que podamos albergar en nuestros edificios, sino por los cientos o miles que dejan nuestros edificios para tomar el mundo con los discípulos que hacen. En este caso, nunca pensaríamos que el plan para hacer discípulos de Jesús podría tener lugar en una reunión semanal, llevada a cabo en un edificio y dirigida por uno o dos maestros. Se hacen discípulos en múltiples lugares todas las semanas, en muchas localidades, y la tarea la llevan a cabo hombres y mujeres que transmiten, muestran y enseñan la Palabra de Cristo y juntos sirven a un mundo que necesita al Señor.

De repente, la santidad se define por lo que hacemos. Ahora somos una comunidad de fe que toma a Jesús al pie de la letra y sigue su plan, aunque no tenga sentido para la cultura que nos rodea y aun cuando nos cueste la vida.

En el proceso, nos damos cuenta de que, en realidad, estábamos destinados a alcanzar al mundo para la gloria de Cristo, y vamos descubriendo que el propósito para el cual nos crearon es accesible a cada uno de nosotros. Niños y ancianos, estudiantes y trabajadores, hombres y mujeres, todos juntos en un cuerpo que está unido a otros seguidores de Cristo alrededor del mundo en una estrategia práctica para hacer discípulos e impactar a las naciones para la gloria de Cristo. Una comunidad de cristianos en la que cada uno multiplique el evangelio al ir, bautizar y enseñar en los contextos en que viven cada día. De acuerdo con la Biblia, ¿existe alguna otra cosa que se considere siquiera iglesia?

Capítulo seis



¿Cuánto es suficiente?

La riqueza estadounidense y un mundo de pobreza

Todos tenemos puntos ciegos, aspectos en nuestra vida que necesitamos descubrir a fin de poder ver como es debido y hacer los ajustes necesarios. Sin embargo, son difíciles de identificar. Por lo general, los demás pueden verlos y confiamos en que los amigos nos los señalen. Como quiera, lo cierto es que aun así nos cuesta mucho reconocerlos. No queremos admitir que existen… por lo general, hasta que es demasiado tarde. Los descubrimos al mirar hacia atrás, pero nos cuesta verlos en el presente.

Puedo ver al menos un punto ciego bien manifiesto en la historia del cristianismo estadounidense. La esclavitud. ¿Cómo es posible que cristianos que se supone que creían en el evangelio justificaran con tanta facilidad la esclavitud de otros seres humanos? Asistentes a las iglesias que tenían buenas intenciones, que rendían culto juntos todos los domingos y leían la Biblia religiosamente toda la semana, y a la vez, usaban la Palabra de Dios para justificar el trato de hombres, mujeres y niños como propiedad que se podía usar y de la cual se podía abusar. En realidad, pensaban que eran generosos cuando les daban a sus esclavos un pollo de más para Navidad.

Esto me aterra. Buenas intenciones, cultos regulares y hasta el estudio de la Biblia no nos impiden la ceguera. Parte de nuestra naturaleza pecaminosa escoge por instinto ver lo que queremos ver y no tomar en cuenta lo que deseamos no tener en cuenta. Puedo vivir mi vida cristiana y hasta liderar la iglesia mientras que, sin querer, paso por alto el mal.

No hace mucho, Dios comenzó a descubrir un punto ciego en mi vida. Un aspecto de desobediencia. Una realidad en la Palabra de Dios que yo había fingido que no existía. Dicho de manera más apropiada, había vivido como si no existiera. Sin embargo, Dios me llevó al punto de la confesión delante de Él, delante de mi familia y delante de la familia de fe que lidero.

En la actualidad, más de mil millones de personas en el mundo viven y mueren en una pobreza desesperante. Intentan sobrevivir con menos de un dólar al día. Cerca de dos mil millones viven con menos de dos dólares al día. Esto es casi la mitad del mundo que lucha hoy por encontrar comida, agua y refugio con la misma cantidad de dinero que yo gasto para comprar papas fritas para el almuerzo.

Más de veintiséis mil niños exhalarán su último suspiro hoy debido al hambre o a una enfermedad previsible. A fin de que tenga sentido para mí, eso sería veintiséis mil Josué y Caleb (mis dos hijos). Para que tenga sentido en la iglesia que pastoreo, si esto sucediera entre los niños de mi comunidad, todos los niños menores de dieciocho años de nuestro país morirían en el lapso de los siguientes dos días.

De repente, comencé a darme cuenta de que si se había ordenado hacer discípulos a todas las naciones, y si la pobreza es desenfrenada en el mundo al que Dios me ha llamado, no puedo pasar por alto estas realidades. Cualquiera que desee proclamar la gloria de Cristo hasta los confines de la tierra debe considerar no solo cómo declarar el evangelio con palabras, sino cómo demostrar el evangelio de manera visible en un mundo donde hay tantos con un hambre desesperante. Si voy a tratar la urgente necesidad espiritual al transmitir el evangelio de Cristo o edificar al cuerpo de Cristo alrededor del mundo, no puedo pasar por alto su necesidad física cuando lo haga.

Sin embargo, aunque es alarmante, he hecho la vista gorda a estas realidades. A decir verdad, no he tomado en cuenta a esta gente y he tenido éxito en mi indiferencia, porque no solo son pobres, sino también impotentes. Existen millones de personas que mueren en oscuridad, mientras yo he disfrutado de mi riqueza mientras finjo que no existen.

En cambio, *sí* existen. No solo existen, sino que Dios toma muy en serio la respuesta que les doy. El libro de Proverbios advierte sobre las maldiciones que vienen sobre quienes pasan por alto al pobre. Los profetas

advirtieron sobre el juicio de Dios y la devastación de quienes descuidan al pobre. Jesús pronunció lamentos sobre los ricos que confían en sus riquezas y Santiago les dice a quienes han acumulado dinero y viven de manera egoísta que «¡lloren a gritos por las calamidades que se les vienen encima!»[1]. En un pasaje muy fuerte, Jesús les dice a quienes le dan la espalda al obviar las necesidades físicas de su pueblo: «Apártense de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles»[2].

Ahora bien, de inmediato quiero evitar un malentendido potencialmente serio en este capítulo. En ninguna parte, la Biblia enseña que ocuparse de los pobres es un medio por el que nos ganamos la salvación. Somos salvos solo por nuestra fe en Cristo, y la base de nuestra salvación es solo la obra que ha hecho Él. No somos salvos por cuidar de los pobres y una de las peores respuestas posibles a este capítulo sería luchar por atender las necesidades de los pobres para ganarse la salvación o el favor ante Dios.

Sin embargo, aunque atender a las necesidades de los pobres no es la base de nuestra salvación, no quiere decir que el uso de la riqueza que tenemos esté desconectado por completo de la misma. En realidad, cuidar de los pobres (entre otras cosas) es *evidencia* de nuestra salvación. La fe en Cristo que nos salva de nuestros pecados implica una transformación interna que tiene consecuencias externas. Según lo que dijo Jesús, puedes decir si alguien es seguidor de Cristo por el fruto de su vida. Además, los escritores del Nuevo Testamento nos muestran que el fruto de la fe en Cristo implica una preocupación material por los pobres[3]. Cuidar de los pobres es una consecuencia natural y una evidencia necesaria de la presencia de Cristo en nuestros corazones. Si no hay señales de que cuidemos de los pobres, existe una razón para al menos cuestionarse si Cristo está en nuestros corazones[4].

Alguno puede pensar que esto es llevar las cosas demasiado lejos, pero imagina otra situación. Imagina un hombre que dice tener a Cristo en su corazón, pero que se permite tener relaciones sexuales con diversas mujeres todas las semanas. Cuando la Escritura lo enfrenta respecto a su pecado, de todos modos, él continúa en una deliberada inmoralidad sexual. Desobedece a Cristo de manera persistente sin señales de remordimiento, contrición, ni convicción. Entonces, ¿es un verdadero cristiano?

Por supuesto, nosotros no somos el juez supremo de este hombre. Aun

así, cuando leemos 1 Corintios 6:9-10 donde dice: «Ni los fornicarios […] ni los adúlteros […] heredarán el reino de Dios», sin duda, nos preguntaremos si este hombre es un hijo de Dios en verdad. No es que necesite dejar la inmoralidad sexual para ser salvo. Esto querría decir que necesita ganarse la salvación. No, necesita confiar en Cristo, lo cual traerá como resultado un corazón transformado con el deseo de obedecer a Cristo en esta esfera de su vida.

Entonces, ¿cuál es la diferencia entre alguien que de manera deliberada se permite placeres sexuales mientras pasa por alto la Biblia respecto a la pureza moral y alguien que adrede se permite la búsqueda egoísta de cada vez más posesiones materiales mientras que hace caso omiso de lo que dice la Biblia respecto al cuidado de los pobres? La diferencia es que uno está relacionado con un tabú social en la iglesia y el otro está relacionado con una norma social dentro de la iglesia[5].

Cuando volvemos la vista atrás y vemos a los que asistían a la iglesia y tenían esclavos hace ciento cincuenta años, nos preguntamos: «¿Cómo podían tratar a sus congéneres de esa manera?». Me pregunto si los seguidores de Cristo dentro de ciento cincuenta años mirarán a los cristianos de Estados Unidos del día de hoy y se preguntarán: «¿Cómo podían vivir en semejantes casas? ¿Cómo podían conducir esos autos tan lujosos y vestirse con ropa tan costosa? ¿Cómo podían vivir con tanta riqueza mientras que miles de niños morían debido a que no tenían comida ni agua? ¿Cómo podían seguir adelante con sus vidas como si no existieran miles de millones de pobres?».

¿El materialismo es un punto ciego en el cristianismo estadounidense de hoy? De manera más específica, ¿el materialismo es un punto ciego en *tu* cristianismo de hoy? De seguro, esto es algo que debemos destapar, porque si nuestras vidas no reflejan una compasión radical por los pobres, hay razón para cuestionarnos cuánta eficacia tendremos en declarar la gloria de Cristo hasta los confines de la tierra. De modo más conciso, si nuestras vidas no reflejan una compasión radical por los pobres, existe razón para preguntarnos si en verdad Cristo está en nosotros.

ACLARACIONES NECESARIAS

Antes de explorar este punto ciego más a fondo, debo aclarar un par de cosas.

Primero, soy pastor, no economista. Estoy profundamente agradecido por los hombres y las mujeres en la iglesia que pastoreo y en cualquier otro lugar que son mucho más sabios que yo en cuestiones financieras. Aunque he tenido conversaciones exhaustivas con muchos de ellos y he investigado temas que van desde las finanzas individuales hasta las corporativas y las estructuras económicas y sociales, lo último que se me ocurre es presumir que soy un experto. Sin embargo, como pastor, debo plantear algunas preguntas respecto al uso de nuestro dinero que, según creo, el evangelio requiere que nos las hagamos.

En segundo lugar, mi propósito en este capítulo no es proporcionar una idea completa de todo lo que enseña la Biblia respecto al dinero y las posesiones. Por supuesto, los principios importantes sobre este tema se expresan a través de toda la Escritura. Uno de estos principios es que la riqueza no es mala por naturaleza. La Escritura no condena a los ricos ni a las posesiones en sí. Por cierto, enseña que Dios nos da los recursos materiales para nuestro bien. Como dice Pablo, Dios «nos provee de todo en abundancia para que lo disfrutemos»[6]. Sería un gran error si alguien terminara este capítulo y pensara que el dinero y las posesiones son por necesidad malas; en realidad, son buenas dádivas de la mano de Dios cuyo fin es que las disfrutemos y que las usemos para hacer correr su gloria.

Como en este capítulo no se tratan otras verdades de la Biblia sobre el dinero y las posesiones, he proporcionado una extensa cantidad de citas sobre enseñanzas, artículos, libros y páginas de Internet respecto a la teología bíblica de las posesiones, a fin de que nos ayuden a ubicar lo que tratamos aquí en un contexto mayor. Estos recursos se pueden encontrar en el sitio Web que acompaña a este libro (www.radicalthebook.com). Te aliento a que aproveches a usarlo.

En resumen, el propósito de este capítulo es simple. Mi objetivo es transmitirte cómo Dios me ha abierto los ojos a un importante punto ciego en mi vida y en la iglesia que lidero. Mientras lo hago, te desafío a que consideres si es un punto ciego en tu vida. Si lo es, quiero desafiarte a que mires el paisaje de los millones que mueren de hambre a través de los ojos de Cristo, quien «aunque era rico, por causa de ustedes se hizo pobre, para que mediante su pobreza ustedes llegaran a ser ricos»[7]. Y al hacerlo, te desafío a que permitas que el evangelio transforme de manera radical el modo en que interpretas y usas tus posesiones en nuestra cultura consumista.

EL HOMBRE RICO

Entonces, ¿ocuparse de los pobres es un asunto serio para Dios?

Escucha la historia que Jesús les contó un día a un grupo de líderes religiosos que amaban el dinero y justificaban sus vidas materialistas debido a la cultura que los rodeaba. Les contó la historia de un hombre rico que vivía en el lujo, mientras que no tomaba en cuenta a un hombre pobre, Lázaro, que estaba sentado afuera de su puerta, cubierto de llagas, rodeado por perros y que comía las migajas que caían de la mesa del hombre rico.

Como leemos en Lucas 16, llegó el día en que murieron ambos hombres. El hombre rico se fue al infierno y el hombre pobre al cielo. El rico podía ver el cielo y clamaba por alivio desde la agonía del infierno. La respuesta desde el cielo fue la siguiente: «Hijo, recuerda que durante tu vida te fue muy bien, mientras que a Lázaro le fue muy mal; pero ahora a él le toca recibir consuelo aquí, y a ti, sufrir terriblemente. Además de eso, hay un gran abismo entre nosotros y ustedes, de modo que los que quieren pasar de aquí para allá no pueden, ni tampoco pueden los de allá para acá»[8].

Esta historia ilustra la respuesta de Dios a las necesidades de los pobres. El nombre del hombre pobre, Lázaro, significa literalmente «Dios es mi ayuda». Enfermo, incapacitado y empobrecido, Lázaro recibió compasión de Dios. Por supuesto, el solo hecho de ser pobre no hace recta a una persona delante de Dios para que vaya al cielo. Sin embargo, al mismo tiempo, una hojeada rápida de la Escritura muestra que Dios oye, alimenta, satisface, rescata, defiende, levanta al pobre que confía en Él y le asegura la justicia[9].

Sin embargo, esta historia también ilustra la respuesta de Dios para los que desatienden al pobre. Les responde con condenación. Una vez más, la Biblia no enseña que la riqueza sola implique perversidad ni que garantice la condenación. El hombre rico de esta historia no está en el infierno debido a que tenía dinero. Más bien, está en el infierno porque no tuvo fe en Dios y esto lo llevó a permitirse todos los lujos mientras pasaba por alto al pobre fuera de su puerta[10]. Como resultado, la tierra fue su cielo y la eternidad se convirtió en su infierno.

Ahora, debo hacer una pregunta. Cuando oyes esta historia de boca de Jesús, ¿con quién te identificas más, con Lázaro o con el hombre rico? En realidad, ¿con quién *me* identifico más?

Al descubrir este punto ciego en mi vida, Dios me ha mostrado con claridad que me parezco mucho al hombre rico de esta historia. No siempre pienso que soy rico, y pienso que es probable que tú tampoco te consideres rico. Aun así, lo cierto es que, si tenemos agua corriente, un techo sobre la cabeza, ropa para vestirnos, alimento para comer y algún medio de transporte (aunque sea transporte público), nos encontramos en el nivel más alto del quince por ciento de la población mundial respecto a la riqueza.

Me parezco mucho al hombre rico y la iglesia a la que conduzco también se parece mucho a él. Todos los domingos nos reunimos en un edificio multimillonario con millones de dólares en vehículos estacionados afuera. Nos vamos de la reunión para gastar miles de dólares en el almuerzo antes de regresar a casas que valen millones de dólares. Vivimos en el lujo.

Mientras tanto, el hombre pobre está fuera de la puerta. Tiene hambre. Durante el tiempo que estamos reunidos en un culto del domingo por la mañana, casi mil niños mueren en todas partes porque no tienen comida. Si se tratara de nuestros hijos, todos habrían muerto al llegar el momento de la oración de clausura. De seguro, no desatenderíamos a nuestros hijos mientras cantamos himnos y nos entretenemos, pero no nos molesta desoír a los padres de otros niños. Muchos de ellos son nuestros hermanos espirituales que viven en naciones en desarrollo. Sufren de malnutrición, de cuerpos y cerebros deformados y de enfermedades previsibles. A lo sumo, les arrojamos nuestras migajas mientras disfrutamos de nuestros placeres aquí. Se parece mucho al pollo de más que les daban a los esclavos en Navidad.

Esto no es lo que hace el pueblo de Dios. Más allá de lo que digamos, cantemos o estudiemos el domingo por la mañana, los ricos que hacen caso omiso de los pobres no forman parte del pueblo de Dios[11].

¿QUÉ ES LO QUE CONSTRUIMOS?

No obstante, lo que más me asusta es que podemos aparentar que somos el pueblo de Dios. Con toda comodidad, podemos hacer la vista gorda a estas palabras en la Biblia y seguir adelante con nuestro opulento modelo de

cristianismo y de iglesia. Hasta es probable que tengamos éxito en nuestra cultura de iglesia si lo hacemos. En realidad, gastar millones en nosotros mismos es una señal de éxito y crecimiento. «Miren cómo crece esa iglesia», dirán. «¿Ven todo lo que tienen?»

Pienso que creemos de verdad que lo que hacemos es bíblico. Y también lo creían los discípulos de Jesús. Esta es una de las razones por las que se quedaron tan sorprendidos cuando Jesús, después de su conversación con el joven rico, dijo: «¡Qué difícil es para los ricos entrar en el reino de Dios!». El siguiente versículo dice: «Los discípulos se asombraron de sus palabras»[12]. ¿Por qué estaban tan sorprendidos?

La respuesta está inmersa en la historia del Antiguo Testamento. Desde el comienzo de la nación de Israel, Dios había prometido bendecirlos de forma material. Derramó bendiciones materiales sobre Abraham, Isaac, Jacob y José. Dios le prometió a su pueblo que si lo obedecían, recibirían abundante prosperidad material[13].

¿Por qué la promesa de posesiones materiales? Dios estaba formando una nación para sí que sería la demostración de su grandeza para todas las demás naciones. Al hacerlo, Dios estableció una morada para su pueblo y para su gloria. David y Salomón amasaron grandes cantidades de riqueza mientras establecían un reino, y una parte importante de ese reino era el templo que construiría Salomón. Como se ve en 1 Reyes 8, Salomón dedicó el templo y le pidió a Dios que su gloria se conociera a través de su pueblo en ese lugar[14]. Las bendiciones materiales destinadas al establecimiento del pueblo de Dios en un lugar físico, con un templo físico, es una parte fundamental de la historia de Israel.

Entonces, cuando un joven rico judío se acercó a Jesús, y Él le dijo: «Anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres», fue normal que los discípulos quedaran confundidos[15]. *¿Por qué la obediencia a Cristo implicaba para este hombre perder todas sus posesiones?*

Pronto, los discípulos se darían cuenta de que se estaba produciendo un cambio radical. No era que Dios hubiera cambiado ni que el Dios del Antiguo Testamento de algún modo fuera distinto al Dios del Nuevo Testamento. Más bien, el plan eterno de Dios se estaba desarrollando y Jesús estaba guiando hacia una nueva fase en la historia de la redención, donde se vería afectada la relación entre la fe y la bendición material.

Al comienzo de esta nueva fase en la historia de la redención, ningún maestro (incluyendo a Jesús) en el Nuevo Testamento prometió jamás la riqueza material como recompensa por la obediencia[16]. Como si esto no hubiera sido lo suficientemente sorprendente para los judíos del primer siglo (y para los cristianos estadounidenses del siglo XXI), tampoco encontramos ningún versículo en el Nuevo Testamento donde se le ordene otra vez al pueblo de Dios que construya un majestuoso lugar de culto. En cambio, al pueblo de Dios se le dice que sea el templo, el lugar de culto[17]. Y sus posesiones no debían gastarse en construir un lugar donde la gente pudiera ir a ver la gloria de Dios, sino en construir un pueblo que llevara la gloria de Dios al mundo.

Todo esto hace que nos preguntemos: ¿Hemos tomado en cuenta este cambio en la historia de la redención cuando se trata del enfoque que le damos hoy a nuestras posesiones?

¿Existe entre muchos cristianos en nuestra cultura la suposición oculta de que si seguimos a Dios las cosas nos irán bien en el aspecto material? Este modo de pensar está explícito en la enseñanza de la salud y la prosperidad, y está implícito en las vidas de los cristianos que usan sus posesiones casi de la misma manera que lo hacen sus vecinos que no son cristianos.

Una noche, me encontraba reunido en una casa con la iglesia clandestina en el extranjero y conversábamos sobre diversos temas en la Escritura. Una mujer que vivía en la ciudad y que sabía algo de inglés contó: «Tengo una televisión y, de vez en cuando, puedo recibir la señal de estaciones de Estados Unidos», dijo. «Algunas de esas estaciones transmiten reuniones de la iglesia. Veo a los predicadores vestidos con ropa muy bonita y predican en edificios muy bonitos. Algunos incluso me dicen que si tengo fe, yo también puedo tener cosas bonitas». Hizo una pausa antes de continuar. «Cuando vengo a nuestras reuniones, miro alrededor y casi todos nosotros somos muy pobres y nos reunimos aquí con mucho riesgo para nuestras vidas». Luego, me miró y me preguntó: «¿Esto quiere decir que no tenemos suficiente fe?».

En ese momento, me di cuenta hasta qué punto, como iglesias y cristianos en Estados Unidos, estamos exportando, en algunos casos de manera explícita y en otros de manera implícita, una teología que iguala la fe en Cristo con la prosperidad de este mundo.

En esencia, este *no* es el cuadro radical del cristianismo que vemos en el Nuevo Testamento.

Además, cuando aunamos nuestros recursos en nuestras iglesias, ¿cuáles son nuestras prioridades? Cada año en Estados Unidos gastamos más de diez mil millones en edificios de iglesias. Solo en Estados Unidos, la cantidad de bienes inmuebles que pertenecen a las iglesias tiene un valor de doscientos treinta mil millones de dólares. Tenemos dinero y posesiones, y construimos templos por todas partes. Verdaderos imperios. Reinos. Los llamamos las casas de culto. Sin embargo, en el fondo, ¿muchas veces no son modelos caducos de una religión que define por error al culto según el lugar, y que malgasta el tiempo y el dinero siendo que Dios nos ha llamado a ser un pueblo que gaste sus vidas a favor de su gloria entre los necesitados que están afuera de nuestra puerta?

Me duele el corazón incluso cuando escribo esto, pues la realidad es que predico todos los domingos en uno de esos edificios gigantescos. ¿Cómo podemos comenzar siquiera a revertir las tendencias con respecto a cómo gastamos nuestros recursos? A cada momento peleo con esta pregunta y creo que no es una pregunta solo para pastores y para los comités encargados de construir templos. Como el joven rico en Marcos 10, todo cristiano debe luchar con lo que Jesús nos llama a hacer con nuestros recursos al seguirle.

¿VENDER TODO LO QUE TIENES?

Bueno, ¿se supone que en realidad debemos abandonar nuestras posesiones? ¿No es un poquito extremo? Volvamos a la conversación de Jesús con el joven rico en Marcos 10 y veamos si es así.

Este hombre se acercó a Jesús con toda disposición y le hizo una sola pregunta muy importante: «¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?». En su momento, Jesús le dijo: «Una sola cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme»[18].

Sin duda, Jesús estaba poniendo de manifiesto la devoción que tenía este hombre por sus posesiones. Seguir a Jesús implicaría una total confianza en Él, un abandono de todo lo que poseía el hombre. En esencia, el hombre rico necesitaba un nuevo corazón, uno que se transformara de manera

radical por el evangelio[19].

Pienso que hay dos errores comunes que comete la gente cuando lee este pasaje.

Primero, algunos tratan de universalizar las palabras de Jesús y dicen que *siempre* les ordena a sus seguidores que vendan todo lo que tienen y que se lo den a los pobres. Sin embargo, el Nuevo Testamento no apoya esta postura. Incluso, algunos de los discípulos, que por cierto abandonaron mucho para seguir a Cristo, seguían teniendo una casa, quizá hasta un barco y tal vez alguna clase de sustento material. Entonces, es obvio que seguir a Jesús no necesariamente implica la pérdida de toda nuestra propiedad privada y de nuestras posesiones.

Esto hace que muchos de nosotros lancemos un suspiro de alivio. Como quiera, antes de suspirar demasiado profundamente, debemos ver el otro error en la interpretación de Marcos 10, que es suponer que Jesús *nunca* les pide a sus seguidores que abandonen todas sus posesiones para seguirlo. Si Marcos 10 nos enseña algo, eso es que Jesús algunas veces le pide a la gente que venda todo lo que tiene y se lo dé a los pobres[20]. Esto quiere decir que puede llamarnos a ti o a mí a hacer esto. Me encanta cómo lo enuncia un escritor. Él dice: «Solo esos a los que *va dirigido* este mandamiento son los que se sienten aliviados de que Jesús no les haya ordenado a todos sus seguidores que vendan sus posesiones»[21].

Entonces, ¿qué hay de ti y de mí? ¿Estamos dispuestos a preguntarle a Dios si desea que vendamos todo lo que tenemos y le demos el dinero a los pobres? ¿Estamos dispuestos a preguntar y a esperar una respuesta en lugar de proveer nosotros una o de salir con una de las ideas justificativas de por qué Él nunca nos pediría una cosa así? Esto parece un poquito radical, ¿pero no es normal y esperado cuando seguimos a un Maestro que dice: «Cualquiera de ustedes que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo»?[22]

Una vez más, nos encontramos frente a lo que significa seguir al Jesús de la Biblia, no al Jesús que hemos creado y con el cual nos sentimos cómodos. El hombre rico en Marcos 10 no vio a Jesús de la manera que era en realidad. Este joven lo percibió como una figura religiosa respetable al llamarlo «maestro bueno»[23]. Sin embargo, Jesús no estaba ni está interesado en que se le vea como un maestro respetable. Él es el Señor

soberano. No da opciones para que la gente las considere, da mandamientos para que la gente obedezca.

Entonces, ¿qué pasaría si nos dijera a ti y a mí que vendiéramos todo lo que tenemos? ¿Qué sucedería si nos dijera que vendiéramos nuestras casas para irnos a vivir a lugares más sencillos? ¿Qué pasaría si nos pidiera que vendamos nuestros autos y los cambiemos por otros más modestos, o que nos quedemos de a pie? ¿Qué pasaría si nos pidiera que regaláramos toda la ropa con excepción de un par de mudas? ¿Qué pasaría si nos dijera que vaciemos la cuenta de ahorros que hemos acumulado durante años o durante décadas? ¿Qué pasaría si nos dijera que cambiáramos por completo nuestro estilo de vida?

Ahora bien, antes de que pensemos en todas las razones por las que no nos diría que hagamos estas cosas, debemos pensar primero en esta pregunta: ¿Él es el Señor? ¿Estamos buscando un consejo de Jesús que parezca financieramente responsable de acuerdo con las normas del mundo que nos rodea, o estamos buscando a Jesús para que lidere por completo nuestras vidas, aunque eso signifique ir en contra de todo lo que nuestra cultura rica e incluso nuestros ricos vecinos religiosos puedan decirnos?

Jesús nunca quiso ser una voz entre muchas que nos aconsejan sobre cómo dirigir nuestra vida y usar nuestro dinero. Su intención siempre es ser *la* voz que guía cualquier decisión que tomemos con nuestra vida y con nuestro dinero.

LA VERDAD EN AMOR

Las posibilidades que estamos considerando harán que muchos de nosotros nos sintamos incómodos, pero esto es lo que más me gusta de la conversación de Jesús con el joven rico. Sin duda, la condición que le puso para que lo siguiera era difícil, y cuando la leemos, Jesús parece frío y hasta extremo. Le apuntó justo a la yugular, por así decir, a un hombre que tenía gran riqueza. Jesús estaba lanzando un ataque directo al sentido de seguridad y estabilidad que este hombre tenía en su mundo.

Palabras como estas pueden parecernos duras. Cuando Jesús nos pide que nos liberemos de las cosas, que las sacrifiquemos, que las vendamos, que las regalemos, no es fácil. ¿Qué haremos? ¿Dónde viviremos? ¿Y si nos sucede algo inesperado en el futuro? Nuestro sentido de seguridad y

estabilidad se ve amenazado de inmediato cuando pensamos en dejar que Jesús reine de verdad sobre nuestras posesiones.

Sin embargo, la belleza de esta conversación es lo que la Biblia nos dice en Marcos 10:21: «Jesús lo miró con amor». ¡Qué frase tan maravillosa! Jesús no le decía a este hombre que renunciara a todo porque lo detestaba o deseaba hacerle miserable la vida. Le decía que renunciara a todo lo que tenía porque lo *amaba*.

Al parecer, Jesús ama a los ricos lo suficiente como para decirles la verdad.

Lucas 12 repite este asunto del amor. Allí leemos cómo Jesús les dijo a todos sus discípulos: «Vendan sus bienes y den a los pobres». Así y todo, escucha lo que acababa de decir: «No tengan miedo, mi rebaño pequeño, porque es la buena voluntad del Padre darles el reino»[24].

Las imágenes que se usan en este sencillo versículo son diversas y sobrecogedoras. En Dios, tenemos un Pastor que nos protege del temor como si fuéramos un rebaño pequeño. En Dios, tenemos un Padre que se deleita en nosotros como sus hijos, un Padre que está decidido a darnos buenos regalos. Además, en Dios tenemos un Rey que nos garantiza un reino para nosotros.

Entonces, permíteme ampliar y parafrasear lo que parece que Jesús decía: «En vista de que tienen un Dios en el cielo que se ocupa de cuidarlos como el pastor cuida a sus ovejas, como el padre cuida a sus hijos y como un rey que transfiere todo su reino, no estén ansiosos. Vendan sus posesiones, dénselas a los pobres y no se preocupen. El Dios de ustedes: su Pastor, su Padre y su Rey, tiene todo bajo control».

Un hombre rico de nuestra familia de fe vino a mi oficina una vez que estudiamos la historia del joven rico. Se sentó, me miró y me dijo sin rodeos: «Creo que usted está loco por decir algunas de las cosas que dice». Luego, hizo una pausa y yo no estaba seguro de qué dirección tomaría esta conversación. Continuó: «A pesar de eso, pienso que tiene razón. Así que ahora creo que estoy loco por pensar algunas de las cosas que estoy pensando».

Durante los próximos minutos, me contó cómo había puesto en venta su enorme casa y había decidido deshacerse de muchas de sus otras

posesiones. Habló sobre las necesidades que deseaba cubrir invirtiendo sus recursos para la gloria de Cristo. Después, me miró a través de las lágrimas en sus ojos y dijo: «En algunos momentos, me pregunto si me estoy comportando de manera irresponsable o insensata. Aun así, enseguida me doy cuenta de que nunca llegará el día en que esté frente a Dios y Él me mire y me diga: “Quisiera que te hubieras quedado con más cosas para ti”. Estoy confiado en que Dios cuidará de mí».

Cuando Dios nos dice que demos de manera extravagante, podemos estar seguros de que Él hará lo mismo con nosotros. Y, en realidad, este es el verdadero quid de la cuestión. ¿Confiamos en Él? ¿Confiamos en Jesús cuando nos dice que demos radicalmente por el bien de los pobres? ¿Confiamos en que Él proveerá para nosotros cuando comencemos a usar los recursos que nos ha dado para proveer para los demás? ¿Confiamos en que sabe lo que es mejor para nuestras vidas, nuestras familias y nuestros futuros financieros?

AL RICO LE RESULTA DIFÍCIL

Para ser sincero, por más fuerte que sea la Palabra de Dios en estos asuntos, mi esposa y yo hemos tenido muchas luchas al respecto. Cuando Dios comenzó a descubrir estos puntos ciegos en nuestras vidas, nos costó muchísimo llegar a decir: «Dios, venderemos, regalaremos y cambiaremos cualquier cosa que desees». Nos gustaba nuestra casa, no solo porque era el lugar donde vivíamos, sino porque representaba estabilidad y seguridad, y era una especie de santuario para nuestra familia. Nos gustaba el estilo de vida que teníamos. Era conveniente y cómodo para nosotros y para nuestros hijos. Cuando comenzamos a poner todas nuestras posesiones y nuestras finanzas sobre la mesa, empezamos a descubrir lo aferrados que nos tenían muchas de ellas.

Vimos la horripilante realidad de 1 Timoteo 6 en nuestros corazones: «Los que quieren enriquecerse caen en la tentación y se vuelven esclavos de sus muchos deseos. Estos afanes insensatos y dañinos hunden a la gente en la ruina y en la destrucción»[25]. Aquí, Pablo habla solo sobre el *deseo* de ser rico. Entonces, ¿cuánto más se aplica a quienes ya *son* ricos? Nuestras posesiones pueden ser mortales. Pueden ser mortales en una forma sutil.

Por eso Jesús dijo que es difícil que un rico entre al reino de Dios. En definitiva, lo que Jesús le decía a este hombre era que no había nada que

pudiera hacer para entrar al reino de Dios aparte de confiar por completo en Él. Para nosotros es imposible ganarnos la entrada al cielo. Sin embargo, a la vez, Jesús estaba poniendo de manifiesto el impedimento que representaba la riqueza de este hombre para ver la necesidad que tenía de Dios. Al final, su riqueza en la tierra le impediría tener su tesoro eterno.

Lo cierto es que casi todos nosotros en nuestra cultura y en la iglesia estadounidense no le creemos a Jesús ni a Pablo. No creemos que nuestra riqueza pueda ser una barrera para entrar al reino de Dios. Nos conformamos con pensar que nuestra riqueza, nuestra comodidad y nuestras posesiones materiales son bendiciones. No podemos verlas como barreras. Pensamos como piensa el mundo, que la riqueza siempre es para nuestro bien. No obstante, Jesús dice justo lo contrario. Afirma que la riqueza puede ser un obstáculo peligroso.

Por eso Pablo dice en 1 Timoteo 6:6: «Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento» (rv-60). En el contexto de este pasaje, el contentamiento tiene que ver con la comida y el vestido, con tener las necesidades básicas cubiertas. Si juntamos esto con el versículo 9 (que vimos antes), los que desean ser ricos y adquirir más de lo que es necesario para vivir corren el peligro de verse lanzados a la ruina y la destrucción.

Como consecuencia de este pasaje, nos preguntamos: ¿Estoy dispuesto a vivir contento con la comida y el vestido, teniendo cubiertas las necesidades básicas de la vida? ¿Quiero más que esto? ¿Quiero una casa mayor, un auto más bonito o ropas mejores? ¿Quiero complacerme con cada vez más lujos en mi vida? Después de todo, ¿qué tienen de malo los lujos?

Esta es una pregunta clave, y si no tenemos cuidado en cómo la respondemos, perderemos de vista lo que Dios desea enseñarnos sobre nuestras posesiones. No tenemos la necesidad de vender ni regalar la ropa fina, los autos caros, las casas caras u otras posesiones porque sean malas de por sí. Como hemos visto, la riqueza y las posesiones no son malas por naturaleza; son buenas en sí mismas; así que no las vendemos ni las regalamos porque sean pecaminosas.

Entonces, ¿por qué las vendemos o nos deshacemos de ellas? Lo hacemos porque Cristo en nosotros nos apremia a cuidar de los necesitados que nos rodean.

John Wesley (1703-91) nos ofrece un ejemplo de cómo ver nuestras

posesiones a la luz de las necesidades que nos rodean. Escucha esta historia sobre una compra que hizo una vez Wesley para su apartamento:

> Wesley acababa de comprar algunos cuadros para su habitación cuando una de las criadas llegó a su puerta. Era un día de invierno y él se dio cuenta de que solo tenía un vestido liviano de lino para protegerse contra el frío. Buscó en el bolsillo algo de dinero para darle y que se comprara un abrigo, y se encontró con que le quedaba muy poco. Sintió que el Señor no estaba conforme con la manera en que había gastado su dinero. Se preguntó: «¿Mi Amo diría: "Bien hecho, buen siervo fiel"? ¡Has adornado las paredes con el dinero que podría haber protegido a esta pobre criatura del frío! ¡Ay, Señor mío! ¡Qué espanto! ¿Acaso estos cuadros no son la sangre de esta pobre criada?»[26].

¿Los cuadros que Wesley colgó en su habitación eran malos en sí mismos? Por supuesto que no. Sin embargo, lo que estaba mal, muy mal, era haber comprado una decoración innecesaria para sí mientras una mujer se congelaba afuera sin un abrigo.

Ahora bien, debemos tener cuidado de malinterpretar esta ilustración. El asunto es que no todos los cuadros que cuelgan de las paredes de mi casa o de la tuya son malos. (¡Conste que yo tengo cuadros en mi casa!) El asunto tampoco es que tenemos que sentirnos culpables cada vez que compramos algo que no es necesario en lo absoluto. La realidad es que la mayoría de las cosas en la vida de nuestra cultura estadounidense se pueden clasificar como lujos, no necesidades. La computadora en la que estoy escribiendo este libro, la cuchara y el tenedor con los que comeré la cena esta noche, la cama y la almohada sobre las que dormiré esta noche (además de muchas otras cosas en mi vida) son todos lujos. Lo que podemos aprender de este suceso en la vida de Wesley es que nuestra perspectiva respecto a lo que poseemos cambia de manera radical cuando abrimos los ojos a las necesidades del mundo que nos rodea. Cuando tenemos el valor de mirar de frente a los hermanos cuyos cuerpos están desnutridos y cuyos cerebros están deformados debido a la falta de alimento, Cristo cambiará nuestros deseos y anhelaremos sacrificar nuestros recursos para la gloria de su

nombre entre ellos.

Entonces, ¿qué sucedería si descubrimos este punto ciego en nuestra vida y comenzamos a prestar atención a los que tienen necesidad? ¿Y si los miráramos en serio y empezáramos a ajustar nuestro estilo de vida en favor del evangelio entre ellos? ¿Cómo sería esto? Piensa en las posibilidades.

Como dije, poco de lo que tenemos podría considerarse necesario y, como vivimos en nuestra cultura, estamos rodeados de lujos. Entonces, ¿por qué no comenzar un proceso en que nos limitemos y eliminemos algunos de nuestros bienes? ¿Por qué no comenzar a vender y a deshacernos de los lujos por el bien del pobre que está a nuestra puerta? ¿Por qué no empezar a operar con la idea de que Dios nos ha dado en exceso, no para que *tengamos* más, sino para que podamos *dar* más?

Ahora nos estamos poniendo radicales.

O tal vez, nos estemos poniendo bíblicos[27].

Atrevámonos a llevar las cosas un paso más adelante. ¿Y si le pusiéramos un tope a nuestro estilo de vida? ¿Y si llegáramos a un punto en que trazáramos una línea y dijéramos: «Esto es suficiente, y eliminaré todo lo que tenga o gane por encima de esta línea»?

Esto fue lo que hizo Wesley. Determinó un nivel modesto de gastos con los que viviría cada año. El primer año, su ingreso sobrepasó ese nivel por una pequeña cantidad y, entonces, regaló ese exceso. Al año siguiente, su ingreso bajó, pero mantuvo su estándar de vida de la misma manera, así que tuvo más para dar. Así continuó año tras año. En un momento, Wesley ganaba el equivalente a ciento sesenta mil dólares al año en términos reales, pero vivía como si ganara veinte mil al año. Como resultado, ese año pudo dar más de ciento cuarenta mil dólares.

Piensa en lo que podría suceder. ¿Qué pasaría si tú y yo decidiéramos que tener un salario de cincuenta mil dólares no necesariamente implica que necesitemos un estilo de vida de la misma cifra? ¿Qué sucedería si pusiéramos tope a nuestro estilo de vida y tuviéramos la libertad de dar el resto de nuestros recursos para la gloria de Cristo en las partes más necesitadas del mundo?

La Escritura enseña con claridad que Dios nos da en abundancia para que suplamos las necesidades de otros[28]. En el comentario de Juan Calvino

sobre 2 Corintios 8—9, destaca que Dios «nos ha impuesto la frugalidad y la temperancia, y ha prohibido que alguno tenga en exceso y saque ventaja de su abundancia. Entonces, los que tengan riquezas […] consideren que su abundancia no tiene como propósito la intemperancia ni el exceso, sino el alivio de las necesidades de sus hermanos»[29]. Como manifestación práctica de esta verdad, Calvino dijo una vez que la mitad de los fondos de la iglesia deberían asignarse de manera específica a los pobres (algo que está muy lejos de los presupuestos de la mayoría de las iglesias hoy en día)[30]. Aunque no esperaba que todos disfrutaran de los mismos recursos, Calvino llegó a la conclusión de que «no se puede permitir que nadie muera de hambre»[31].

«¿DE QUÉ PODEMOS PRESCINDIR?» O «¿QUÉ TOMAREMOS?»

De todos modos, nos sentimos tentados a conformarnos con arrojarles las sobras a los pobres. En este sentido, estoy en deuda con un amigo que me ayudó a evaluar lo que estoy dispuesto a dar. Jason vive en un país donde es ilegal predicar el evangelio. Allí, sirve a personas que nunca han oído hablar de Jesús. Una vez, me escribió respecto a los millones de personas que todavía no han oído el evangelio:

> ¿Cuántos no han creído porque no han oído? ¿Qué haría falta para que esa gente oiga? ¿No han oído porque no hay nadie que les predique? ¿Qué podemos hacer en obediencia a Dios para cambiar un mundo donde hay millones y millones de personas que no pueden invocar el nombre del Señor? La mayoría de nosotros diría que conoce la respuesta a esta pregunta. Muchos de nosotros diríamos incluso que estamos haciendo cosas para cambiar la situación. Sin embargo, lo cierto es que seguirán habiendo millones y millones de personas que no oirán el evangelio mientras que nosotros no usemos el tiempo y el dinero extra que tenemos para alcanzarlos. Estas son dos cuestiones radicalmente diferentes. «¿De qué podemos prescindir?» o «¿Qué tomaremos?»

Sus dos preguntas finales me desafiaron en gran medida, no solo porque

tenían que ver con alcanzar a los no alcanzados, sino también porque estaban relacionadas con cuidar de los pobres. *¿Qué sucedería,* pensé, *si dejáramos de preguntarnos de cuánto podríamos prescindir y comenzáramos a preguntarnos con cuánto nos íbamos a quedar?*

Ahora bien, no doy por sentado que tú y yo, sin la ayuda de nadie, podemos dar lo suficiente para aliviar la pobreza. Después de todo, la pobreza está arraigada en factores sociales, políticos, económicos, morales, materiales y muchos otros. Hay algunos de estos factores que podemos cambiar (aunque sea de pequeñas maneras) y otros están fuera de nuestra influencia. Sin duda, Dios no nos pide ni espera que satisfagamos todas las necesidades. Sin embargo, la lógica que dice: «Como no puedo hacerlo todo, no haré nada», viene directamente del infierno.

¿Qué sucedería si juntos dejáramos de darles las sobras a los pobres y comenzáramos a dar el exceso? ¿Qué sucedería si comenzáramos a dar no solo lo que podemos dar, sino más de lo que podemos? ¿Qué sucedería si, como la viuda de Lucas 21 que dio todo lo que tenía, comenzáramos a dar lo que nos duele dar? ¿Qué sucedería si diéramos de esta manera, no solo a causa de la necesidad crítica que nos rodea, sino porque esta clase de dádiva es en verdad lo que el corazón de Cristo en nosotros demanda y a la vez desea?

LIBRES PARA DAR

Esto es precisamente lo que enseña la Escritura. En 1 Timoteo 6, Pablo le dice a Timoteo que les ordene a los ricos «que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, y generosos, dispuestos a compartir lo que tienen»[32]. Según Pablo, esta es la clave para librarse de la naturaleza mortal de la riqueza y las posesiones. Dar. Dar con generosidad, en abundancia y con sacrificio. No dar porque lo que tienes ya no sirve. Dar porque Cristo está en ti. Dar porque tu corazón lo atrapó un Salvador que ha producido en ti «desbordante alegría» que hace brotar una «rica generosidad»[33].

Esta es la clase de libertad con la que los discípulos estaban familiarizados. Después de la conversación de Jesús con el joven rico, Pedro se volvió a Jesús y exclamó: «He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido»[34]. En gran contraste con el joven rico que se alejó de Jesús triste, aquí había un discípulo libre de la esclavitud del dinero y de

los bienes materiales, libre de la seguridad terrenal y de las comodidades mundanas.

He visto esta libertad en la familia de fe que lidero. Luego de un domingo en nuestra iglesia cuando estudiábamos la historia del hombre rico en Marcos 10, recibí el siguiente correo electrónico de uno de nuestros miembros.

> Mi esposa y yo regresamos a casa, sacamos toda nuestra ropa y la pusimos sobre la cama, tomamos varias bolsas de comida enlatada y toda la ropa de bebé que nuestro hijo ya no usaba, así como los juguetes con los que ya no jugaba. Tomé varios cientos de dólares en efectivo que estaba ahorrando para remodelar el jardín del frente, conduje hacia los proyectos de viviendas en los barrios marginados y oré. Oré por la gente que no conocía y que estaba a punto de recibir esas cosas de las que yo tenía demasiadas.
>
> En la primera casa, había un hombre de treinta años que tenía un bebé y necesitaba ropa de trabajo. Perfecto. Tenía mi ropa para darle y la ropa y los juguetes para el bebé. Necesitaba dinero para comida, así que le di cien dólares.
>
> En la siguiente casa había tres niños menores de doce años, así que les di nuestro televisor, nuestro aparato de vídeo y dos consolas de videojuegos. La madre necesitaba comprar comida, así que le di cien dólares.
>
> En la siguiente casa había una pareja que necesitaba algo de ropa para la esposa y dinero para un pago de su auto, así que les di la ropa de mi esposa y cien dólares.
>
> Oramos con cada familia y les dijimos que habíamos venido con Dios. Al hacer esto, me entró una urgencia tal que regresamos a casa y juntamos más cosas para dar. Ahora, mi esposa y yo trabajamos con regularidad en el centro para gente sin hogar de ese barrio y comenzaré a enseñar arte y gráfica en el centro de enseñanza del lugar.

Muchos pueden cuestionar las acciones de este hombre y algunos tal vez hasta lo critiquen por ser impulsivo, ¿pero y si esta es una simple ilustración de la libertad que se encuentra en la obediencia? No digo que la

obediencia tenga que ser así en la vida de todos, pero pienso qué sucedería si esta renuncia radical marcara cada una de nuestras vidas.

Fíjate en este correo electrónico de Lisa, una mujer de nuestra familia de fe:

> Durante meses, he oído la Palabra e intentaba hasta lo imposible tratando de reconciliar mi vida con lo que demanda el evangelio. He tratado de encontrar alguna alternativa cómoda entre mi vida de ahora y la idea radical de vender todo lo que poseo y dejar la vida confortable para llevar el evangelio al mundo. Aun así, me he dado cuenta de que no existe una alternativa cómoda. La única opción es arriesgarlo todo.
>
> Así que estoy vendiendo mis pertenencias en Internet y estoy tratando de cancelar mi deuda para poder dar lo más que pueda. A fin de cancelar esa deuda, tendré que vender en realidad casi todo lo que tengo, excepto la camisa que llevo puesta (¡y tal vez una para cambiarme!).
>
> Estoy ansiosa por ver lo que sucede a partir de aquí. No estoy preparada en absoluto, soy del todo inadecuada y estoy asustada por completo. En cambio, estoy lista. ¡Que venga lo que venga!

Una vez más, esto puede parecerles extremo a algunos, pero lo cierto es que las acciones de Lisa se corresponden mucho más con las palabras de Jesús en Marcos 10 que con las de los que se cruzan de brazos y no hacen nada.

La libertad para dar de manera radical se ha demostrado de muchas otras maneras en nuestra iglesia.

Después de estudiar el cuidado de Dios hacia los huérfanos en Santiago 1:27, decidimos ponernos en contacto con el Departamento de Recursos Humanos a fin de asumir la responsabilidad de que tengan suficientes familias que cuiden de los niños necesitados en nuestro país. Necesitaban ciento cincuenta familias y, en el transcurso de dos semanas, ciento sesenta familias de nuestra iglesia se anotaron como familias sustitutas y para adoptar. Hoy, en toda nuestra familia de fe, los hombres y las mujeres están haciendo espacio en sus casas para albergar a niños huérfanos, mientras que

otros gastan sus cuentas de ahorros y de inversión en adoptar niños de Birmingham y de todo el mundo.

Pequeños grupos de todas las edades en la iglesia han comenzado a sacrificar lujos con el propósito de suplir toda clase de necesidades, desde cisternas de agua en comunidades empobrecidas hasta pollo para los pueblos que mueren de hambre. Un domingo, regresé de una ciudad en Indonesia donde un terremoto había destruido miles de hogares. Costaba alrededor de cuatrocientos dólares la reconstrucción de una casa, entonces ese domingo, como respuesta a la Palabra, invité a la gente a construir casas en Indonesia. La gente comenzó a emitir cheques y a traer dinero al frente, y para el final del día, la iglesia había juntado más de cien mil dólares. La gente que no tenía dinero dio otras posesiones. Una mujer dio un anillo de boda y dijo: «Mi esposo y yo no tenemos mucho dinero en este momento, pero puedo dar esto para que una pareja en Indonesia tenga un hogar». En los días siguientes, trabajamos juntos con las iglesias de Indonesia para construir cientos de casas a la vez que se proclamaba el evangelio en una comunidad musulmana en su mayoría.

El mes pasado estudiábamos Santiago 2:14-17, donde habla de tener en cuenta a nuestros hermanos y hermanas alrededor del mundo que «están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día». En medio de la economía que pasa por dificultades, procuramos conservar una buena suma de dinero en nuestro presupuesto. Como resultado, teníamos un extra de más de quinientos mil dólares que ahorrábamos para algún momento difícil.

A través de su Palabra, Dios comenzó a llevar nuestros ojos hacia nuestros hermanos en India, un país que alberga al cuarenta y un por ciento de los pobres del mundo. Muchos de sus niños allí no sobrepasan los cinco años de vida, así que buscamos un canal para poder servirlos. Nos enteramos de que por unos veinticinco mil dólares podíamos proporcionar comida y agua, atención médica y educación para las madres y sus bebés en un pueblo en particular durante un año. Encontramos veintiuna iglesias en pueblos empobrecidos por toda la India, y comenzamos a pensar en cuáles estaríamos en condiciones de ayudar. Fue entonces cuando retrocedimos y nos dimos cuenta: «Si hay veintiuna iglesias en pueblos con los que nos podemos conectar, y en cada uno podemos atender a los niños desnutridos y a sus familias por alrededor de veinticinco mil dólares, eso sumaría un total

de quinientos veinticinco mil dólares. Mientras tanto, Dios nos ha dado más de quinientos mil dólares».

Eso nos llevó a una decisión emocionante. Dijimos: «Demos todo lo que tenemos». Dos semanas después, nuestra iglesia se puso de pie y dijimos: «Queremos dar todo este dinero para la gloria de Cristo entre nuestros hermanos y hermanas empobrecidos».

Por favor, no me malinterpreten. La belleza de todas estas situaciones no es solo proveer para las necesidades físicas de los pobres. Al llevar niños a nuestros hogares, a medida que nuestros grupos pequeños se deshacen de los lujos y mientras vamos desde Birmingham hasta la India y a todos los lugares intermedios, lo hacemos todo con el evangelio. Estamos descubriendo el gozo del evangelio radical dentro de nosotros que produce fruto radical fuera de nosotros. Y a medida que suplimos necesidades en la tierra, proclamamos un evangelio que transforma vidas para la eternidad. El asunto no es solo satisfacer una necesidad temporal ni cambiar una estadística que nos conmueve; el asunto es exaltar la gloria de Cristo mientras expresamos su evangelio a través de la generosidad radical de nuestras vidas.

EL JOVEN RICO EN MÍ

Cuando Dios comenzó a descubrir este punto ciego en nosotros, mi esposa y yo empezamos a mirar las cosas que nos rodeaban. Verás, un par de años atrás, lo habíamos perdido todo. Nuestra casa quedó bajo el agua debido al huracán Katrina y todas nuestras posesiones estuvieron flotando en unos tres metros de agua durante dos semanas. Cuando regresamos para ver qué podíamos salvar, terminamos saliendo de Nueva Orleans con unos pocos adornos de Navidad a nuestro favor que estaban en el ático.

Esta era nuestra oportunidad. Literalmente, podíamos comenzar desde abajo y de manera responsable reconstruir nuestras vidas más según las necesidades y menos según los lujos. Sin embargo, en los días siguientes, enseguida perdimos esa oportunidad.

Cuando nos mudamos a Birmingham, donde comenzaría a pastorear, nos encontramos sumergidos en la compra de una casa y de objetos para llenarla. La atracción era fuerte. No compramos una mansión, pero sí compramos más de lo que necesitábamos. Y cuanto más espacio hay en una

casa, más cosas se «necesitan» para llenarla. No nos llevó mucho tiempo encontrarnos con el doble de lo que habíamos tenido en Nueva Orleans. A los ojos del mundo (incluso del mundo de la iglesia), habíamos llegado a la Tierra Prometida. Sin embargo, no podía librarme de la sensación de intranquilidad de que estábamos en mejores condiciones de poner en práctica el evangelio si teníamos menos.

La lección que aprendí es que la guerra contra el materialismo en nuestros corazones es exactamente eso: una guerra. Es una batalla constante para resistir la tentación de tener más lujos, de adquirir más cosas y de vivir de forma más cómoda. Se necesita una determinación fuerte y firme de vivir el evangelio en medio del sueño americano que identifica el éxito con el ascenso, con la compra de una casa mayor, de un auto más fino, de ropas mejores, de comida más delicada y con la adquisición de más cosas.

Mi esposa y yo hemos decidido pelear en esta guerra. Ahora nos encontramos en lo que parece un proceso interminable de identificar las necesidades y quitar los lujos. Pusimos en venta nuestra casa y comenzamos a buscar algo de menor tamaño y más sencillo. Comenzamos otra vez con el proceso de adopción, porque llegamos a la conclusión de que nuestros ahorros estaban mejor gastados en lo que es más importante para el corazón de Dios[35]. Estamos intentando crear un presupuesto que deje la mayor cantidad posible libre para dar.

Estas cosas son solo el comienzo y tenemos mucho por recorrer. Hay muchas preguntas que todavía siguen sin respuesta. ¿Qué clase de auto debería conducir? ¿Cuánta ropa necesito en realidad? ¿Cuáles son los lujos que Dios quiere que mi familia y yo disfrutemos y cuáles son los lujos que Dios nos invita a sacrificar? Si tenemos ahorros, ¿dónde está la línea entre el ahorro responsable (que, sin duda, respalda la Biblia) y la acumulación irresponsable (que es evidente que condena la Biblia)?[36]. ¿De qué manera afecta todo esto la manera en que abordamos las inversiones, las cuentas de retiro o el seguro de vida? ¿Cuánto es sabio ahorrar para posibles necesidades futuras mientras que los hermanos y las hermanas que me rodean (así como la gente que ni siquiera ha oído el evangelio) se ven amenazados por sus necesidades presentes?

No son preguntas fáciles, y no pretendo tener todas las respuestas. Tampoco afirmo que haya medidas legalistas mediante las cuales debamos

o podamos responder estas preguntas. Debemos evitar el error de imponernos o imponerles a otros leyes que no existen en la Escritura. Al mismo tiempo, esto no debiera impedirnos hacernos las preguntas y permitir que estas preguntas nos lleven a Cristo.

Estoy descubriendo en mi propia vida que esto es un proceso, y a lo largo del camino estoy encontrando un profundo gozo al depender de Cristo para la guía que solo Él puede proporcionar mientras produce el fruto del evangelio en mi vida. Más que nada, no quiero ser un joven rico. Y no quiero pasar por alto que la atracción de convertirme en él siempre es más fuerte de lo que quiero admitir.

La Biblia dice que cuando Jesús le dijo al joven rico que vendiera todo lo que tenía y que se lo diera a los pobres, «afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones»[37]. Jesús sacó a relucir un punto ciego en su vida y no estuvo dispuesto a verlo. No quiso ver el alcance de su pecado, la profundidad de su esclavitud respecto a sus posesiones, ni la gravedad de la necesidad entre los pobres. Se alejó con las manos llenas, pero con el corazón vacío. Lo trágico es que estaba dejando atrás al único que podía traerle la vida y el gozo que deseaba con tanta vehemencia.

No quiero cegarme a estas cosas en mi propia vida. Tampoco quiero dejar atrás a Cristo. No quiero perseguir cosas materiales, ni siquiera cosas materiales en nombre del cristianismo o en nombre de la iglesia, y al hacerlo, perder a Cristo y los placeres que solo Él da en una vida libre de la esclavitud de las posesiones de este mundo. Sobre todo, no quiero perder el tesoro eterno por haberme conformado con las baratijas de la tierra. Jesús dice: «Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón»[38]. La manera en que usamos nuestro dinero es un barómetro de nuestra condición espiritual actual. El descuido de los pobres ilustra mucho respecto a dónde está nuestro corazón. Sin embargo, aun más, la manera en que usamos nuestro dinero es un indicador de nuestro destino eterno. La marca de los seguidores de Cristo es que sus corazones están en el cielo y sus tesoros se gastan allí.

UNA DECISIÓN

Es fácil que los números y las estadísticas concernientes a los pobres necesitados parezcan fríos y distantes. La idea de una pobreza exorbitante o

de veintiséis mil niños que mueren de inanición o de enfermedades previsibles resulta difícil de imaginar cuando recostamos la cabeza sobre la almohada por la noche.

Esto nos sucedió a mi esposa y a mí cuando comenzamos el proceso de adoptar a nuestro primer hijo. Antes, habíamos leído las estadísticas… y eran pasmosas. Millones de huérfanos en África, número que crece en forma dramática como resultado del SIDA que cobra las vidas de padres y madres por toda la planicie al sur del Sahara. Millones de huérfanos en Asia, muchos de los cuales (si no la mayoría) están destinados a una vida de delito y prostitución si nadie los adopta. Millones de huérfanos en Europa, América Latina y Estados Unidos.

Por más abrumadores que fueran estos números para nosotros, debo admitir que seguían siendo solo números hasta que viajamos a Kazajstán a buscar a nuestro hijo. No era que no nos importara. Después de todo, estábamos en el proceso de adopción. Aun así, los números seguían pareciendo distantes, remotos de nuestra vida diaria en un suburbio de Birmingham.

Sin embargo, todo cambió cuando hicimos el primer viaje al orfanato de Kazajstán. Vimos niños que jugaban afuera. Caminamos junto a sus habitaciones en el interior. De repente, esos números en una página cobraron vida en nuestro corazón. Nos dimos cuenta de que era Caleb el que dormía en una de esas camitas y era Caleb el que estaba incluido en esos números. De repente, los números se volvieron reales… y personales.

Aprendimos que es más fácil olvidar a los huérfanos antes de conocer sus nombres. Es más fácil no tomarlos en cuenta antes de ver sus caritas. Es más fácil fingir que no son reales hasta que los tienes en brazos. Así que, una vez que lo haces, todo cambia.

Entonces, cuando tú y yo oímos números pasmosos y estadísticas sobre los pobres y necesitados a nuestro alrededor y alrededor del mundo, tenemos una opción. Podemos cambiar de canal en nuestro mega-televisor y seguir con nuestra vida cómoda, sin problemas, común y dominguera como si no existieran los pobres globales. Podemos dejar que estos números sigan siendo fríos, distantes y casi inimaginables. O podemos abrir nuestros ojos y nuestras vidas a la realidad que nos rodea y comenzar a considerar los rostros que están representados en esos números.

Pienso en la multitud de niños y de sus padres en los barrios marginados de Delhi, India. Familias con tres, cuatro, cinco o más hijos que viven en casuchas de dos metros por cuatro. Eludíamos las pilas de heces humanas esparcidas por el suelo mientras caminábamos por la periferia de la comunidad. El agua era limitada, la comida era escasa y esta miseria se extendía durante lo que parecían kilómetros sin fin.

Estas son las imágenes que vienen a mi mente cuando considero lo que significa vivir con menos de un dólar o dos por día. Estos son los rostros que veo cuando imagino veintiséis mil niños que mueren hoy de inanición o de enfermedades previsibles.

Cuando veo sus rostros, me doy cuenta de que tengo una opción. Tú y yo tenemos una opción.

Podemos ponernos junto a los que mueren de hambre o los desnutridos.

Podemos identificarnos con los pobres «Lázaro» en su camino al cielo o con el hombre rico en su camino al infierno.

Podemos abrazar a Jesús mientras nos deshacemos de nuestra riqueza o podemos alejarnos de Él mientras amontonamos riquezas.

Solo el tiempo dirá lo que tú y yo decidimos hacer con ese punto ciego en el cristianismo estadounidense de hoy.

CAPÍTULO SIETE



NO EXISTE UN PLAN B

POR QUÉ IR ES URGENTE, NO OPTATIVO

Como cristianos estadounidenses, celebramos la idea de que «todos los hombres son creados iguales». Esta frase de nuestra Declaración de Independencia se basa en la enseñanza bíblica de que toda persona en el mundo se ha formado a la imagen de Dios y, por lo tanto, tiene un valor intrínseco. Es una idea hermosa.

Sin embargo, esta igualdad entre personas pasa de manera sutil a ser una igualdad de ideas. Así como cada persona es igualmente valiosa, cada idea es igualmente válida. Cuando se aplica a la fe, esto quiere decir que en un mundo donde las personas diferentes tienen distintos puntos de vista religiosos, todos estos deben tratarse como iguales en esencia.

En esta línea de pensamiento, la fe es una cuestión de gusto, no de verdad. Por lo tanto, el pecado cardinal es afirmar que la creencia de una persona es verdad y la de otra es falsa. El camino honorable es quedarse tranquilo con lo que uno cree y resistir la necesidad de transmitirle las propias creencias a otro.

Esta línea de pensamiento ha impregnado el cristianismo estadounidense de dos maneras particulares. Por un lado, muchos cristianos practicantes han adoptado la idea universalista de que la religión no es más que una cuestión de preferencia o de opinión y que, al final, todas las religiones son iguales en esencia. La gente no tiene que confiar en Cristo para conocer a Dios o para ir al cielo. Por lo tanto, no hay necesidad de animar a otros a

que acepten la verdad del cristianismo.

Por otra parte, mientras que algunos cristianos practicantes han rechazado el universalismo de manera intelectual, es probable que en la práctica terminen llevando vidas universalistas. Afirman que solo Cristo salva, pero viven su cristianismo en silencio, como si la gente que los rodea en el mundo al final estará bien sin Cristo.

Pienso que cada uno de nosotros tiende hacia el universalismo intelectual o práctico. Si te inclinas a adoptar el universalismo intelectual, te invito a que me acompañes a través de este capítulo. Juntos, exploremos con la mente abierta lo que enseña la Palabra de Dios acerca de esto. De manera similar, si te inclinas hacia el universalismo práctico y vives cada día como si no fuera urgente en lo absoluto hablarles a los demás de Cristo, te invito a que abordes este capítulo teniendo en cuenta las consecuencias prácticas y eternas de lo que enseña la Biblia.

No olvidemos lo que está en juego.

Ya hemos visto que más de cuatro mil millones y medio de personas en el mundo de hoy no tienen a Cristo. Como si esto no fuera lo bastante serio, más de mil millones de estas personas ni siquiera han oído hablar del evangelio. Entonces, ¿qué les sucede al morir? Estoy convencido de que esta es una de las preguntas más importantes que se plantea para el cristianismo de Estados Unidos hoy. Si la gente se irá al cielo solo sobre la base de sus preferencias religiosas, no existe urgencia de que ninguno de nosotros vaya a ellos. En cambio, si no irán al cielo porque nunca han oído hablar de Cristo, existe una urgencia indescriptible de que todos vayamos a ellos. Si la gente se muere y se va al infierno sin siquiera saber que existe un evangelio, no cabe duda que no tenemos tiempo para desperdiciar nuestras vidas en un sueño americano. Entonces, ¿qué dice la Biblia sobre la gente que nunca oyó hablar de Jesús?

Te invito a que demos un breve paseo por el libro de Romanos a fin de descubrir siete verdades que nos ayudarán a entender lo que enseña la Escritura sobre la gente que nunca ha oído hablar de Jesús[1]. Luego, te ruego que consideres la urgente necesidad que tenemos de abandonar ahora el sueño americano en favor de una entrega radical a la persona y el propósito de Cristo.

PRIMERA VERDAD: TODA LA GENTE TIENE CONOCIMIENTO DE DIOS

Cuando Pablo termina su introducción a Romanos, de inmediato comienza a explorar cómo toda la gente tiene conocimiento de Dios el Padre. Comenzando en Romanos 1:19, Pablo dice que Dios se revela a toda la gente, ya que, «lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente para ellos, pues él mismo se lo ha revelado». Continúa diciendo: «Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa»[2].

En otras palabras, Dios se revela a sí mismo de manera continua y clara a toda la gente. Pablo da por sentado su conocimiento de Dios cuando dijo: «A pesar de haber conocido a Dios»[3]. Todas las personas sobre la faz de la tierra y todas las personas a lo largo de la historia, sin excepción, tienen conocimiento de Dios el Padre. El hombre en la selva africana, la mujer en la aldea asiática, el nómada en el desierto remoto y el esquimal en la tundra olvidada, sin importar dónde ni cómo vivan, tienen esto en común. Todos tienen conocimiento de Dios, porque Él se les ha revelado a sí mismo.

Por supuesto, no toda la gente en el mundo dice creer en Dios. Esto nos lleva a la segunda afirmación.

SEGUNDA VERDAD: TODA LA GENTE RECHAZA A DIOS

Pablo dijo: «A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias»[4]. Toda la gente, incluidos tú, yo, y el hombre que vive en la sabana africana, ha rechazado el verdadero conocimiento de Dios. La Biblia dice que tenemos un corazón necio y oscurecido. Tenemos una naturaleza pecaminosa de por sí que se rebela contra el conocimiento y la gloria de Dios[5].

Aunque esta es una verdad fundamental del evangelio, muchas veces se pasa por alto en las discusiones sobre lo que le sucede a la gente que nunca ha oído de Jesús. Con facilidad nos olvidamos de las distorsiones que plagan nuestra mente y la idolatría que abunda en nuestro corazón a causa del pecado.

Recuerdo una discusión que tuve sobre este tema en una mesa llena de estudiantes universitarios. Una de ellas me preguntó: «¿Y que hay de las tribus nativas de América, por ejemplo, que habitaban originalmente regiones de nuestro continente?». Continuó: «Tal vez esa tribu nunca oyó hablar de Jesús y no tenían la Biblia. En cambio, sí tenían un deseo innato de rendir culto y, entonces, adoraron a lo que conocían, tal vez el dios sol o algo por el estilo». Terminó diciendo: «Hacían lo mejor que podían con el conocimiento que tenían. ¿Eso no es suficiente?».

Fue una gran pregunta que nos llevó a esta verdad fundamental que no podemos olvidar, desechar ni desatender. Toda la gente, incluyendo a los hombres y las mujeres en las antiguas tribus nativas, ha rechazado el verdadero conocimiento de Dios. Según las palabras de Pablo, estos nativos adoraban a las cosas creadas en vez de al Creador[6].

Entonces, ¿adorar al dios sol cuenta como suficiente? La respuesta es no, según lo que dice Pablo en Romanos 1. La gente no tiene mérito delante de un Dios santo al adorar dioses que crean o imaginan. Ninguno de estos dioses, ni el dios sol, ni la diosa luna, ni los dioses de la prosperidad, merecen adoración. Solo Dios merece adoración. Entonces, cuando adoramos a estos «dioses» en lugar de hacerlo a Él, no tenemos ningún mérito por intentar lo mejor que podemos. Nuestra idolatría no es lo bastante buena.

Esta no es una acusación específica dirigida a ciertas tribus nativas ni a cualquier otra cultura del mundo. Es una acusación para todos nosotros. Todos somos idólatras. Ya sea en América, en África o en Asia, nadie adora a Dios como es debido, porque en nuestros corazones rechazamos al Dios verdadero. Entonces, existe otra verdad que debemos considerar.

TERCERA VERDAD: TODA LA GENTE ES CULPABLE DELANTE DE DIOS

Los tres primeros capítulos del libro de Romanos contienen algunos de los versículos más deprimentes de toda la Biblia. Pablo dejó muy en claro la depravación de la humanidad al usar palabras como «malos», «vergonzosas», «lujuriosas», «insensatos, desleales, insensibles» y «despiadados» para describirnos[7].

Desde Romanos 1:18 hasta 2:16, Pablo describe a los gentiles que han

pecado contra Dios. Hasta casi podemos ver a los lectores judíos asintiendo ante cada versículo al pensar en la maldad de los paganos que los rodeaban. Sin embargo, luego, Pablo vuelve las tornas hacia los judíos en Romanos 2:17 y los enfrenta a su pecaminosidad. Continúa describiendo el pecado de ellos a lo largo de todo Romanos 3, donde concluye:

> «No hay un solo justo, ni siquiera uno; no hay nadie que entienda, nadie que busque a Dios.
> Todos se han descarriado, a una se han corrompido.
> No hay nadie que haga lo bueno; ¡no hay uno solo!»[8].

El caso está planteado y es decisivo. Toda la gente, sin importar cuál sea su trasfondo religioso, cultural o étnico, es culpable delante de Dios. Según las palabras de Pablo: «Para que todo el mundo se calle la boca y quede convicto delante de Dios»[9].

Supongamos que me preguntaras: «¿Qué le sucede al hombre inocente en medio del África que muere sin haber oído el evangelio?». Basándome en la autoridad de la Palabra de Dios, te contestaría con toda confianza: «Sin lugar a dudas, creo que se irá al cielo. No tengo ninguna objeción en la mente».

Ahora bien, antes de que alguien me llame hereje (y otros me llamen héroe), vuelve a leer el último párrafo. Fíjate de manera especial en la pregunta hipotética: «¿Qué le sucede al hombre *inocente* en medio del África que muere sin haber oído el evangelio?». (De esa manera es que la mayoría de la gente expresa esta pregunta). Lo cierto es que el hombre *inocente* en medio del África irá al cielo porque si es inocente, no necesita un Salvador que lo salve de su pecado. Por lo tanto, no necesita el evangelio. Sin embargo, existe un problema importante aquí. El hombre *inocente* no existe… ni en África ni en ninguna otra parte.

Siempre me asombro de cómo alteramos esta cuestión respecto a la gente que nunca ha oído hablar de Jesús. Le damos demasiado crédito al hombre que vive en África, a la mujer de Asia e incluso a nosotros mismos. No hay en el mundo gente inocente a la espera de oír el evangelio. En cambio, en todo el mundo hay gente culpable ante un Dios santo, y solo por eso necesitan el evangelio.

Con mucha frecuencia vemos el cielo como el estado eterno de la humanidad por defecto. Damos por sentado que nuestro género merece el cielo, que Dios nos debe el cielo a menos que hagamos algo malo de verdad que nos garantice lo contrario. Entonces, como vimos en Romanos, esta teología no es verdadera. Toda la gente es culpable ante Dios y, por lo tanto, lo cierto no es el cielo, sino el infierno. Esto nos lleva a la siguiente verdad.

CUARTA VERDAD: TODA LA GENTE ESTÁ CONDENADA POR RECHAZAR A DIOS

Pablo concluyó su enseñanza sobre la pecaminosidad de los seres humanos diciendo: «Por tanto, nadie será justificado en presencia de Dios por hacer las obras que exige la ley; más bien, mediante la ley cobramos conciencia del pecado»[10]. (Vaya, ¡te dije que estos capítulos son deprimentes!).

No es solo que toda persona sea culpable ante Dios, sino que no hay nada que podamos hacer para cambiarlo. Cuanto más tratamos de hacer bien, más ponemos de manifiesto nuestra maldad. Hasta nuestros intentos de obedecer a Dios solo revelan más nuestra incapacidad para hacerlo. Esto se ajusta a ti, a mí y a cualquier otra persona en el mundo. Por lo tanto, todos estamos condenados ante Dios.

Esto nos pone frente a frente con una equivocación fundamental que aparece en muchas respuestas a la pregunta sobre qué le sucede a la gente que nunca oyó de Jesús. Muchos cristianos que profesan han llegado a la conclusión de que si cierta gente en el mundo no tiene la oportunidad de oír de Jesús, los excusa de la condenación de Dios de forma automática. Estas personas irán al cielo porque, después de todo, nunca tuvieron la oportunidad de oír hablar de Jesús.

Esta línea de pensamiento refleja la naturaleza intensamente emocional de esta pregunta. *Queremos* que la gente esté bien cuando no han tenido la oportunidad de oír el evangelio. En su lugar, piensa conmigo en la lógica de esta conclusión. Afirma que la gente estará con Dios en el cielo para toda la eternidad precisamente porque nunca han oído de Cristo. El no haber escuchado de Cristo les da un pase al cielo.

Además de la falta de evidencia bíblica para afirmar que exista tal pase, considera las consecuencias prácticas de esta idea. Si la gente se va al cielo

justo porque nunca ha tenido la oportunidad de oír de Jesús, lo peor que podríamos hacer respecto a su estado eterno sería ir a hablarles de Jesús. ¡Eso solo aumentaría sus posibilidades de ir al infierno! Antes de que llegáramos, se iban al cielo; ahora que les hemos hablado de Jesús, se pueden ir al infierno. ¡Esto es terrible!

Imagina que te encuentras con una estudiante internacional recién llegada a la universidad en Estados Unidos. Le preguntas si alguna vez oyó hablar de Jesús y, con una mirada confundida, te responde que no. Ahora bien, si esta muchacha se dirige al cielo solo porque nunca oyó hablar de Jesús, lo mejor que podrías decirle por el bien de su eternidad es: «Si alguien trata de hablarte de Jesús, tápate los oídos, comienza a gritar bien fuerte y sal corriendo».

Es evidente que esta metodología en particular no se prescribe en la Escritura. Entonces, cuando sigues la lógica de la conclusión anterior, este es el resultado práctico.

Sin embargo, hay quienes sostendrán: «Bueno, ¿Dios es justo al condenar a la gente por no creer en Jesús siendo que nunca tuvieron la oportunidad de oír hablar de Él?». Ahora bien, esta es una pregunta muy buena y creo que la respuesta es no. Dios no sería justo al condenar a la gente por no creer en un Salvador del cual nunca oyeron hablar. En cambio, no te olvides de que, en definitiva, a la gente no la condenan por no creer en Jesús. Las condenan por rechazar a Dios.

Esta es la clave. Nadie discute que los mil millones de personas que nunca han oído hablar de Jesús tienen una clase distinta de responsabilidad ante Dios de la que tenemos el resto de nosotros. Quienes hemos oído hablar de Jesús, hemos tenido la oportunidad de recibir o rechazar el evangelio y tenemos la responsabilidad por nuestra decisión. Entonces, más allá del conocimiento relativo que tengamos, si nos basamos en la segunda verdad que ya exploramos, toda la gente está condenada, en esencia, por rechazar a Dios[11].

Puedo imaginar las lágrimas en los ojos de Pablo al llegar a Romanos 3:20. Ha pintado un cuadro aterrador de la pecaminosidad de la humanidad. Todos conocen a Dios, todos lo han rechazado, todos son culpables ante Dios y todos están condenados por rechazarlo. A pesar de eso, a la vez, puedo ver a Pablo enjugándose esas lágrimas al escribir sus siguientes

palabras.

QUINTA VERDAD: DIOS HA PROVISTO UN MEDIO DE SALVACIÓN PARA LOS PERDIDOS

«Pero ahora, sin la mediación de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, de la que dan testimonio la ley y los profetas. Esta justicia de Dios llega, mediante la fe en Jesucristo, a todos los que creen»[12]. ¡Al fin las buenas noticias! Cristo murió en la cruz y se levantó de la tumba, y por medio de Él, podemos ser justificados delante de Dios y tener asegurada la vida eterna. Dios ha provisto un medio de salvación para los perdidos.

Es evidente que no podemos dar por sentado que esta verdad se acepta en nuestro mundo (e incluso en la iglesia) hoy en día. El pluralismo domina el paisaje religioso global y la idea predominante es que si hay un Dios, Él ha provisto muchas maneras de salvación para los perdidos.

Recuerdo que cuando era estudiante, una vez estuve frente al salón de clases en el predio de una universidad secular. Era el día en que debía dar mi discurso y hablé sobre el tema del cristianismo. Presenté las verdades fundamentales del evangelio a una clase llena de compañeros universitarios, de los cuales la mayoría eran ateos o agnósticos.

Al finalizar mi discurso, el profesor dio lugar a las preguntas. Lauren, una estudiante con honores y líder en el gobierno estudiantil, fue la primera en hablar. Bien entendida en todas las normas que había establecido la universidad, preguntó sin rodeos: «¿Me estás diciendo que si no creo en el Jesús del que hablas me iré al infierno cuando muera?».

Nunca había oído que lo expresaran de esta manera, frente a semejante cantidad de gente. Comencé a sudar mientras un salón de clases silencioso esperaba mi respuesta. Busqué las palabras adecuadas, tragué saliva y hablé con la mayor compasión que pude.

«Todos tenemos pecados que nos separan de Dios. No importa lo que hagamos, no podemos vencer nuestra propia rebelión. Por eso Jesús murió en la cruz, para salvarnos de nuestros pecados y de nosotros mismos. Por lo tanto, sí, no irás al cielo si no crees en Jesús».

En todo el salón de clases se escucharon resoplidos y expresiones de exasperación ante este cristiano de miras estrecha que estaba ante ellos.

Lauren se me acercó después de la clase y me dijo: «Eso es lo más absurdo que he oído en toda mi vida. ¿Quién eres para decir que tu fe es el único camino a Dios y que el resto de nosotros nos iremos a la condenación eterna?». Dicho esto, dio media vuelta y se fue.

He tenido días mejores.

Esa fue la primera de muchas conversaciones con Lauren. En los días que vendrían, me haría todas las preguntas del repertorio. ¿Cómo sabes que Dios existe? ¿Por qué Jesús es diferente a todos los demás líderes religiosos? ¿Y qué hay de la gente que nunca oyó hablar de Jesús? En cada oportunidad, trataba de responder sus preguntas lo mejor que podía, pero muchas veces parecía que mis palabras rebotaban contra una pared de concreto.

Después de una de estas conversaciones, me encontraba caminando por el predio de la universidad y comencé a pensar: *¿Yo mismo me creo esto? No quiero ser arrogante ni de miras estrechas. ¿Estaré creyendo solo en lo que me enseñaron de niño? ¿Será verdad? ¿Será cierto que Jesús es el único camino a Dios?*

Durante los meses siguientes, estas preguntas me perturbaron como nunca antes lo habían hecho. Humillado por esta universidad secular, me fui al final del año escolar para pasar el verano en casa. Cuando regresé en otoño, entré al salón de clases el primer día del semestre. Al frente del salón estaba sentada Lauren.

Me llamó desde el otro extremo del salón y me dijo: «Necesito hablar contigo hoy».

«Muy bien», dije. *Grandioso,* pensé. *Otra vez con la misma discusión*.

Conversamos con Lauren al final de la clase. Me contó que durante el verano, había llegado a comprender su pecaminosidad delante de Dios. También había llegado a comprender la suficiencia de Cristo para cubrir su pecado. «David», me dijo, «he confiado en Jesús como mi Salvador y ahora sé que cuando muera, iré al cielo».

Dios ha provisto un medio de salvación para los perdidos. No *un camino*, sino *el camino*. Y la buena noticia es esta: el evangelio.

Sin embargo, la pregunta sigue en pie. ¿Qué sucede con la gente que

nunca ha oído lo que Lauren pudo oír? Esto nos lleva a las dos últimas verdades.

SEXTA VERDAD: LA GENTE NO PUEDE LLEGAR A DIOS POR OTRO MEDIO QUE NO SEA LA FE EN CRISTO

Después de escribir uno de los párrafos más sorprendentes e impresionantes de toda la Biblia (Romanos 3:21-26), Pablo comienza a explicar cómo la salvación de Dios se vuelve realidad en nuestras vidas. Los judíos entre su audiencia estaban acostumbrados a cumplir la ley en un esfuerzo por conocer y agradar a Dios. Sin embargo, en Romanos 3:27-31, Pablo describe cómo la fe en Cristo es el único camino para ser justificados delante de Dios. Desarrolla en detalles esta línea de pensamiento en Romanos 4–5, y termina diciendo: «Ya que hemos sido justificados mediante la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo»[13]. La fe en Cristo es el único medio por el cual podemos ser salvos.

A esta altura, algunos pueden preguntarse cómo se salvaba la gente en el Antiguo Testamento. Pablo afirma en Romanos 4–11 que Abraham y otros en el Antiguo Testamento se salvaron por la gracia a través de la fe en el Cristo que vendría. Aunque no conocían todos los detalles, confiaban en la redención que Dios traería por medio de Cristo. Basándose en su ejemplo, algunos han llegado a la conclusión de que la gente hoy también se puede salvar a través de una confianza general en Dios, aun cuando nunca hayan oído de Cristo. Sin embargo, una vez que vino Cristo, la Escritura no da evidencia de que esto sea así. La fuerza que impulsa el Nuevo Testamento es que Cristo en verdad vino y que la gente debe creer en su persona y obra en la cruz para ser salva (Romanos 10:9-10).

Ahora bien, es evidente que si la gente no puede llegar a Dios por otra vía que no sea la fe en Cristo, esta verdad no es alentadora para quienes nunca han oído hablar de Él. A esta altura, muchos concluyen: «No sé cómo, pero de seguro que Dios les dará un camino a estos millones de personas a fin de que lleguen al cielo aunque no hayan oído hablar de Jesús». Desde el lado emotivo de la pregunta, anhelamos que exista una manera de salvarse para los que no han oído el evangelio. Estamos seguros de que Dios, en su amor, no permitirá que se vayan al infierno si no han oído hablar de Jesús.

Una vez más, debemos tener cuidado de considerar las ramificaciones que tendría semejante conclusión. Si pensamos que la gente puede llegar al cielo de otro modo que no sea a través de la fe en Cristo, esto significaría que hay algo más que podemos hacer para ir al cielo. Semejante conclusión no solo menoscabaría la verdad previa que vimos en Romanos, sino que también equivaldría a decirle a Jesús: «Gracias por lo que hiciste en la cruz, pero podemos llegar a Dios de otra manera».

Romanos (y toda la Escritura) es muy clara en este punto. Para ser salvos hace falta la fe en Cristo[14].

Después de las primeras cuatro verdades, al fin llegamos a alguna buena noticia en la quinta. En cambio, con esta sexta verdad, pareciera que llegamos a otro punto deprimente. Si la gente no puede llegar a Dios por otro camino que no sea mediante la fe en Cristo, y si hay más de mil millones de personas que nunca han oído de Cristo, existe un problema serio y eterno. Este problema nos lleva a la última afirmación del libro de Romanos.

SÉPTIMA VERDAD: CRISTO LE ORDENA A LA IGLESIA QUE LES DÉ A CONOCER EL EVANGELIO A TODOS LOS PUEBLOS

Avancemos con rapidez hasta Romanos 10. Pablo cita un versículo del Antiguo Testamento en Joel y, luego, considera algunas consecuencias. «Todo el que invoque el nombre del Señor será salvo. Ahora bien, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique? ¿Y quién predicará sin ser enviado?»[15].

Estos versículos no solo muestran la capacidad retórica de Pablo, sino que son un cuadro claro del plan redentor de Dios. En estos tres breves versículos, vemos el plan de Dios para llevar el evangelio a todos los pueblos del mundo, incluyendo a los mil millones que nunca han oído hablar del nombre de Jesús.

Para poder verlo, tomemos los verbos de este pasaje en orden inverso. Si comenzamos con el último versículo, vemos que el plan de Dios implica enviar a sus siervos. Entonces, ese es el primer paso en el plan de Dios: Él envía a sus siervos.

Luego, si continuamos mirando hacia atrás este pasaje, vemos lo que hacen esos siervos: predican. A los siervos se les envía a predicar el evangelio. Como ya hemos visto, cuando consideramos hacer discípulos, se espera que cada siervo de Dios vaya y proclame el evangelio. Este es el plan de Dios. Envía a sus siervos y sus siervos predican.

Si retrocedemos un paso más, cuando estos siervos predican, la gente oye. A menos que le prediquemos a una pared, la gente nos oirá cuando lo hagamos. Entonces, el plan es progresivo. Dios envía a sus siervos, sus siervos predican y la gente oye.

La oración anterior dice que cuando oyen, creen. Ahora bien, este pasaje no enseña que cada persona que oiga el evangelio llegue a creer. Sin duda, esto no es cierto, tanto desde el punto de vista de la Escritura como el práctico. Aun así, este pasaje enseña que cuando predicamos y la gente oye, algunos de ellos creen. Hemos visto que un día, toda nación, gente, tribu y lengua estarán representadas alrededor del trono de Cristo. Esto quiere decir que cada grupo de personas oirá la predicación del evangelio y que algunos confiarán en Cristo para su salvación. Esto nos da gran confianza. Puedo ir al pueblo más remoto y más hostil no alcanzado en este planeta y predicar el evangelio, y *alguien* creerá. Dios envía a sus siervos, sus siervos predican, la gente oye y los que oyen creen.

Los dos últimos pasos en el plan de Dios son evidentes. Cuando los que oyen creen, invocan el nombre del Señor y, al hacerlo, son salvos. Entonces, aquí está: el simple plan divino para llevar el evangelio a todos los pueblos de la tierra.

Dios envía a sus siervos. → Sus siervos predican. →
La gente oye. → Los que oyen creen. →
Los que creen invocan. → Todo el que invoca al Señor es salvo.

Ahora bien, mira de nuevo esta progresión y piensa en lo siguiente: ¿Existe alguna posibilidad de que se rompa este plan? Piénsalo. Es evidente que todo el que invoque el nombre del Señor será salvo. Allí no hay ruptura. Todo el que crea invocará. Muchos de los que oyen (no todos, pero muchos) creerán. La gente oirá el evangelio cuando lo prediquemos. Y sin

ninguna duda, Dios sigue activo en enviar a sus siervos.

Esto quiere decir que existe una sola posible ruptura en esta progresión: cuando los siervos de Dios no predican el evangelio a todos los pueblos.

Nosotros somos el plan de Dios y no hay plan B.

Por supuesto, Dios tiene poder para escribir el evangelio en las nubes, de modo que toda la gente se entere de Jesús y crea en Él. Sin embargo, en su infinita sabiduría, no escogió esta vía. En cambio, ha preferido usarnos a nosotros como embajadores que llevemos el evangelio a la gente que nunca ha oído hablar de Jesús.

Hoy en día, se cuentan muchas historias de cómo Dios revela a Cristo en sueños y visiones alrededor del mundo a la gente que nunca ha oído de Jesús. Por consiguiente, muchos cristianos han comenzado a acariciar la esperanza de que Dios use otras maneras de hacer conocer el evangelio a los pueblos que nunca han oído de Jesús. Así y todo, debemos recordar algo. No existe un versículo en el libro de los Hechos donde el evangelio avance a los perdidos por otro medio que no sea un agente humano. Se podría indicar la visión que tuvo Cornelio. Sin embargo, Dios llamó a Pedro para que subiera y fuera a Cornelio, y le ayudara a comprender su visión, de modo que aceptara el evangelio[16]. Sin duda, Dios ha decidido usar a la iglesia, y solo a la iglesia, como medio para que este evangelio llegue a los confines de la tierra.

NO HAY TIEMPO QUE PERDER

Entonces, esta es la respuesta a nuestra pregunta de lo que le sucede a la gente que nunca ha oído de Jesús. Todos conocen a Dios y todos lo rechazan. Todos son culpables ante Dios y todos están condenados por rechazarlo. Dios ha creado un medio de salvación para los perdidos y la gente no puede venir a Dios separada de la fe en Cristo. Como resultado, Cristo le ordena a la iglesia que les dé a conocer el evangelio a todos los pueblos.

Si esto es verdad, las consecuencias para nuestras vidas son enormes. Si en la actualidad hay más de mil millones de personas que se dirigen a una eternidad sin Cristo y que ni siquiera han oído el evangelio, no tenemos tiempo para perder nuestra vida en un sueño americano. No si a todos se nos ha ordenado llevarle el evangelio a esta gente. La tendencia en nuestra

cultura es sentarse a debatir esta pregunta, pero nuestra meta, al final, no es tratar de encontrar una respuesta; nuestro objetivo es responder llevando la solución.

Más de cinco mil grupos étnicos, que suman alrededor de mil quinientos millones de personas, están clasificados como «no alcanzados» o «no comprometidos». «No alcanzados» significa que determinado grupo étnico no tiene una comunidad indígena de cristianos evangélicos con números y recursos adecuados para esparcir el evangelio dentro de ese grupo étnico. «No comprometido» significa que ninguna iglesia ni organización está trabajando de manera activa dentro de ese grupo a fin de esparcir el evangelio. En otras palabras, para estos mil quinientos millones de personas no alcanzadas y no comprometidas, casi cada individuo nace, vive y muere sin haber oído el evangelio. Y lo que es peor aun, nadie está haciendo nada para cambiar su situación. Nadie.

Hace poco, uno de mis buenos amigos pasó algún tiempo entre los pueblos no alcanzados y no comprometidos al sudeste de Asia. Mientras conversaba con los aldeanos en una zona remota, trató de descubrir sus creencias fundamentales. Les preguntó:

—¿Cómo nos crearon? —les preguntó.

—No sabemos —le respondieron.

—¿Quién envía la lluvia para las cosechas? —les preguntó.

—Tampoco lo sabemos —le respondieron.

—¿Qué sucede cuando morimos? —les preguntó después.

—Todavía nadie ha regresado de la muerte para decírnoslo

—le contestaron una vez que lo pensaron.

Poco después, se volvió a encontrar en una aldea remota donde la gente nunca había oído el evangelio. Eran amables y hospitalarios, y lo invitaron a beber algo con ellos. Un hombre entró a su pequeño negocio y apareció momentos después con una clásica lata roja de Coca-Cola. Mi amigo se sintió sorprendido ante esta realidad. Una compañía de bebidas sin alcohol de Atlanta había hecho un mejor trabajo al llevarle esta bebida basada en cola a este pueblo, de lo que lo había hecho la iglesia de Jesucristo para llevarles el evangelio.

Piensa en tan solo uno de estos grupos no alcanzados. Los beduinos de Argelia llegan a la elevada cifra de un millón cuatrocientos mil. Viven en tiendas cubiertas con pelo de cabra. Tienen poca comida y casi siempre viven en condiciones insalubres. El cien por cien de ellos es musulmán. No hay cristianos. No hay iglesias. No hay misioneros. No hay evangelio. No hay Jesús. Mientras tanto, Dios nos ha salvado a ti y a mí por su gracia. No solo nos ha dado conocimiento sobre Cristo, sino que también nos ha dado la presencia de Cristo y la promesa de que Él nos proporcionará todo lo que necesitamos para llevarles el evangelio. Ahora bien, imagina lo que sería mirarle a los ojos a uno de estos beduinos y presentarles por primera vez la persona de Cristo.

Esta es una causa por la que vale la pena vivir. Es una causa por la que vale la pena morir. Es una causa por la que vale la pena movilizarse con urgencia. Tenemos el evangelio de Cristo en nosotros y no hay tiempo que perder. Algunos se preguntan si no es injusto de parte de Dios permitir que tantos no tengan conocimiento del evangelio. Sin embargo, no es injusticia de Dios. La injusticia es que los cristianos que conocen el evangelio se nieguen a dar sus vidas por darlo a conocer entre los que todavía no han oído. Eso es injusto.

Me resulta interesante que una de las preguntas más comunes que se hacen los cristianos hoy es: «¿Cuál es la voluntad de Dios para mi vida?» o «¿Cómo descubro la voluntad de Dios para mi vida?». Muchos cristianos casi se han conformado con pensar que obedecerían a Dios si tan solo Él les mostrara lo que quiere que hagan.

Tengo buenas noticias para darle a esta cultura cristiana que pregunta: «¿Cómo encuentro la voluntad de Dios para mi vida?». Su voluntad no se ha perdido.

Con un millón cuatrocientos mil beduinos en Argelia que nunca han escuchado el evangelio, tiene poco sentido que nos sentemos aquí y nos preguntemos: «Dios, ¿qué quieres que haga?». La respuesta es clara. La voluntad de Dios es que tú y yo demos nuestras vidas con urgencia y de manera temeraria para dar a conocer el evangelio y la gloria de Dios a todos los pueblos, en particular a los que ni siquiera han oído hablar de Jesús.

Por lo tanto, la pregunta no es: «¿Podemos descubrir la voluntad de

Dios?», sino: «¿Obedeceremos la voluntad de Dios?».

¿Nos negaremos a cruzarnos de brazos para esperar que descienda alguna sensación de cosquilleo por nuestra espalda antes de levantarnos para hacer lo que ya se nos ha ordenado?

¿Lo arriesgaremos todo, nuestra comodidad, nuestras posesiones, nuestra seguridad, nuestras propias vidas, a fin de dar a conocer el evangelio entre estos pueblos no alcanzados?

Estas acciones de levantarnos y de arriesgarnos son los resultados inevitables y urgentes de una vida que está entregada de manera radical a Jesús.

Capítulo ocho



Vivir cuando morir es ganancia

El riesgo y la recompensa de la vida radical

Entre las muchas facetas del sueño americano que contradicen la esencia del evangelio, uno de los ideales que los estadounidenses hemos adoptado coincide de forma sutil con las palabras de Cristo. En el momento en que James Adams acuñaba la frase «sueño americano», Franklin Roosevelt enfatizaba cómo los estadounidenses pospondrían la gratificación inmediata y hasta soportarían sacrificios difíciles si estaban convencidos de que su futuro sería mejor que el pasado. Los estadounidenses estaremos dispuestos a correr grandes riesgos, dijo, si creemos que se lograrán grandes recompensas.

Con palabras similares, Jesús les dijo a sus seguidores: «El que encuentre su vida, la perderá, y el que la pierda por mi causa, la encontrará»[1]. Sin duda, Jesús admitió que seguirlo implicaba arriesgar la seguridad y la satisfacción que hemos encontrado en este mundo. Sin embargo, también dijo que seguirlo llevaría a una recompensa radical que este mundo no puede ofrecer jamás. Esto exige que cada uno de nosotros nos preguntemos: ¿creemos que la recompensa que se encuentra en Jesús vale el riesgo de seguirlo?

VAYAN A LA NECESIDAD

El desafío de Jesús a que perdamos la vida se encuentra al final de un alarmante discurso que les dio a los discípulos, como se nos narra en Mateo 10. Al mandarlos al mundo, Jesús les señaló los riesgos que deberían

correr al seguirlo a Él.

Les dijo que estarían rodeados de gran necesidad. ¿Cuáles fueron sus instrucciones? «Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien de su enfermedad a los que tienen lepra, expulsen a los demonios»[2]. Imagina la clase de gente con la que se encontrarían los discípulos. Los enfermos, los moribundos, los rechazados y los peligrosos. No era exactamente el grupo más atractivo con el que uno se pudiera juntar.

Algunos miembros de nuestra familia de fe fueron hace poco al sur de África a fin de proveer una clínica médica en varias comunidades empobrecidas. Al llegar al país, les secuestraron uno de sus vehículos. Al conductor lo golpearon con la cacha de la pistola y lo arrojaron al maletero de otro auto mientras los asaltantes escapaban con la mayor parte del equipaje de nuestro equipo. Por la gracia de Dios, no hirieron a nadie más y el conductor se recuperó.

El equipo sabía que el viaje era arriesgado, aunque de ningún modo tenían planes de que los secuestraran. En cambio, habían considerado el riesgo que correrían en las clínicas médicas que proporcionarían. Sabían que trabajarían con muchísimos pacientes infectados de VIH, el virus que produce el SIDA. Habían conversado sobre todas las precauciones que debían tomar, pero sabían que nadie podía garantizarles que no se pincharían por accidente con una aguja.

Una vez que se establecieron, comenzaron a brindar atención médica. Todos los días, las clínicas estaban atestadas de hombres y mujeres con necesidades en su salud, que viajaban kilómetros para recibir atención médica. Como se esperaba, muchos de los pacientes estaban infectados con VIH y a los pocos días de comenzado el viaje, sucedió.

Uno de los miembros de nuestra familia de fe estaba atendiendo a una mujer infectada con VIH y, por accidente, se pinchó con la aguja que había estado usando. Como si esto fuera poco, lo mismo le sucedió a un segundo miembro del equipo horas después.

Los dos eran conscientes de la gravedad de lo que había sucedido. Era posible que uno de ellos, o ambos, pudiera tener VIH a esta altura. Era posible que sus vidas, de repente, hubieran cambiado de una manera muy seria. Y todo esto hace que sus respuestas sean aun más sorprendentes. «Estamos contentos de que nos haya sucedido a nosotros y no a algún otro»,

dijeron ambos. «Y si Dios ha usado estas clínicas para llevar a alguien a Cristo, valía la pena».

Cuando el grupo regresó, nuestro colega que vive en África nos escribió un correo electrónico. Nos contó: «Cuando ustedes regresaron, la comunidad quedó alborotada por la clínica y por lo mucho que había significado para ellos que el Señor viera sus necesidades y los enviara a ustedes. Cuando se fueron, la comunidad comenzó a darle gracias al Señor y mucha gente vino a Cristo. ¿Acaso no es bueno Dios?».

Sí, Él es bueno. Es bueno aun cuando nos llama a ti y a mí a lugares sucios y plagados de enfermedades. Es bueno aun cuando es posible que terminemos contrayendo las enfermedades de la gente a la que vamos a servir. Es bueno porque nos ha provisto para nuestra necesidad más profunda y ahora nos usa para mostrar su gloria y para hacer correr su evangelio en los lugares de mayor necesidad en el mundo.

VAYAN AL PELIGRO

Imagino la expresión en el rostro de los discípulos cuando salieron las siguientes palabras de la boca de Jesús: «Los envío como ovejas en medio de lobos»[3]. Las ovejas se encuentran entre los animales domésticos más indefensos. También se encuentran entre los animales más tontos. Cualquier ruido inofensivo puede ponerlas frenéticas, y cuando se enfrentan al peligro, no tienen mecanismo de defensa. Lo único que pueden hacer es correr y, desafortunadamente, son lentas. Como resultado, lo más tonto que puede hacer una oveja es andar en medio de un grupo de lobos. Entonces, ¿por qué habría de decirles Jesús, el buen pastor (Juan 10:11), el gran Pastor (Hebreos 13:20) a sus ovejas que anduvieran entre los lobos?

En ese momento (y, por inferencia, a ti y a mí ahora), Jesús les dijo a sus discípulos: «Los envío a lugares peligrosos, donde se encontrarán en medio de personas malas y feroces. Además, estarán allí por mi designio». También les dijo: «Vayan donde hay gran peligro y dejen que se diga de ustedes lo que se diría de ovejas que andan en medio de los lobos. "¡Están locos! ¡No tienen idea! ¡No saben en qué clase de peligro se están metiendo!" Esto es lo que quiere decir ser mi discípulo».

Nosotros no pensamos de esa manera. Algunas de nuestras frases favoritas expresan algo así: «El lugar más seguro para estar es el centro de

la voluntad de Dios». Pensamos: *Si es peligroso, Dios no debe estar allí. Si es arriesgado, si es inseguro, si es costoso, no debe ser la voluntad de Dios*. Sin embargo, ¿qué sucedería si estos factores fueran en realidad el criterio mediante el cual determinamos que algo *es* la voluntad de Dios? ¿Qué sucedería si comenzáramos a ver el designio de Dios como la opción más peligrosa que tenemos ante nosotros? ¿Qué sucedería si el centro de la voluntad de Dios es, en realidad, el lugar más inseguro para nosotros?

Me encontré con un hermano cristiano de la tribu batak, de Sumatra del norte, en Indonesia. Me contó la historia de cómo su tribu había llegado a conocer a Cristo. Años atrás, una pareja de misioneros vino a su aldea a hablar del evangelio. La tribu era musulmana en su totalidad. Díganme si no eran como ovejas en medio de lobos. Los líderes de la tribu capturaron a esta pareja de misioneros, los asesinaron y se los comieron.

Años después, otro misionero llegó a la tribu y una vez más comenzó a hablar del evangelio. Los líderes de la tribu reconocieron que la historia que contaba era exactamente la que había contado la pareja anterior. Esta vez, decidieron escuchar. Una vez que escucharon, creyeron. Al poco tiempo, toda la tribu se había convertido a Cristo. Este creyente me contó que hoy en día hay más de tres millones de cristianos entre la tribu batak del norte de Sumatra.

Cuando oí esta historia por primera vez, la pregunta inmediata que me vino a la mente fue: *¿Estaría dispuesto a que mi esposa y yo fuéramos esa primera pareja misionera? ¿Estaría dispuesto a que me asesinaran y me comieran para que los que vengan después de mí vean cómo esa gente viene a Cristo?*

Este es el estilo de pregunta que nos plantea Mateo 10 a cada uno de nosotros. ¿Estamos dispuestos, como lo estaban los primeros discípulos, a ser los primeros que vayamos al peligro y, tal vez, a la muerte para que quienes vengan detrás de nosotros experimenten el fruto de nuestro sacrificio? ¿Y si ese sacrificio es exactamente lo que se necesita para que muchos de los pueblos no alcanzados en el mundo que hoy son hostiles al evangelio, un día puedan rendir sus corazones a Jesús?

TRAICIONADOS, ODIADOS Y PERSEGUIDOS

Jesús siguió diciéndoles a sus discípulos que los traicionarían. «El hermano

entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo. Los hijos se rebelarán contra sus padres y harán que los maten»[4]. Esta no era una manera muy alentadora de enviar a los discípulos. Los miembros de la familia podían ponérseles en contra y los amigos podían terminar convirtiéndose en sus peores enemigos.

No es fácil olvidar el testimonio de Sahil. Él y su esposa crecieron en hogares musulmanes en India. Ella se entregó a Cristo y, luego, le presentó a Cristo a Sahil. Sin embargo, en cuanto sus familias descubrieron que se habían vuelto cristianos, los obligaron a huir de la comunidad a riesgo de sus vidas.

En los años siguientes, crecieron en Cristo y creció su deseo de que su familia conociera al Señor. Poco a poco, comenzaron a iniciar un nuevo contacto con los miembros de la familia que amaban. Y poco a poco, los miembros de su familia comenzaron a responder. Con el tiempo, recibieron de vuelta a Sahil y a su esposa en la comunidad, y a juzgar por las apariencias, todo iba bien.

Entonces un día, Sahil dejó a su esposa para que comiera con su familia mientras él iba a estar con la suya. Su esposa se sentó a la mesa con su familia y comenzó a beber y a comer. A los pocos minutos, estaba muerta. Sus propios padres la habían envenenado.

Te traicionarán.

Te traicionarán y odiarán. «Por causa de mi nombre todo el mundo los odiará»[5]. Ahora bien, es evidente que «todo el mundo» no significa que te odiará cada persona sobre la tierra. Aun así, el cuadro está claro. Ya sea tu familia, el gobierno, la institución religiosa o algún otro te odiarán.

Una vez más, no pensamos así. «Si nos parecemos cada vez más a Jesús, el mundo nos amará», decimos. La realidad es que si en verdad nos parecemos más a Jesús, el mundo nos odiará. ¿Por qué? Porque el mundo lo odió a Él.

A continuación, Jesús dijo: «Cuando los persigan en una ciudad, huyan a otra»[6]. No dijo *si* los persiguen, sino *cuando* los persigan. Por si pensábamos que esto se refería solo a los discípulos inmediatos de Jesús, Pablo nos dice más tarde: «Así mismo serán perseguidos *todos* los que quieran llevar una vida piadosa en Cristo Jesús»[7].

Sabemos que nos traicionarán, odiarán y perseguirán porque a Jesús mismo lo traicionaron, odiaron y persiguieron. Cuanto más se parezca nuestra vida a la de Él, más recibiremos lo que Él recibió en este mundo. Por eso Jesús dijo: «El discípulo no es superior a su maestro, ni el siervo superior a su amo […] Si al jefe de la casa lo han llamado Beelzebú, ¡cuánto más a los de su familia!»[8].

Esta es la inevitable conclusión de Mateo 10. Todo el que quiera una vida segura, sin problemas, libre de peligro, manténgase alejado de Jesús. El peligro en nuestra vida siempre aumentará en proporción a la profundidad de nuestra relación con Cristo.

Tal vez por esto nos crucemos de brazos y nos conformemos con una relación informal con Cristo y una rutina religiosa en la iglesia. Si nos mantenemos allí, estamos seguros y el mundo nos quiere. El mundo nos quiere cuando perseguimos todo lo que persiguen ellos, aun cuando le pongamos una etiqueta cristiana. Siempre y cuando el cristianismo se parezca al sueño americano, tendremos pocos problemas en este mundo.

En cambio, si nos identificamos con Cristo, perderemos mucho en este mundo. Jesús dijo esto de sí mismo: «El discípulo no está por encima de su maestro, pero todo el que haya completado su aprendizaje, a lo sumo llega al nivel de su maestro»[9]. Estas palabras deberían asustarnos. Deberían asustarnos porque se burló de nuestro Maestro, lo golpeó, lo flageló, lo escupió y lo clavó en la cruz. ¿De verdad queremos ser como Él?

Fíjate en lo que Pablo le dijo a la iglesia: «Porque a ustedes se les ha concedido no sólo creer en Cristo, sino también sufrir por él»[10]. Esto nos deja pasmados. En esencia, Pablo dijo: «Cristo les ha dado el regalo del sufrimiento. Vengan a Cristo y reciban un gran regalo: sufrimiento». Esta no es la típica invitación evangelizadora que haces. Inclinen sus cabezas, cierren los ojos, oren para recibir a Cristo y recibirán sufrimiento. Hasta parece como si Pablo estuviera bromeando.

Sin embargo, no es broma.

Es el cristianismo.

Es la historia cristiana. Persecución y sufrimiento como los que vemos hoy en día en el Oriente Medio, Asia y África han marcado a los seguidores de Cristo desde el comienzo de la iglesia. En los casi trescientos años antes

de que Constantino legalizara el cristianismo, los seguidores de Cristo se enfrentaron a terribles persecuciones. Durante diez generaciones, los cristianos cavaron casi mil kilómetros de catacumbas debajo y alrededor de la ciudad de Roma. Las catacumbas eran tumbas subterráneas donde los cristianos se reunían en secreto para celebrar los cultos. A miles y miles de ellos los enterraron allí como resultado de la intensa persecución.

Los arqueólogos que han explorado las catacumbas han descubierto una inscripción común en todas ellas. La inscripción era la palabra griega *ichtus*, que se usaba como un acróstico para «Jesús Cristo, Hijo de Dios, el Salvador». Puedes reconocer esta señal, porque ahora este símbolo del pescado se encuentra en muchos autos que pertenecen a cristianos. Qué lejos hemos llegado cuando pegamos este símbolo, que se identificaba con los hermanos martirizados del primer siglo, en la parte trasera de nuestros vehículos utilitarios, deportivos y de nuestros lujosos sedanes en el siglo XXI.

¿TRANSPORTE DE TROPAS O CRUCERO DE LUJO?

El lenguaje de Mateo 10 muestra a Jesús como un comandante militar que envía a sus soldados a una misión. Llamó a sus discípulos y los envió después. A la luz de las necesidades que tenían ante sí y al peligro que los rodeaba, los discípulos sabían que entraban a la batalla.

Al final de la década de 1940, el gobierno de los Estados Unidos le encomendó a William Francis Gibbs que trabajara con las compañías navieras del país a fin de construir un transportador de tropas de la marina que costaría ochenta millones de dólares. El propósito era diseñar un barco que pudiera llevar con rapidez quince mil tropas durante tiempos de guerra. Para 1952, se había completado la construcción del *SS United States*. Este barco podía viajar a cuarenta y cuatro nudos (unos ochenta y dos kilómetros por hora) y podía recorrer dieciséis mil kilómetros sin detenerse para cargar combustible ni provisiones. Podía superar en velocidad a cualquier otro barco y viajar sin parar a cualquier parte del mundo en menos de diez días. El *SS United States* era el transportador de tropas más rápido y confiable del mundo.

El único problema es que nunca transportó tropas. Al menos, no lo hizo en ninguna misión oficial. Una vez, el barco se puso en estado de alerta durante la crisis de los misiles en Cuba en 1962, pero más allá de eso,

nunca la marina de los Estados Unidos lo usó con toda su capacidad.

En cambio, el *SS United States* se convirtió en un lujoso crucero para presidentes, jefes de estado y otras celebridades que viajaron en él durante sus diecisiete años de servicio. Como crucero de lujo, no pudo llevar a quince mil personas. En cambio, solo pudo albergar a menos de dos mil pasajeros. Estos pasajeros pudieron disfrutar de los lujos de seiscientos noventa y cinco camarotes, cuatro comedores, tres bares, dos teatros, veinte mil metros cuadrados de cubierta abierta con una piscina climatizada, diecinueve ascensores y el confort del primer barco de pasajeros del mundo completamente equipado con aire acondicionado. En lugar de ser un barco utilizado para la batalla durante tiempos de guerra, el *SS United States* se convirtió en un medio para llevar placeres irrestrictos a usuarios ricos que deseaban navegar de manera pacífica a través del Atlántico.

Las cosas son radicalmente diferentes en un crucero de lujo que en un transportador de tropas. Las caras de los soldados preparándose para la batalla y las de esos usuarios disfrutando de sus bombones son diferentes de forma radical. La conservación de los recursos en un transportador de tropas contrasta de manera drástica con la opulencia que caracteriza a un crucero de lujo. Y el ritmo al que se mueve el transportador de tropas es, por necesidad, mucho más veloz que el de un crucero de lujo. Después de todo, el transportador de tropas tiene una tarea urgente que cumplir; el crucero de lujo, por otra parte, tiene la libertad de disfrutar el viaje de manera despreocupada.

Cuando pienso en la historia del *SS United States,* me pregunto si tiene algo que enseñarnos sobre la historia de la iglesia. La iglesia, al igual que este barco, la diseñaron para la batalla. El propósito de la iglesia es movilizar a la gente para que cumpla una misión. Sin embargo, parece que hemos convertido a la iglesia en un crucero de lujo en vez de un transportador de tropas. Parece que nos hemos organizado, no para entrar en la batalla por las almas de las personas alrededor del mundo, sino para darnos todos los gustos que ofrecen las pacíficas comodidades del mundo. Esto hace que me pregunte qué sucedería si miráramos de frente a un mundo con cuatro mil quinientos millones de personas que se van al infierno y veintiséis mil niños que mueren todos los días de inanición y de enfermedades previsibles, y decidiéramos que ya es hora de llevar este barco a la batalla, en lugar de cruzarnos de brazos en la cubierta con

piscina mientras esperamos que el personal nos sirva más entremeses.

¿Estamos dispuestos a obedecer las órdenes de Cristo? ¿Estamos dispuestos a ser como Él? ¿Estamos dispuestos a arriesgar nuestra vida, a pasar gran necesidad y a correr gran peligro, ya sea en las ciudades que nos rodean, con el vecino difícil que tenemos en la acera de enfrente, en las comunidades plagadas de enfermedades de África o en las hostiles regiones del Oriente Medio? ¿Estamos dispuestos a cambiar, en esencia, nuestra comprensión del cristianismo como crucero de lujo que procura más comodidades en el mundo, a fin de verlo como un transportador de tropas que abandona las comodidades del mundo para realizar una tarea con significado eterno y alcanzar una recompensa que satisfará por la eternidad?

UNA RECOMPENSA MAYOR

Aquí es donde Cristo se desvía por completo del sueño americano. Es verdad que Él nos promete una gran recompensa, pero su recompensa es muy diferente de lo que podríamos esperar. La recompensa del sueño americano es seguridad y éxito que se encuentran en mayor confort, mejores equipamientos y mayor prosperidad. Sin embargo, la recompensa de Cristo supera todas estas cosas y nos llama a una vida de seguridad y satisfacción eternas que sobrepasa en gran medida todo lo que nos pueda ofrecer este mundo.

A continuación del humilde llamado de Jesús a sus discípulos para que fueran a la gran necesidad y al gran peligro, dio promesas abrumadoras de su amor y su cuidado de ellos. Tres veces les dice: «No teman»[11].

¿Cómo es posible que las ovejas que van en medio de los lobos no tengan miedo? ¿Cómo pudo decir Jesús que a sus discípulos los traicionarían, los odiarían y los perseguirían, pero que no debían tener temor?

SU SOBERANÍA, NUESTRA SEGURIDAD

Jesús les recordó a sus discípulos que su seguridad no se encontraba en las comodidades de este mundo, sino en el control de un Dios soberano sobre este mundo. Él les preguntó: «¿No se venden dos gorriones por una monedita? Sin embargo, ni uno de ellos caerá a tierra sin que lo permita el Padre»[12]. Podemos descansar confiados en que nada nos sucederá en este mundo que se escape de la buena voluntad de un Dios soberano. Nada.

Esto es lo que me encanta de Esteban en el libro de los Hechos. De acuerdo con la Escritura, fue el primer mártir cristiano. Tal como leemos en Hechos 7, lo apedreó el concilio religioso del Sanedrín, un cuadro notable de lo que significa compartir los sufrimientos de Cristo[13]. Con todo, lo que es aun más notable en esta historia es lo que sucedió como resultado de la muerte de Esteban. Lucas escribió: «Aquel día se desató una gran persecución contra la iglesia en Jerusalén, y todos, excepto los apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y Samaria». A continuación, escribe tres versículos más adelante: «Los que se habían dispersado predicaban la palabra por dondequiera que iban»[14]. En otras palabras, como resultado de los sufrimientos y de la muerte de Esteban, la iglesia se multiplicó a través de toda Judea y Samaria.¿Puedes ver lo que estaba sucediendo? La estrategia de Satanás de detener al pueblo de Dios a través del apedreamiento de Esteban solo sirvió para lograr el propósito divino al esparcir a la iglesia.

Este es el testimonio de toda la Escritura. Desde la historia de Job hasta la descripción de Pablo de cómo Satanás atacó su vida en 2 Corintios 12, vemos cómo el diablo no solo actúa dentro del soberano permiso de Dios, sino que también termina cumpliendo con los propósitos soberanos del Señor. Por cierto, de esto nos habla la cruz. La estrategia de Satanás para derrotar al Hijo de Dios solo sirvió para proporcionarles salvación a los pecadores.

No tenemos nada que temer, porque Dios es soberano.

SU AMOR, NUESTRA SEGURIDAD

La recompensa de Cristo también implica una mayor seguridad de lo que el mundo puede proporcionar jamás. Después de hablar sobre los gorriones en Mateo 10, Jesús les recordó a sus discípulos cuánto los amaba. En sus propias palabras: «Cada cabello de su cabeza está contado. Así que no tengan miedo; para Dios ustedes son más valiosos que toda una bandada de gorriones»[15]. Jesús conoce todos los detalles de nuestra vida y se preocupa de manera profunda por nosotros. Esta es la segunda razón por la que no tenemos nada que temer.

Hace algunas semanas, enviamos a una familia de nuestra iglesia a un país empobrecido en el extranjero. Varios meses antes, Craig y Amy me

habían contado que tenían el deseo de vender su casa en Birmingham y llevar a sus tres hijos a otra parte del mundo donde pudieran glorificar mejor a Dios. Mientras conversábamos, los alenté a que perseveraran. Podía anticipar que vendrían tiempos difíciles. Un par de meses después de esa reunión inicial, nos encontramos otra vez y Craig me contó que habían tenido muchos obstáculos. Desde la última vez que habíamos hablado, una de las abuelas había muerto, a uno de sus hermanos lo habían tenido que ingresar de urgencia con un accidente cerebro vascular, los habían asaltado y habían tenido un choque con el auto.

Para colmo, habían tenido que lidiar con varios problemas en la salud de Amy. Esto amenazaba con limitar su posibilidad de viajar, porque era probable que por su salud, Amy tuviera que vivir en una clase especial de clima que fuera más propicio. Con lágrimas en los ojos, Craig y Amy me contaron cómo Dios había guiado sus corazones a un país en particular. Cuando fueron al médico para pedirle su opinión sobre cómo le iría a Amy en ese clima, él les dijo que le haría incluso mejor que el clima en los Estados Unidos.

Con seguridad, Dios conoce cada detalle de nuestras vidas, y cuando avanzamos en fe para seguirlo, nos mostrará que nuestra mayor seguridad no se encuentra en las comodidades que podemos fabricar en este mundo, sino en la fiel provisión del único que conoce nuestras necesidades y el único que puede satisfacerlas en todos los sentidos.

SU PRESENCIA, NUESTRA SATISFACCIÓN

De todas las declaraciones asombrosas que Jesús hace en Mateo 10, esta debe ser la más sobresaliente y la más importante: «No teman a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma. Teman más bien al que puede destruir alma y cuerpo en el infierno»[16]. A decir verdad, esta parece una manera extraña de alentar a los discípulos que estaban arriesgando sus vidas en obediencia a Él. Lo que Jesús les decía a ellos, y nos dice a nosotros, es que debemos temer a Dios y no a la gente. Dios es el Juez supremo y nuestra eternidad está en sus manos. La gente no tiene ese poder, así que no debemos temerle.

Permíteme parafrasear lo que Jesús dice aquí de modo que nos ayude a sentir el peso de sus palabras. A los discípulos que se enfrentarían a persecuciones y sufrimientos ciertos, Jesús les dijo: «No tengan temor de la

gente. Lo peor que pueden hacer es matarlos».

¿Qué clase de aliento es ese?

Nosotros decimos: «Bueno, si voy a ese lugar, podrían matarme».

Y Jesús responde: «¿Eso es todo?».

No debemos tener temor de ir a ninguna parte en este mundo, porque lo peor que nos puede suceder es que nos maten. ¡Y se supone que esto deba traernos consuelo!

La única manera en que esto puede consolarnos es si ya hemos muerto con Cristo. La única manera en que puede alentarnos es si estamos tan concentrados en un Dios eterno que los seres humanos pasajeros no nos causan temor. Según las palabras de Pablo: «Porque para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia»[17]. A las claras, la única manera en que la muerte puede ser una recompensa es si morir es una ganancia en realidad.

NO AMARON SUS VIDAS

La historia de la iglesia está repleta de historias de hombres y mujeres que, como dice Apocalipsis, «no valoraron tanto su vida como para evitar la muerte»[18].

John Paton (1824-1907) es poco conocido entre los cristianos de hoy. Trabajó durante diez años como pastor en una creciente iglesia de Escocia, pero Dios comenzó a poner carga en su corazón por las Nuevas Hébridas, un grupo de islas en el Pacífico llenas de pueblos caníbales sin conocimiento alguno del evangelio.

Puso su corazón en una isla en particular. Veinte años antes, dos misioneros fueron a esa isla. Los mataron y se los comieron. Entonces, como es de suponer, muchos trataron de disuadir a Paton de la simple idea de seguir los pasos de esos misioneros. Paton escribió: «Entre los muchos que procuraban disuadirme, había un querido anciano cristiano, cuyo argumento culminante siempre era: "¡Los caníbales! ¡Los caníbales te comerán!».

John Paton le respondió a este hombre: «Mr. Dickson, usted está entrado en años ahora, y las probabilidades que tiene es que pronto va a yacer en la tumba y allí se lo coman los gusanos. Le confieso que si puedo vivir y morir

honrando al Señor Jesús, no me importará si me comen los caníbales o los gusanos; y en el gran día, mi cuerpo resucitado se levantará tan bello como el suyo a semejanza de nuestro Redentor resucitado».

El anciano salió de la habitación mientras exclamaba: «¡Después de eso, no tengo nada más que decir!»[19].

A los treinta y tres años, John Paton viajó a las Nuevas Hébridas con su esposa. El viaje no fue fácil. Su esposa y su hijo recién nacido murieron a los pocos meses de haber llegado, y se encontró solo, cavando las tumbas con sus propias manos. Enfrentó una amenaza tras otra, pero en los años siguientes, innumerables caníbales en todas las Nuevas Hébridas llegaron a conocer la paz de Cristo, y la iglesia en Australia, Escocia y el mundo occidental se vio desafiada a levantarse y dar a conocer el evangelio entre los pueblos que son más difíciles de alcanzar.

Jim Elliot (1927-56) tiene una historia similar, aunque su vida terminó de manera muy distinta. Elliot estaba convencido de que Dios lo guiaba a los indios huaorani, una tribu conocida por asesinar a cualquier intruso que tratara de acercarse a ellos. Nunca habían oído el evangelio y Elliot se encontró con que un grupo de otros hombres que creían que era su responsabilidad llevarles el evangelio, lo quisieron acompañar. Elliot era un predicador dotado y muchos en la iglesia trataron de disuadirlo de ir. Le decían que era demasiado arriesgado.

Elliot escribió en su diario: «Con seguridad, los que conocen el gran corazón apasionado de Jehová deben negar sus propios amores para expresar el de Él». Continuó diciendo:

> Considera el llamado del Trono, «Ve», y del que te rodea: «Ven y ayúdanos», e incluso el llamado de las almas condenadas: «Envía a Lázaro a mis hermanos, para que no vengan a este lugar». Impulsado, entonces, por estas voces, no me atrevo a quedarme en casa mientras los quechuas perecen. ¿Y si la iglesia bien alimentada en la madre patria necesita que la sacudan? Tienen las Escrituras, tienen a Moisés, a los profetas y mucho más. Su condenación está escrita en sus chequeras y en el polvo que duerme sobre las cubiertas de sus Biblias. Los creyentes estadounidenses le han vendido el alma a Mamón, y Dios sabe

cómo tratar con los que sucumben al espíritu de Laodicea[20].

El 8 de enero de 1956, Elliot y sus cuatro compañeros se encontraron con miembros de los huaorani en una cabeza de playa que habían establecido. Los recibieron con lanzas y todos los hombres murieron ese día a manos de los hombres de la tribu. ¿Elliot debería haber escuchado a los que le decían que no corriera semejante riesgo? Júzgalo tú. En los días siguientes, la esposa de Elliot, Elisabeth, sería una de las que llevaría a Cristo a los mismos hombres que asesinaron a su esposo, y desde ese día, la paz de Cristo ha venido a reinar en esa tribu.

Considera un ejemplo más. Pocos cristianos conocen a C.T. Studd (1860-1931), un inglés adinerado que vendió todo lo que tenía para llevar el evangelio a las naciones. Su familia y varios obreros cristianos trataron de disuadirlo de ir al extranjero. Sin embargo, él se fue de todas formas, primero a China y después a la India. A los cincuenta años, decidió que la jubilación no era una opción para el cristiano, así que se fue a Sudán, donde pasó los años que le quedaban de vida. Su tumba se convirtió en la piedra fundamental de la Cruzada de Evangelización Mundial, que ha esparcido las semillas del evangelio en toda África, Asia y América del Sur.

Escucha cuál era la recompensa por la que vivía Studd, tal como lo expresan algunas de las últimas palabras que escribió antes de morir:

> ¡Hemos esperado demasiado tiempo a que el otro comience! ¡El tiempo de espera ha terminado! […] ¿De qué habríamos de temer hombres como nosotros? Ante todo el mundo, sí, ante el mundo dormido, tibio, incrédulo, de carácter flojo de los cristianos, debemos atrevernos a confiar en nuestro Dios […] y lo haremos con el gozo indecible que hace cantar nuestros corazones. Preferimos morir mil veces confiando solo en nuestro Dios que vivir confiando en el hombre. Y cuando llegamos a esta posición, la batalla ya está ganada y avistamos el final de la gloriosa campaña. Tendremos la verdadera santidad de Dios, no la enclenque charla, las débiles palabras y los pensamientos bonitos; tendremos una santidad masculina, una que tenga fe y obras osadas para la gloria de Jesucristo[21].

CUANDO LA MUERTE ES UNA RECOMPENSA, LA VIDA ES RADICAL

Tanto John Paton como Jim Elliot y C.T. Studd ilustran una verdad fundamental: te ves libre para vivir de manera radical cuando ves la muerte como una recompensa. Esta es la esencia de lo que enseñó Jesús en Mateo 10, y creo que es *la clave* para retirar la fe del sueño americano.

La clave es darse cuenta, y creer, que este mundo no es nuestro hogar. Si esperamos liberarnos alguna vez de los deseos mundanos, del pensamiento mundano, de los placeres mundanos, de los sueños mundanos, de los ideales mundanos, de los valores mundanos, de las ambiciones mundanas y de los elogios mundanos, debemos concentrar nuestras vidas en otro mundo. Aunque tú y yo vivamos en Estados Unidos ahora, debemos fijar nuestra atención en «una patria mejor, es decir, la celestial»[22]. Aunque tú y yo nos encontremos rodeados por la seducción de los placeres temporales, debemos sujetar nuestros afectos a aquel que nos promete un tesoro eterno que nunca se echará a perder o se arruinará. Si tu vida o mi vida quieren valer algo en esta tierra, debemos comenzar a concentrarnos en el cielo. Porque entonces, y solo entonces, seremos libres para correr riesgos radicales, sabiendo que nos aguarda una recompensa radical.

Genessa Wells era una joven recién salida de la universidad con todo el potencial del mundo. Con muchas oportunidades por delante, decidió ir al Oriente Medio a vivir entre los pueblos que nunca habían oído el evangelio. Antes de irse, Genessa les escribió a sus amigos: «Podría renunciar [a irme al extranjero], casarme y ser maestra de música. Todo esto es muy noble y, para ser sincera, ¡me gusta! Sin embargo, en mi corazón, quiero cambiar mi mundo más de lo que quiero un esposo y más de lo quiero el confort. Necesito […] hablarles a otros de Jesús».

Genessa comenzó a trabajar entre los egipcios, con los palestinos en los campos de refugiados en Jordania, con los musulmanes en Francia y con los beduinos en el desierto.

A continuación de todo esto, escribió: «A decir verdad, no quisiera estar en ningún otro lugar que no sea aquí, donde me ha puesto Dios. Él me da más de lo que puedo imaginar». Seis meses después, en el último correo electrónico que le envió a su familia, escribió: «Parece que todo lo que hacemos se resume en una sola cosa: Su gloria. Mi oración es para que toda

nuestra vida la refleje».

Dos semanas después de escribir estas palabras, Genessa Wells murió en un accidente de autobús en la oscuridad antes del amanecer del desierto de Sinaí en Egipto[23].

La mayoría de la gente en nuestra cultura ve esta historia como una tragedia. Una joven que pasa los últimos días de su vida en un remoto desierto egipcio, para terminar muriendo en un accidente de autobús. Piensa en todo el potencial que tenía. Piensa en todo lo que podría haber logrado. Piensa en todo lo que hubiera podido hacer si no hubiera ido allí.

La perspectiva de Cristo es muy distinta. Según Mateo 10, la historia de Genessa Wells no es una historia de tragedia, sino de recompensa. ¿Recompensa? ¿Cómo puede ser una recompensa que una joven muera en el desierto al otro lado del mundo? De la siguiente manera: En el instante en que Genessa Wells exhaló su último suspiro en el desierto de Sinaí en Egipto, la condujeron a la presencia de Cristo. Allí, vislumbró su gloria en una belleza increíble que ni tú ni yo podemos comenzar a comprender siquiera. ¿Y sabes dónde está Genessa Wells hoy? En el mismo lugar. ¿Sabes dónde estará Genessa Wells dentro de diez mil millones de años? En el mismo lugar, contemplando la gran gloria de su Dios y experimentando una recompensa que les llega a quienes creen que el vivir es Cristo y el morir es ganancia. Puedes estar seguro de que Genessa no lamenta haber perdido un segundo del sueño americano a la luz de la recompensa que experimenta ahora.

Recordemos que esta es la gran recompensa del evangelio: Dios mismo. Cuando arriesgamos la vida para correr detrás de Cristo, descubrimos la seguridad que se encuentra solo en su soberanía, la seguridad que se encuentra solo en su amor y la satisfacción que se encuentra solo en su presencia. Esta es la gran recompensa eterna y seríamos tontos si nos conformáramos con algo menor.

Cuando consideramos las promesas de Cristo, arriesgar todo lo que somos y todo lo que tenemos por amor a Él ya no es una cuestión de sacrificio. Solo es sentido común. Seguir a Cristo no es sacrificado, sino inteligente. Jim Elliot dijo una vez: «No es un tonto aquel que da lo que no puede retener, para ganar lo que no puede perder».

La obediencia radical a Cristo no es fácil, es peligrosa. No es navegar de

manera placentera a bordo de un crucero de lujo, es trabajo sacrificado a bordo de un transportador de tropas. No hay comodidad, no hay salud, no hay riqueza y no hay prosperidad en este mundo. La obediencia radical a Cristo implica arriesgarse a perder todas las cosas. Sin embargo, al final, tales riesgos encuentran su recompensa en Cristo. Y es más que suficiente para nosotros.

CAPÍTULO NUEVE



EL EXPERIMENTO RADICAL

UN AÑO DEDICADO A UNA VIDA PATAS ARRIBA

Experimento: Un curso de acción adoptado en condiciones controladas con el fin de poner a prueba un principio.

A lo largo de este libro, hemos explorado diversos principios osados respecto a nuestro propósito en la vida, que se encuentran en el evangelio y que contradice el sueño americano. Principios tales como: El verdadero éxito se encuentra en el sacrificio radical. La satisfacción suprema no se encuentra en conseguir mucho para nosotros, sino en hacer mucho para Dios. El propósito de nuestra vida trasciende el país y la cultura en que vivimos. El significado se encuentra en la comunidad, no en el individualismo; el gozo se encuentra en la generosidad, no en el materialismo; y la verdad se encuentra en Cristo, no en el universalismo. En definitiva, vale la pena arriesgarlo todo por conocer, experimentar y disfrutar esta recompensa que es Jesús.

Sin embargo, tales principios quedan en la teoría hasta que no se ponen a prueba. Esa es la razón para el experimento. Al poner a prueba un principio, descubres si es inútil o si es una realidad, y una vez que descubres la verdad de ese principio, es más probable que ajustes tu perspectiva, que reordenes tus pensamientos y que cambies tu vida según esa verdad. Tu vida quedará patas arriba o, en verdad, cabeza arriba.

Entonces, te desafío a que realices este experimento. Te desafío a que pongas a prueba los principios del evangelio, tal vez de una manera como

nunca antes lo hayas hecho. Te invito a que veas si la obediencia radical a los mandamientos de Cristo es más significativa, más satisfactoria y más gratificante que el sueño americano. Te garantizo que si completas este experimento, tendrás un deseo insaciable de gastar el resto de tu vida en una entrega radical a Cristo para su gloria en todo el mundo.

Lo llamamos el Experimento Radical.

UN AÑO

El experimento dura un año. Ahora bien, entiendo que esta línea del tiempo no coincide con la sabiduría convencional. Los filósofos contemporáneos que hablan del crecimiento de la iglesia me dicen en revistas, artículos, volantes y propagandas que para ser eficientes, debemos organizar todo lo que hacemos en segmentos no mayores de seis u ocho semanas. Los que asisten a las iglesias hoy en día quieren compromisos a corto plazo con beneficios a largo plazo.

Doy gracias que la historia cristiana no siempre ha operado basándose en esta filosofía. David Brainerd (1718-47) pasó años sufriendo de soledad, depresión y dolor antes de ver el avivamiento que Dios trajo entre los nativos estadounidenses en el noreste. William Carey (1761-1834) predicó el evangelio con constancia durante siete años antes de ver una persona salva en la India. John Hyde (1865-1912) se agotó al extremo a través de largas noches de oración y ayuno a fin de que la gente viniera a Cristo en uno de los campos misioneros más difíciles del mundo, el Panyab. Los ejemplos de Brainerd, Carey y Hyde deberían inspirarnos a preguntarnos: «¿Y si los beneficios a largo plazo están reservados para los compromisos a largo plazo?».

Hasta el mundo lo cree, de lo contrario, ¿para qué los que terminan la enseñanza secundaria comprometen, al menos, cuatro años y miles de dólares para obtener una educación superior? ¿Por cuál otra razón los estudiantes de abogacía y medicina sufren el trabajo agotador y los programas extenuantes? ¿Por cuál otra razón los músicos practican sus instrumentos día tras día o los atletas se entrenan año tras años en un deporte? Todo el tiempo, la gente asume compromisos a largo plazo debido al deseo de obtener beneficios a largo plazo. Apuesto a que puedes mirar atrás con satisfacción en el caso de más de un compromiso a largo plazo que has tomado.

Entonces, mi desafío es que uses un año de tu vida para cambiar de manera radical el resto. Sin embargo, creo que es importante mantener la concentración en un año, porque hay algunas cosas que puedes hacer durante ese tiempo y que no podrás sostener durante muchos años. Además, hay algunas cosas que puedes posponer durante un año que tal vez no puedas posponer en un período más largo. Por lo tanto, este desafío no es para siempre, es para un año y está compuesto de cinco elementos. Te desafío a que durante el siguiente año…

1. ores por todo el mundo;
2. leas toda la Palabra;
3. sacrifiques tu dinero con un propósito específico;
4. pases tiempo en otro contexto;
5. comprometas tu vida con una comunidad que se multiplique.

Creo… no, perdón, *sé*, que si te unes a estos desafíos durante todo un año, descubrirás que cobrarás vida como nunca antes. Conocerás la emoción incomparable de formar parte de lo que Dios quiere hacer donde tú vives y alrededor del mundo. Estarás listo para deshacerte para siempre de las partes sin valor alguno del sueño americano y aferrarte al hermoso y duradero sueño que Dios ha diseñado para ti.

Pasemos a esos cinco componentes que te llevarán a lograrlo.

ORA POR TODO EL MUNDO

Entiendo que a primera vista esto quizá parezca general, vago, ambiguo y hasta un poquito fuera del alcance. Tal vez pienses: *Como individuo, ¿puedo orar en verdad de manera específica y eficaz por todo el mundo?* Permíteme mostrarte a qué me refiero y por qué es tan importante.

En un mundo donde hay más de cuatro mil quinientos millones de personas sin Cristo y más de mil millones a punto de morir de hambre, tenemos que empezar por alguna parte. Entonces, ¿por dónde lo hacemos? Jesús nos responde esa pregunta. En Mateo 9, lo vemos rodeado de multitudes que lo conmueven porque «estaban agobiadas y desamparadas, como ovejas sin pastor». Entonces, se volvió a sus discípulos y les dijo: «La cosecha es abundante, pero son pocos los obreros. Pídanle, por tanto, al Señor de la cosecha que envíe obreros a su campo»[1].

¿Estas palabras te sorprenden? A mí sí… por dos motivos. En primer lugar, a la luz de todos los enfermos, pobres y necesitados que rodeaban a Jesús, hubiera esperado que comenzara de inmediato a darles órdenes a sus discípulos. «Pedro, tú ve a esa persona. Juan, ocúpate de ese hombre. Andrés, ayuda a esa mujer de allí». Sin embargo, eso no fue lo que dijo. Es verdad que, como hemos visto en Mateo 10, les dio las instrucciones que estudiamos en el capítulo anterior. Aun así, antes de decirles que hicieran algo, Jesús les dijo que oraran.

Sin embargo, es aun más sorprendente la razón que les dio por la que debían orar. Yo hubiera esperado que Jesús les dijera: «Muchachos, ustedes ven la necesidad. La cosecha es abundante. Así que oren por estas personas que están agobiadas y desamparadas. Oren por ellas». En cambio, no fue eso lo que dijo. Jesús no les dijo que oraran por los perdidos, sino por la iglesia.

¿Por qué te parece que Jesús pudo mirar a las multitudes que lo rodeaban, llenas de necesidades profundas, y se volvió a sus discípulos para pedirles que oraran por ellos mismos? La respuesta es humillante. Tal parece que cuando Jesús miró las multitudes agobiadas y desamparadas, su preocupación no fue que los perdidos no vinieran al Padre. Más bien, se preocupó al pensar en que sus seguidores no fueran a los perdidos.

Ahora bien, piénsalo. ¿Qué sucede cuando llevamos estas palabras de Jesús y las colocamos en un mundo donde hay más de mil millones de personas que todavía no han oído el evangelio? Una realidad fundamental salta a la vista: no estamos orando. Es la única explicación posible a que haya tanta cantidad de necesitados y tan pocos obreros. Las multitudes esperan oír, y nuestra necesidad más urgente es la de orar para que el Señor de la cosecha envíe cristianos a los campos de cosecha.

Este es el paso que podemos perder de vista con más facilidad y, con todo, es el más peligroso de no tomar en cuenta. En el evangelio hemos visto la profundidad de nuestra incompetencia y el alcance de nuestra incapacidad para lograr algo de valor eterno si no contamos con el poder de Dios. Planeamos, definimos estrategias, capacitamos a la gente y, a pesar de eso, la obediencia a Cristo requiere que oremos por la gente.

No hace mucho tiempo, un amigo pasó un par de semanas en Corea del Sur, un país que ha visto un crecimiento explosivo del cristianismo en los

últimos años. Algunos estiman que a lo largo del siglo pasado, casi la mitad de la población de ese país ha venido a Cristo. Los líderes han señalado que el poder de Dios a través de la oración es la razón por la que han visto un despertar espiritual tan generalizado.

Mi amigo estaba en un hotel y una mañana, alrededor de las cuatro de la mañana, lo despertó un fuerte ruido que provenía de afuera. Tambaleante, fue hasta la ventana y descorrió las cortinas para ver un estadio lleno de gente. Se preguntó: *¿Qué clase de deportes juegan los coreanos a las cuatro de la mañana?* Frustrado por su sueño interrumpido, se arrastró de nuevo hasta la cama y trató de dormir a pesar del ruido que venía del estadio al otro lado de la calle.

Más tarde esa mañana, bajó al vestíbulo del hotel y le preguntó al administrador qué clase de encuentro deportivo se celebró en el estadio. El administrador del hotel le respondió: «Ah, señor, eso no es un encuentro deportivo. Esa era la iglesia reunida para orar».

Tú y yo vivimos en una cultura donde nos reunimos en estadios y en torno al televisor durante horas para mirar cómo algunos muchachos corren alrededor de un campo con una pelota de cuero en las manos y tratan de cruzar una línea blanca. Expresamos entusiasmo, emoción y afecto por el fútbol americano y otros deportes, y cabe preguntarnos: ¿qué sucedería en nuestra cultura si la iglesia orara con semejante pasión? ¿Qué sucedería si Jesús dominara más nuestros afectos que las trivialidades superficiales que captan nuestra atención? ¿Qué sucedería si pasáramos horas delante de Dios orando en favor de la iglesia, de los perdidos y de los pobres alrededor del mundo?

Por supuesto, tu Experimento Radical no tiene que empezar en un estadio. Puede empezar en la sala de tu casa o en el lugar reservado que usas para orar. Cualquier lugar puede ser el sitio donde comiences a conectar la práctica de la oración con el propósito de Dios en el mundo.

No obstante, volviendo a mi pregunta: como individuos, ¿tú y yo podemos orar de manera muy específica por todo el mundo? La respuesta es sí.

Años atrás, me presentaron *Operación Mundo*, un libro de Patrick Johnstone de valor incalculable que ha revolucionado mi vida de oración más que cualquier otro libro aparte de la Biblia. El libro contiene

información detallada sobre cada nación del mundo, incluyendo estadísticas sobre la composición religiosa de cada país, actualizaciones sobre el trabajo evangelizador en cada nación y peticiones de oración de cada uno de estos países. También incluye una guía de oración que puedes seguir, y en el transcurso de un año, orarás de manera específica y deliberada por cada nación en el mundo. El libro tiene una versión para niños para el uso familiar, y toda la información en el libro se encuentra disponible en forma gratuita en línea (www. operationworld.org).

Permíteme presentarte a Ben y Jennifer, dos de los muchos padres en nuestra iglesia que usan este recurso para guiar a sus familias a orar de manera osada a fin de que los propósitos de Dios se cumplan en el mundo. Se reúnen todas las noches con sus dos hijos, de cuatro y dos años, para orar de forma específica por distintos países. Noche tras noche, sus vidas entran en contacto con la obra presente de Dios en el mundo, y sus corazones se están formando con el apasionado deseo de Dios por las naciones. Según palabras de Jennifer: «Dios está abriendo nuestros ojos a las necesidades específicas de los pueblos alrededor del mundo. Está cambiando cada día a nuestra familia y nos está preparando para nuestra parte en esta misión».

La oración no es llamativa y es probable que ni siquiera parezca radical, pero considera la historia de la iglesia. Hace tan solo un siglo atrás, las oraciones de un hombre, Evan Roberts (1878-1951), precipitaron un avivamiento en Gales en el cual aproximadamente cien mil personas vinieron a la fe en Cristo en cuestión de meses. Sin embargo, el efecto llegó mucho más allá de Gales. Comenzó un movimiento global entre el pueblo de Dios y los cristianos comunes comenzaron a esparcirse por las naciones. En los años siguientes, la población cristiana en Indonesia se triplicó. En India, la población cristiana creció dieciséis veces más rápido que la hindú. Alrededor de todo el mundo, las naciones eran testigos del derramamiento del Espíritu de Dios.

La oración puede conducirnos a resultados que van mucho más allá de lo que podemos imaginar. ¿Qué puede hacer *tu* oración cuando tiene el consentimiento de Dios? Imagínate.

Entonces, la primera faceta del Experimento Radical es orar por todo el mundo en un año. Te desafío a que de manera deliberada, específica y audaz ores para que se cumpla el propósito de Dios alrededor del mundo.

LEE TODA LA PALABRA

El segundo desafío en el Experimento Radical es leer toda la Palabra. Y no quiero decir ni más ni menos. Lee de forma sistemática toda la Biblia, desde Génesis 1:1 hasta Apocalipsis 22:21 y todos los 31.101 versículos que hay en el medio, en el transcurso de un año.

Nuestros hermanos y hermanas en todo el mundo muchas veces se reúnen a riesgo de sus vidas para oír y conocer la Palabra de Dios. Si queremos unirnos a ellos en obediencia radical a Cristo, debemos comenzar con las Biblias abiertas y las mentes ocupadas. Nos hemos acostumbrado demasiado a una «Biblia dietética», tanto como individuos como en la comunidad de fe. Hemos adoptado un cristianismo que se conforma con pequeños pensamientos devocionales para cada día, complementados por la enseñanza en la iglesia llena de historias entretenidas y de opiniones triviales sobre cómo ser una persona mejor y vivir una vida mejor en el siglo XXI.

Mientras tanto, sostenemos la incomparable Palabra de Dios en las manos que demanda una posición superior en nuestra vida, en nuestra familia, en nuestros pequeños grupos y en nuestras iglesias. ¿Somos conscientes de la batalla que ruge a nuestro alrededor? Existe un Dios verdadero que está sobre este mundo y que desea que todos se inclinen a los pies de un amoroso Salvador, y hay un dios falso en este mundo que quiere que toda la gente arda en el infierno[2]. La batalla es intensa y no podemos librarla con pequeños pensamientos insertos en un devocional diario o con ideas mezquinas que expresa un predicador el domingo. Sin duda alguna, no se puede librar con las mentes entumecidas por las constantes tonterías del entretenimiento en la televisión, en los DVD, en los videojuegos y en la Internet. Si queremos penetrar nuestra cultura y las culturas del mundo con el evangelio, necesitamos con urgencia que nuestra mente esté saturada de la Palabra de Dios.

Ahora bien, existen muchas opciones para poder hacerlo. Una rápida búsqueda en la Internet muestra que abundan los planes para la lectura de la Biblia. Algunos recorren la Biblia de principio a fin. Otros están organizados de acuerdo con la cronología bíblica. Otros incluyen lecturas de diferentes partes de la Biblia cada día, y algunos de estos están ordenados en forma temática. Ciertos planes requieren lecturas día por día,

mientras que prevén momentos para ponerse al día, en caso de que te pierdas aquí o allá. Es probable que el plan que le resulte atractivo a otro no te resulte atractivo a ti. El asunto es leer la Biblia. Cualquiera que sea la manera que escojas, léela.

Quiero poner un énfasis fuerte en particular en este paso del Experimento Radical. Hoy en día, el mercado cristiano está lleno de libros, algunos saludables y otros no tanto. Para ser sincero, vacilé mucho antes de escribir este libro porque miraba nuestras bibliotecas y me preguntaba: *¿Necesitamos otro más?* Supongo que solo el tiempo dirá si valió la pena, pero el tiempo ya ha hablado sobre un Libro.

Dios decidió por su inigualable gracia revelarse a nosotros en su Palabra. Es el único Libro que cuenta con su promesa de bendición a través del Espíritu para transformarnos a la imagen de Jesucristo. Es el único Libro que cuenta con su promesa de que se use para que nuestro corazón, nuestra mente y nuestra vida estén alineadas con Él. No estoy diciendo que Dios no haya usado o bendecido otros libros a lo largo de la historia cristiana, pero solo existe un libro que ha inspirado a la perfección mediante el Espíritu a fin de lograr ese propósito. Cuando abrimos la Biblia, contemplamos las palabras mismas de Dios, palabras que tienen un poder sobrenatural para redimir, renovar, refrescar y restaurar nuestra vida de modo que vuelva a ser aquello para lo cual se creó.

Por eso creo que es más importante que leamos Levítico que el mejor libro cristiano que se haya publicado, porque Levítico tiene una cualidad y produce un efecto con el cual ningún libro en el mercado cristiano puede competir. Si queremos conocer la gloria de Dios, si queremos experimentar la belleza de Dios, y si queremos que nos use la mano de Dios, debemos vivir según la Palabra de Dios.

Comprendo que estos dos primeros pasos en el Experimento Radical pueden ser menos de lo que esperabas y hasta resultarte decepcionantes. ¿Qué tiene de radical orar y leer la Biblia? Lo primero que puedo decir es que, a juzgar por la falta de fervor espiritual y de conocimiento bíblico que hay en las iglesias de hoy, estos son pasos extremadamente radicales. No obstante, si vamos un poco más allá, piensa por un momento lo que sucedería durante un año mientras oras por todo el mundo y a la vez lees toda la Biblia. Después de un año de esta clase de oración y de estudio, lo menos que sucederá es que tu vida se vea radicalmente diferente. Lo sé

porque es la promesa misma de Dios de transformar nuestro corazón para que sea como el suyo a través de la oración y transformar nuestra mente para que sea como la suya a través de su Palabra[3]. En nuestra búsqueda de lo extraordinario, muchas veces pasamos por alto la importancia de lo ordinario, y lo que propongo es que un estilo de vida radical comienza en realidad con un compromiso extraordinario, con prácticas ordinarias que han marcado a los cristianos que han influido en el mundo a lo largo de la historia.

Si permites que tu mente y tu espíritu se saturen de la Palabra de Dios día tras día, piensa cómo puede transformarse y radicalizarse tu vida. Este es el segundo componente del experimento: lee toda la Biblia en un año.

SACRIFICA TU DINERO CON UN PROPÓSITO ESPECÍFICO

Fíjate que no solo dije «da»; dije «sacrifica». Esto no será fácil, pero los dividendos que rinde (no solo para los que reciben tu sacrificio, sino para ti) son incomparables.

Verás, nuestro corazón sigue a nuestro dinero[4]. Como vimos en el sexto capítulo, esta es una realidad peligrosa para los cristianos estadounidenses y un punto ciego en el cristianismo estadounidense. Somos un pueblo rico que vive en un mundo empobrecido. Si solo ganamos diez mil dólares al año, somos más ricos que el ochenta y cuatro por ciento del mundo, y si ganamos cincuenta mil dólares al año, somos más ricos que el noventa y nueve por ciento del mundo. Mientras tanto, más de mil millones de personas viven en un estado de pobreza desesperante, con falta de comida, de agua, de ropa y de refugio. Entonces, ¿cómo podemos comenzar a luchar contra el materialismo en el esfuerzo por gastar nuestras vidas, y nuestro dinero, en favor de lo que es más importante para el corazón de Dios?

Cuando hablamos sobre cuánto es suficiente, exploramos brevemente cómo sería establecer un límite en nuestro estilo de vida. Pensamos en cómo podríamos establecer la diferencia entre necesidades y lujos a fin de reducir los lujos y deshacernos de la mayor cantidad de cosas posibles para satisfacer las necesidades que nos rodean. Miramos la vida de John Wesley como un ejemplo histórico, un hombre que estableció un límite en su estilo de vida por el bien de la necesidad desesperante a su alrededor. Entonces,

¿qué semejanza tendría esto en tu vida hoy?

¿Qué sucedería si a partir del próximo año establecieras un límite en tu estilo de vida? ¿Qué sucedería si el próximo año procuraras minimizar los lujos en tu vida? Esto podría significar vender algunos lujos que tienes y suspender la compra de lujos futuros, o sacrificar a propósito los recursos que ya tienes.

Enfatizo que esto será un compromiso de un año. Lo señalo porque es probable que haya algunos gastos que puedas posponer durante un año, pero que no podrías estar en condiciones de posponer durante diez años. Hay algunas cosas sin las cuales podrías vivir durante un año de las que tal vez no sería factible prescindir durante diez años.

Sin embargo, ¿qué implicaría para ti (o para tu familia) hacer sacrificios intencionales durante el próximo año para la gloria de Cristo a la luz de las necesidades específicas y urgentes que hay en el mundo?

Una vez más, la palabra clave aquí es *sacrificio*. El desafío no es solo regalar el exceso de cosas que de todas formas no necesitas. Eso no es sacrificio. Sacrificio es regalar lo que cuesta dar. Sacrificio no es dar según nuestra capacidad; es dar más allá de nuestra capacidad.

Cuando comienzas a sacrificar, surge la cuestión de en qué vas a gastar lo que has sacrificado. No quiero de ningún modo recomendar con exactitud en qué deberías gastar el dinero, pero te diré algunos elementos que creo que son importantes cuando decidimos dónde y cómo dar.

En primer lugar, destina el dinero a algo que esté centrado en el evangelio. Hay muchas organizaciones dedicadas a atender necesidades específicas en el mundo, pero la mayor necesidad que tiene la gente es Cristo. La satisfacción de las necesidades físicas temporales de la gente sin atender sus necesidades espirituales eternas pierde el holístico sentido bíblico de dar.

En segundo lugar, y relacionado con esto, da concentrándote en la iglesia. Hablaremos al respecto con mayor profundidad en un momento, pero por ahora, basta con decir que no es sabio pasar por alto al principal agente de Dios para traer redención al mundo, en el esfuerzo por satisfacer las necesidades de ese mundo. Su agente primario es la iglesia.

En tercer lugar, da para una necesidad específica y tangible. Por ejemplo,

si tratas de sacrificar tu dinero en algo vago como «dar para los pobres», te faltará un rostro asociado a esa necesidad que te haga recordar por qué debes sacrificarte para dar. Con relación a esto, dale a alguien o a algo a quien puedas servir estando a su lado. Cuanto más participas de la necesidad en forma personal, más podrás demostrarle a la gente el evangelio de manera auténtica. Entonces, es mejor conectar tu dádiva con tu acción.

Por último, dale a alguien o a algo en lo que puedas confiar. Todos tenemos conocimiento de los abusos que se cometen con la caridad en nuestra cultura, y como mayordomos de los recursos de Dios, tenemos la responsabilidad de darle a los que administrarán nuestra donación con integridad. También te aliento a que des de manera sostenible. Existen muchas maneras sabias y tontas de darles a los pobres. Si no tenemos cuidado, gastaremos nuestros recursos en proyectos a corto plazo que no tienen efectos a largo plazo. Es sabio gastar en lo que puede promover sustento a largo plazo entre los necesitados, en lugar de satisfacer las necesidades a corto plazo.

Este es el tercer componente del Experimento Radical: Durante un año, sacrifica tu dinero, cada dólar posible, a fin de gastar tu vida de manera radical en necesidades específicas y urgentes, espirituales y físicas que existen en el mundo.

PASA TIEMPO EN OTRO CONTEXTO

Así de importante como es para nosotros ser radicales en nuestro dar, es aun más importante ser radicales en nuestro ir. Esto nos lleva al cuarto aspecto del Experimento Radical. Aquí es donde este experimento nos toca de cerca. Aquí es donde van a conmover tu corazón, tal vez de una manera como nunca antes lo fue.

No sé si alguna vez has ido a cualquier lugar lejos de tu hogar, ya sea en auto o en avión, para hablar del evangelio o cuidar de los necesitados en nombre de Cristo. Sin embargo, lo hayas hecho o no, necesitas hacerlo en el próximo año para entrar por completo en la agenda de Dios para tu vida. Sé que algunos presentan objeciones, pero estas se vienen abajo frente a la realidad.

Recuerdo la primera vez que me preparaba para ir a Sudán, una nación

empobrecida por causa de años de guerra civil. El viaje me costaría alrededor de tres mil dólares. No era fácil viajar a Sudán, ya que todavía estaban en guerra, así que debíamos contratar un avión fletado y dedicar algunos días más de viaje para lograrlo. Me acuerdo de una querida señora de la iglesia que se me acercó y me preguntó: «¿Por qué no envía los tres mil dólares a la gente de Sudán? ¿No sería una mejor manera de usar el dinero que gastará en una semana y media de estar con ellos? Piense en todo lo que se podría hacer con ese dinero».

Esta pregunta quedó dándome vueltas. ¿Estaba malgastando estos fondos para poder ir siendo que podía darles el dinero en sí? ¿Debía ir? Seguí luchando contra esta pregunta hasta que llegué a Sudán. Allí tuve una conversación con Andrew que arrojó algo de luz a esta cuestión.

Andrew me contó acerca de cómo había sido su vida en Sudán durante los últimos veinte años. Desde el momento de nacer, había conocido la guerra y describió facetas del sufrimiento y la persecución que había soportado su pueblo. Me habló sobre los diversos grupos, en su mayoría seculares u organizaciones gubernamentales, que les habían traído provisiones durante ese tiempo y expresó su gratitud por la generosidad de mucha gente.

Sin embargo, después me miró y me preguntó:

—Aun a la luz de todas las cosas que la gente nos ha dado, ¿quiere enterarse de cómo se puede saber si alguien es un verdadero hermano?

—¿Cómo? —le pregunté inclinándome hacia delante.

—Un verdadero hermano viene a estar a tu lado en tiempo de necesidad —respondió. Luego, me miró a los ojos y dijo—: David, usted es un verdadero hermano. Gracias por venir a estar con nosotros.

Las lágrimas se me agolparon en los ojos cuando la realidad del evangelio se me aclaró de una manera nueva por completo. De inmediato, recordé que cuando Dios decidió traernos la salvación a ti y a mí, no envió oro o plata, efectivo ni cheque. Se envió a sí mismo, al Hijo. Me sentí culpable por haber considerado siquiera la posibilidad de enviar dinero en lugar de venir en persona a Sudán. ¿Cómo le mostraré el evangelio al mundo si todo lo que les mando es dinero? ¿Era tan superficial en verdad como para pensar que mi dinero era la respuesta a las necesidades del

mundo?

Si queremos cumplir con el propósito global de Dios, no será ante todo dando dinero, por más importante que sea esto. Sucederá, sobre todo, al darnos a nosotros mismos. Esto es lo que representa el evangelio y lo que requiere el evangelio.

Entonces, ¿cómo iremos? No cabe duda de que esto comienza en casa. Vivas donde vivas, se nos ordena que vayamos y hagamos discípulos allí. A la luz del ejemplo de Jesús, nuestro impacto principal a las naciones se producirá a través de hacer discípulos justo a nuestro alrededor. Recuerda que Jesús no viajó a cada lugar del mundo mientras estaba en la tierra, y tampoco fue a todas las multitudes. Derramó su vida sobre unos pocos hombres por el bien de las multitudes en lugares a los que jamás iría Él. Por lo tanto, nuestro hogar, nuestra comunidad y nuestra ciudad son los lugares principales y albergan a la gente principal con la cual impactaremos las naciones para la gloria de Cristo.

A lo largo de los últimos años, nuestra iglesia ha experimentado un cambio sutil aunque significativo en la manera que entendemos el «ir». En algún tiempo, tratábamos de organizar y centralizar todos los diversos tipos de ministerios para la comunidad de los que participábamos. Sin embargo, el problema era que cuanto más alentábamos y equipábamos a la gente para ir y hacer discípulos a todas las naciones, más difícil era tratar de controlar todo lo que hacían. Fue entonces cuando dimos un paso hacia atrás y nos dimos cuenta de que lo último que necesitábamos hacer era controlar todo lo que hacían los demás. Entonces, descentralizamos todos estos ministerios y, en su lugar, nos concentramos en capacitar a los hombres y a las mujeres para comenzar, conducir y liderar ministerios en toda la ciudad.

El efecto fue un tanto asombroso. Toda la gente en nuestros grupos pequeños comenzó a buscar los dones, las habilidades y las pasiones representados en su grupo, y después oró preguntando cómo quería Dios que los usaran para multiplicar el evangelio al hacer discípulos en la comunidad que los rodeaba. En lugar de organizar una Escuela Bíblica de Vacaciones en nuestro predio, los pequeños grupos esparcidos por toda la ciudad comenzaron a dirigir centros bíblicos en sus hogares durante toda la semana. Descubrieron que podían hablar del evangelio con sus vecinos de manera mucho más eficaz si solo los invitaban a sus casas. Esto contribuyó a impulsar otro tipo de ministerios. Ahora, nuestra familia de fe celebra

estudios bíblicos en los lugares de trabajo y en los vecindarios, ayudan a los adictos en centros de rehabilitación, sirven comida en los refugios para desamparados, enseñan a los huérfanos en los centros de aprendizaje, cuidan de las viudas en los hogares para ancianos, proporcionan cuidado para los ancianos en las residencias para enfermos terminales, les enseñan oficios a hombres y mujeres de modo que puedan trabajar, les enseñan a leer, acunan a los bebés enfermos en los hospitales, ayudan a los pacientes con SIDA, enseñan inglés a los que no conocen el idioma y hacen otras muchas cosas, todo en un esfuerzo por multiplicar el evangelio, ¡y nosotros no hemos tenido que organizar nada de esto!

Las posibilidades son ilimitadas cuando el pueblo de Dios está equipado y autorizado para lograr el propósito de Dios en el contexto del lugar donde viven día tras día.

Ir comienza donde vivimos, pero no termina allí, y aquí es donde llegamos al cuarto componente de nuestro Experimento Radical. Si hay mil millones de personas que nunca han oído hablar del evangelio y otros miles de millones que todavía no han recibido el evangelio, tenemos la obligación de ir a ellos. Esta no es una opción. Es una orden, no un llamado. Lo que es cuestión de llamado es a dónde iremos y cuánto nos quedaremos. No todos iremos a los mismos lugares, y no todos nos quedaremos la misma cantidad de tiempo. Aun así, no hay duda de que la voluntad de Dios es que llevemos el evangelio a las naciones.

Entonces, el cuarto desafío del Experimento Radical es dar algo de tu tiempo durante el próximo año a fin de dar a conocer el evangelio en un contexto fuera de tu propia ciudad. Sugiero que planees dedicar al menos un dos por ciento de tu tiempo a esta tarea. Ese dos por ciento es alrededor de una semana en el próximo año en la que viajarás y llevarás el evangelio a otro contexto en el mundo, ya sea en tu país o fuera de él.

Al finalizar el año, hombres y mujeres en nuestra iglesia aceptan este desafío en particular, y el resultado es literalmente historias todas las semanas de dónde han ido y cómo han visto obrar a Dios. Hemos descubierto que si dedicamos el dos por ciento de nuestro tiempo para poner en práctica el evangelio en otros contextos, tiene un efecto radical sobre el otro noventa y ocho por ciento del tiempo que ponemos en práctica el evangelio en nuestro propio contexto.

Casi todos los domingos, alguna persona o algún grupo se me acerca y me cuenta sobre lo que han experimentado al entregar el evangelio en otro contexto esa semana. Un domingo en particular, todo un grupo de personas se me acercó con sonrisas en el rostro. Acababan de regresar de América Latina. Una semana antes del viaje, la mayoría de ellos casi no se conocían, pero ahora estaban tomados de los brazos, desbordantes de entusiasmo por lo que habían visto hacer a Dios.

Este grupo decidió que si habían podido viajar juntos a otro país para predicar el evangelio, podían hacer lo mismo en nuestra comunidad. Entonces, comenzaron a juntarse todas las semanas y, luego, empezaron a ir en forma periódica a un complejo de viviendas subvencionadas en los barrios marginados, donde auspiciaban comidas al aire libre y festejos callejeros. Sin embargo, al poco tiempo se dieron cuenta de que si en verdad querían hacer discípulos en estos barrios, necesitaban hacer algo más que ir de vez en cuando. Como resultado, decidieron mudar las reuniones de su grupo pequeño al complejo de viviendas subvencionadas, donde comenzaron a reunirse con la gente de allí para estudiar la Biblia todas las semanas. En los días siguientes, comenzaron diversos ministerios para niños en el área y vieron a muchos hombres y mujeres con trasfondos de droga y de violencia venir a la fe en Cristo. La multiplicación del evangelio en América Latina llevó a la multiplicación del evangelio en los barrios marginados de Birmingham, Alabama. Nada de esto o lo otro, ¡esto y lo otro!

No obstante, la historia no termina allí. El fruto del ministerio de ese pequeño grupo ha crecido hasta convertirse en una organización que crearon algunos de los hombres con el ánimo de proporcionarles a los adolescentes con bajos recursos la oportunidad de ir a la universidad y crecer en Cristo de modo que estén preparados para «ir a todo el mundo multiplicando el evangelio al hacer discípulos», como ellos lo dicen. Otra familia trajo a su hogar a un hombre que vivía en la calle para ayudarlo a ponerse de pie.

Dicho de manera sencilla, el efecto multiplicador de hacer discípulos en todas las naciones no termina. Cuando un grupo de personas decide proporcionar el dos por ciento de sus vidas a fin de dar a conocer el evangelio en otro contexto alrededor del mundo, no tienen idea del cambio radical que se producirá en el otro noventa y ocho por ciento de sus vidas dentro de su propio contexto.

Estoy convencido de que cuando disponemos nuestra vida al propósito global de Dios, Él nos mostrará cosas que nunca hemos visto y nos llevará a lugares donde nunca antes hemos estado. Nos daremos cuenta de que Dios nos ha dado dones, habilidades y pasiones con el deseo de que los usemos de maneras únicas alrededor del mundo. Pienso en Adam, que es descollante en su trabajo en una compañía de sillas de ruedas en Alabama, pero que también va a Rumania para ayudar a hombres y mujeres empobrecidos e imposibilitados a adaptarse a las sillas de ruedas. Pienso en Darryl, que trabaja en la construcción aquí y después viaja a Ecuador para ayudar a construir casas para familias que no tienen nada. Pienso en Will, que es veterinario aquí y a la vez viaja a una reserva con problemas en Arizona con el fin de ayudarlos con el ganado.

Pienso en Andrea. Ella es una estudiante universitaria que admite con franqueza que no le gusta la universidad. Al graduarse de la enseñanza secundaria, de inmediato quiso ir a otro país. Según dice: «No quería ir a la universidad porque me parecía que sería una pérdida de tiempo. Después de todo, la gente se muere sin Cristo, y yo no tenía tiempo para educarme». Sabiamente, sus padres la persuadieron a que fuera a la universidad en Alabama, bien lejos de Asia o África, donde ella quería ir en realidad.

A Andrea le costó aceptar la importancia de la universidad hasta que un día, en uno de nuestros encuentros, hablamos sobre las necesidades entre el pueblo beduino, la mayoría de los cuales nunca ha oído el evangelio; entonces, se le hizo la luz. Estaba en la universidad para el bien de los beduinos. En cuanto pudo, se matriculó para estudiar árabe. Al poco tiempo de terminar estas clases, me mandó un correo electrónico donde me decía que se iría a pasar un semestre estudiando árabe en el Oriente Medio, donde tendría la oportunidad de estar entre los beduinos. Escribió: «Quería que supiera que Brook Hills se irá al pueblo de los beduinos este semestre y que tendrá la oportunidad de hablarles de Jesús».

Considera lo que sucedería si todos nosotros comenzáramos a mirar nuestras profesiones y campos de experiencia no solo como un medio para generar ingresos o como el desarrollo de una profesión en nuestro propio contexto, sino como plataformas para proclamar el evangelio en contextos alrededor del mundo. Considera lo que sucedería cuando la iglesia no solo envíe misioneros tradicionales al mundo, sino que también mande hombres y mujeres de negocios, maestros y estudiantes, médicos y políticos,

ingenieros y técnicos que pongan en práctica el evangelio en contextos donde nunca iría un misionero tradicional.

Si no tenemos cuidado, este compromiso del dos por ciento puede llevarnos un día a dar el noventa y ocho por ciento de nuestro tiempo en otro contexto, de modo que regresemos a nuestro contexto estadounidense para usar el dos por ciento en una visita al año. El asunto no es hacia dónde vamos, cómo llegamos, ni siquiera durante cuánto tiempo nos quedamos, sino solo que vayamos.

Entonces, ¿adónde irás? ¿Cómo permitirás que Dios te ensanche? El desafío como individuo o como familia es pasar el dos por ciento de tu tiempo durante el próximo año en otro contexto del mundo a fin de llevar el evangelio.

COMPROMETE TU VIDA CON UNA COMUNIDAD QUE SE MULTIPLIQUE

El último componente del Experimento Radical es comprometer la vida con una comunidad que se multiplique. Reservé este desafío para el final, porque es donde convergen los otro cuatro desafíos. Como exploramos en el capítulo 5, el mandamiento de Cristo de hacer discípulos es una invitación a entregar nuestras vidas por el bien de los demás. Dios nos creó para vivir en comunidad unos con otros, y la comunidad para la que nos crearon se llama iglesia. Como parte de una dinámica comunidad de fe, tendrás apoyo y aliento para poner en práctica tu intención de entregarte de manera radical a Jesús.

Es un glorioso privilegio ser parte del cuerpo universal de Cristo, unidos con hermanos de todo el mundo y de toda la historia, en una comunidad celestial. No obstante, además, es el modelo del Nuevo Testamento que nos muestra que debemos formar parte del cuerpo local de Cristo, un encuentro de hermanos y hermanas en una localidad en particular, donde nuestro cristianismo se hace vivo en el compromiso de los unos con los otros. Por designio de Dios, la iglesia local influye en cada faceta de nuestra vida cristiana.

Oramos por todo el mundo, pero no oramos solos. Oramos: «Padre *nuestro* que estás en los cielos». Nuestra oración está conectada en forma integral con la comunidad de fe más amplia de la que formamos parte.

Leemos toda la Palabra, pero nos necesitamos unos a otros para comprenderla, para aprenderla y para aplicarla. Sacrificamos nuestro dinero para un propósito específico y gastamos nuestro tiempo en otro contexto, pero no somos llaneros solitarios que tratan de alcanzar el propósito de Dios. El dar y el ir deben estar ligados a la multiplicación del evangelio a través de la iglesia.

Por lo tanto, si no eres un miembro comprometido, activo y consagrado de una iglesia local, el Experimento Radical, en su esencia, implica tu compromiso con una comunidad de fe. A lo largo de todo el libro hemos visto cómo la obediencia radical a Cristo influye en la manera en que operamos como iglesias locales. Esto no se pensó como una simple charla de un pastor. El objetivo no es que sigamos a Cristo como individuos, sino que nos juntemos en comunidades de fe, que nos neguemos a nosotros mismos, que tomemos la cruz y que sigamos en pos de Él. Cuando el joven rico de Marcos 10 se fue detrás de sus posesiones, Jesús miró a sus discípulos y les dijo que algunos de ellos perderían a la familia por seguirlo a Él. Entonces, luego, les dijo que recibirían más de lo que nunca habían tenido en hermanos, hermanas y madres, todos juntos bajo su Padre celestial. Este es un asombroso retrato de familia y un notable recordatorio de la belleza de la comunidad del Nuevo Testamento.

Lo cierto es que necesitamos una comunidad para seguir a Cristo de manera radical. Estoy convencido de que una de las razones por las que muchos de nosotros no hemos dado pasos radicales en el dar, por ejemplo, no es tanto que amemos nuestras posesiones, sino que le tenemos temor al aislamiento. Si la manera simple y radical de vivir de la que hablaba Jesús fuera más común en la iglesia, nos resultaría mucho más fácil vivir con sencillez. En cambio, miramos a nuestro alrededor y todos tienen bonitos autos, bonitas casas y estilos de vida caracterizados por los lujos, así que aceptamos que esta debe ser la norma para los cristianos. Tal vez cuando leemos la Biblia nos sintamos culpables, pero cuando nos miramos los unos a los otros, suponemos que debe estar bien, porque todos los demás viven de esa manera.

Si queremos vivir en obediencia radical a Cristo, necesitaremos a la iglesia para hacerlo. Necesitaremos mostrarnos unos a otros la manera de dar con liberalidad, ir con urgencia y vivir de manera peligrosa. Cuando sacrificamos nuestros recursos para ayudar a los pobres y después nos

enfrentamos a necesidades inesperadas e imprevistas en nuestras propias vidas, necesitaremos que los hermanos nos ayuden a permanecer. En el proceso, aprenderemos a depender los unos de los otros de acuerdo con el diseño de Dios. El propósito global de Cristo nunca tuvo la intención de que lo llevaran a cabo los individuos. Somos un pueblo global cuyas familias abarcan las naciones. Entonces, en primer lugar, te aliento a que termines con el frenesí y el materialismo de la iglesia en un ambiente dentro de una cultura centrada en uno mismo y que comprometas tu vida con personas que te necesiten y a quienes necesites.

Así que, una vez que comprometas tu vida con una iglesia local, o si ya estás comprometido con una iglesia local, busca el mejor camino dentro de esa comunidad de fe para hacer discípulos. En la iglesia que pastoreo, esto sucede ante todo a través de los grupos pequeños, hombres y mujeres comprometidos a testificarles de la Palabra al perdido, a enseñarse la Palabra los unos a los otros y a servir juntos al mundo. Jesús puso una prioridad fundamental en las relaciones del discipulado, y estas relaciones no pueden representar una parte simplemente auxiliar en nuestras vidas cristianas.

Entonces, ¿quiénes son los discípulos con los que te reunirás durante el próximo año en este Experimento Radical? ¿Junto a quiénes irás a la comunidad y a otros contextos? ¿A quiénes les hablarás de la vida de Cristo mientras les muestras lo que significa seguirlo? Durante el próximo año, ¿a quiénes les enseñarás la Palabra de Dios que Él te enseña a ti? ¿Cómo harás discípulos?

No podemos estimar en exceso el efecto de los creyentes que juntos comienzan a poner en práctica las verdades del evangelio en las iglesias. Hace poco, recibí la siguiente carta «crítica» de un hombre de nuestra iglesia. La he incluido completa para ilustrar lo que sucede cuando la gente que no conoce a Cristo ve el evangelio en acción en la iglesia. Este hombre escribió:

> Estimado Dr. Platt y la iglesia de Brook Hills:
>
> Basándome en lo que otros han dicho sobre usted y la familia de fe en Brook Hills, supongo que están acostumbrados a recibir

cartas de elogio. Espero que me disculpe, ya que le escribo desde una perspectiva diferente. Esta carta debería considerarse más como un elogio que como una advertencia. El propósito es ilustrarle cómo sus acciones y enseñanzas «radicales» relacionadas con la Palabra han destruido mi vida y es probable que la vida de otros como yo.

Permítame explicarlo… Me criaron, sin ir a la iglesia, unos padres amorosos que estaban muy satisfechos con sus vidas. La perspectiva mundana con la que crecí me permitió ver la hipocresía en la vida de los pocos familiares que asistían a la iglesia. Así, al convertirme en un hombre mundano, me encontré en el camino hacia el sueño americano. Hasta donde pude ver, este camino no atravesaba ni se acercaba siquiera a la iglesia. Fui a la universidad y me gradué, me casé con una mujer delicada y hermosa, y conseguí un trabajo decente y respetable que me permitió comprar una casa, o al menos pagar las cuotas de una hipoteca y hacer las máximas contribuciones a los fondos de ahorro. Con el tiempo, mi esposa y yo formamos una familia con dos hermosas hijas y un par de perros. Estaba viviendo la versión de clase media del sueño americano.

Era un hombre de familia decente y amable, con los pies arraigados en las realidades del mundo. Estaba satisfecho en gran medida con dedicarme al trabajo arduo, a fin de proporcionar los recursos financieros que necesitaría mi familia: un plan de jubilación, un plan de ahorros para la universidad, una cuenta de ahorro y otra cuenta de ahorro para vacaciones. También trabajaba para proveer las necesidades de la vida, como por ejemplo, un televisor de pantalla plana. El dinero que dedicaba a la caridad era mínimo, si era que dedicaba algo. Amaba a mi familia y amaba el tiempo que pasábamos juntos, pero estaba siempre distraído por las realidades financieras y las necesidades de nuestras vidas. Confiaba en los estados de cuentas para tener una sensación de seguridad.

Como muchos otros hombres mundanos, buenos, dedicados a salir adelante en este mundo, encontraba momentos de alegría cuando la declaración trimestral mostraba una ganancia. También experimentaba pronunciados períodos de estrés, de desilusión y

de enojo cuando esta declaración mostraba una caída o cuando teníamos que sacar dinero de los ahorros para pagar las cuentas. Sin embargo, aceptaba estos altibajos como realidades de la vida y, en términos generales, nos iba bien.

Entonces, llegó el día en que mi esposa, que a mí me parecía que me amaba, me dijo que deseaba criar a nuestras hijas en una iglesia y me pidió que comenzáramos a visitar las iglesias locales. A esta altura de la vida, me las había ingeniado bien para evadir las iglesias y los cristianos hipócritas que asistían a ellas. Siempre me había sentido incómodo entre cristianos que profesaban su fe, porque me faltaba conocimiento bíblico y suponía que me mirarían con desprecio. Ahora, para hacer feliz a mi esposa, tendría que asistir a una iglesia e interactuar con esa gente en su propio terreno. Acepté de mala gana y añadí la iglesia a mi lista de temidas actividades del fin de semana. Al comienzo, nuestro recorrido de prueba visitando iglesias resultó ser un tanto inocuo. La gente era agradable, pero la versión moderada de la Palabra que servían tuvo poco impacto y me dejó sin deseo de conocer más. Mi esposa, que tampoco estaba impresionada por estas experiencias, me sugirió que probáramos con Brook Hills, porque había oído buenos comentarios sobre esta iglesia. Bueno, si asistir a una iglesia normal era malo, estaba seguro de que asistir a una megaiglesia sería aun peor. Sin embargo, como siempre, mi esposa me convenció y asistimos a su iglesia por primera vez el otoño pasado. Ese día fue el comienzo de un proceso en el que usted y su familia de fe han ido destruyendo de manera progresiva mi vida en este mundo.

La Palabra que sirvió ese día fue fuerte y pura, no como las versiones moderadas que había recibido en el pasado. Tuvo un impacto inmediato en mí y, como la droga más adictiva, me dejó con deseos de recibir más. Comenzamos a asistir los domingos con bastante regularidad, pero pronto eso no fue suficiente para satisfacer mi creciente necesidad de recibir más de esta Palabra. Comencé a comprar CD de sermones anteriores para recibir mi dosis cuando iba al trabajo y cuando regresaba. Comencé a interactuar más con los miembros de esta familia de fe que no solo consumían esta Palabra, sino que parecían ponerla en

práctica también. Lo único que logré fue que se avivara en mí el deseo de recibir más. Pronto, ya asistíamos a un grupo pequeño los domingos, aparte de ir a la reunión general y, de vez en cuando, asistíamos los miércoles por la noche a un estudio bíblico.

Usted y esta familia de fe parecían demasiado felices de alentar y apoyar mi hábito. Al entrar cada vez más profundamente en esta adicción, comenzó a crecer en mí un efecto colateral conocido como fe. A medida que crecía mi fe, sentía una necesidad mayor de tener comunión con otros que sufrían de esta misma fe. Mientras tanto, iba perdiendo poco a poco el control de las realidades de este mundo, que habían sido mi fundamento, y vine a Cristo.

No puedo creer lo que la Palabra y esta fe creciente han hecho en mi vida a lo largo del año pasado. Solía evadir la iglesia por completo. Ahora asistimos a las reuniones los domingos y nos hemos unido a un grupo pequeño que se encuentra de tres a cinco horas todas las semanas en la casa de un vecino. Asisto a una clase para aprender a estudiar la Biblia. Solía evitar a los cristianos que profesaban su fe, y ahora me estoy convirtiendo en uno de ellos. Me encuentro buscando oportunidades para hablar de la Palabra y conversar acerca de mi creciente fe con otros.

Dejé de ahorrar para el televisor con pantalla plana, con lo cual no hay problema porque ya no tengo mucho tiempo para la televisión. He reducido las contribuciones a los distintos fondos de ahorro y dejado de mirar los resúmenes trimestrales. He pasado de tratar de ahorrar lo máximo posible, a tratar de encontrar maneras de deshacerme de nuestros ahorros, además de contribuir con regularidad a la iglesia y a diversas obras de caridad basadas en la fe y dedicadas a los pobres y a otros ministerios. Es curioso que esto me trae más gozo que el que jamás experimenté cuando los resúmenes trimestrales reflejaban una ganancia.

¿Qué me está pasando? ¡¡¡Es una locura!!! ¿Qué me han hecho?

El hombre mundano que era hace un año no reconocería al hombre en el que me estoy convirtiendo. Era un hombre que creía en las realidades de este mundo, que vivía el sueño americano,

que guardaba riquezas para un futuro confortable y que buscaba la seguridad en los resultados netos. Ahora, creo en un Dios al que no puedo ver, hablo con Él en oración y procuro una relación con Él. He encontrado la salvación en Cristo, a quien no puedo ver. Anhelo la eternidad en una futura creación que no se ha visto. Ahora, busco la seguridad en mi fe. Todo esto le hubieran parecido tonterías al hombre que era hace un año. Sin embargo, el hombre que era hace un año y la vida mundana que conocía están en proceso de destrucción. Es evidente que esto ha tenido un impacto en mí, pero también ha tenido un impacto en mi familia, con la cual oro a diario.

Quiero que usted y su familia de fe en Book Hills sean conscientes del papel que han tenido en la destrucción de mi vida mundana. También siento la necesidad de advertirle que si persiste en enseñar y poner en práctica la Palabra como lo hace en la actualidad, provocará un impacto similar en las vidas mundanas de otros como yo. Espero que tome conciencia de que tendrá que cargar toda la eternidad con sus acciones y con el efecto de ellas en las vidas de otros. Yo estaré allí en la eternidad para recordarle lo que me ha hecho.

Atentamente,
Su hermano en Cristo

Alabo a Dios por lo que sucede cuando la iglesia se une a fin de mostrar un evangelio radical. Por cierto, la iglesia es el plan de Dios para multiplicar el evangelio a todas las naciones y allí es donde los cristianos trabajan codo a codo en comunidades de fe que siguen a un Salvador radical, las mismas puertas del infierno no pueden detener la extensión de la gloria de Dios. Entonces, este es el paso final en el Experimento Radical: compromete tu vida con una comunidad de creyentes que multiplique de forma deliberada el evangelio al hacer discípulos.

UN SUEÑO

Este es el Experimento Radical. Durante el siguiente año, ora por todo el mundo. Lee toda la Palabra de Dios. Sacrifica tu dinero con un propósito

específico. Pasa tiempo en otro contexto. Compromete tu vida con una comunidad que se multiplique. ¿Aceptarás este desafío? A la luz de todo lo que hemos visto, ¿darás esos pasos prácticos para salir del sueño americano y comenzar a entregar tu vida a un evangelio radical?

Piensa en cómo puedes sentirte al cabo de un año de estar expuesto de manera íntima al corazón de Dios por cada nación en el mundo. Piensa en lo que podrías conocer de la gloria de Dios después de un año de escuchar con atención su voz. Piensa en todas las posesiones que tienes ahora y que te darás cuenta de que no necesitas, y también en todas las necesidades que puedes satisfacer al sacrificarlas. Pregúntate hacia dónde puede guiarte Dios, cerca o lejos, a un pueblo alcanzado o tal vez a uno no alcanzado que nunca habrá oído el evangelio hasta conocerte a ti. Reflexiona acerca de la comunidad de fe que te rodeará mientras encuentras relaciones que son la principal vía a través de la cual tu vida impactará al mundo.

¿Qué sucede cuando los hombres y las mujeres comienzan a seguir a Cristo con todo su corazón y van a todo el mundo? En este libro, he procurado entreabrir la puerta y proporcionar un esbozo de lo que puede llegar a ser. Sin embargo, este libro es solo eso: un esbozo.

Quiero ayudarte en este proceso. Además, quiero conectarte con personas y recursos que, al igual que tú, se encuentran en el proceso de seguir a Jesús en forma radical. Visita el sitio (en inglés) en la Web que acompaña a este libro (www.radicalthebook.com) a fin de encontrar más historias, nexos y ayudas que pueden hacer de tu experimento de un año un suceso emocionante. Además, por favor, si Dios comienza a hacer algo especial en tu vida como resultado de tu Experimento Radical, deja tu historia en el sitio Web para que otros puedan recibir tu aliento.

Tengo mucho más que descubrir respecto al discipulado radical de Jesús, y la iglesia de la que formo parte tiene muchísimo más que explorar.

Temo que al contar algunas de estas historias, haya dado la impresión de que en nuestra iglesia todo está en línea con la persona y el propósito de Cristo. Es lamentable que no sea así. Todavía nos queda mucho por recorrer. También temo haber dado la impresión de que no tenemos ningún problema al tratar de recuperar la esencia del evangelio en la iglesia. Puedo asegurarte que sucede justo lo contrario. Me he preguntado si sería beneficioso incluir un capítulo más lleno de todos los correos electrónicos

no tan positivos que me han llegado al tratar de poner en práctica las verdades fundamentales del evangelio en nuestra familia de fe. No estoy exento de faltas y he cometido muchos errores. Tengo mucho que aprender sobre lo que significa ser pastor y mucho por lo cual estar agradecido debido a la gran evidencia de la gracia de Dios manifestada en que la iglesia que pastoreo ha permanecido a mi lado durante todo este tiempo. Los amo más de lo que me hubiera imaginado cuando comencé a liderarlos, y una de las alegrías más profundas y más inmerecidas de mi vida es pastorear una iglesia en Estados Unidos que me hace creer que, bajo el poder del Espíritu Santo de Dios, puede sacudir a las naciones para su gloria.

También temo que al señalar fundamentos inherentes al sueño americano que no son bíblicos, haya creado la impresión de que toda faceta del sueño americano es negativa. Sin duda alguna, no es así. Aunque tenemos mucho que aprender de nuestros hermanos perseguidos en tierras donde no hay libertad, y aunque tenemos mucho que aprender de los hermanos empobrecidos en tierras con menos recursos, estoy agradecido a Dios por la libertad y los recursos que nos ha dado en Estados Unidos. No cabe duda de que estas dádivas de Dios han tenido un costo, y si no tuviéramos tales libertades y recursos, no existirían muchas de las oportunidades que tenemos de llevar el evangelio a las naciones.

Entonces, el desafío que tenemos por delante es usar las libertades, los recursos y las oportunidades que Dios nos ha confiado con este propósito en el mundo, mientras seguimos teniendo cuidado de adoptar ideas, valores y suposiciones que contradigan lo que Dios dijo en su Palabra.

Hemos visto lo que cuesta seguir a Jesús. Renunciar a todo lo que posees. Vender tus posesiones y darles a los pobres. Ir a lugares con gran necesidad y gran peligro donde puedes perder la vida. Entregar tu vida a las naciones por amor a Cristo. El costo de tomar la cruz y seguir a Jesús es elevado. Te cuesta todo lo que tienes. Sin embargo, al final, la recompensa es dulce. Ganas más de lo que jamás tuviste.

Según las palabras de Jesús: «Les aseguro […] que todo el que por mi causa y la del evangelio haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o terrenos, recibirá cien veces más ahora en este tiempo […] y en la edad venidera, la vida eterna»[5]. Cuando sacas bien las cuentas, esto no es un sacrificio en realidad. En la introducción a la biografía de Jim

Elliot, su esposa, Elisabeth, escribió un resumen de su vida y de su muerte que parece muy apropiado a esta altura. Ella dijo:

> El objetivo de Jim era conocer a Dios. El camino era la obediencia, el único camino que podía conducir al cumplimiento de su objetivo. Su final fue lo que algunos llamarían una muerte insólita, aunque al enfrentarse a la muerte señaló con calma que muchos murieron por causa de la obediencia a Dios.
>
> Jim y los otros hombres que murieron con él los aclamaron como héroes, «mártires». Yo no estoy de acuerdo y ellos tampoco lo hubieran estado.
>
> Después de todo, ¿es tan grande la diferencia entre vivir para Cristo y morir por Él? ¿La segunda no es la conclusión lógica de la primera? Además, vivir para Dios *es* morir «a diario», como lo expresara el apóstol Pablo. Es perderlo todo para poder ganar a Cristo. Cuando entregamos así nuestras vidas, lo encontramos a Él[6].

Como señala Elisabeth Elliot, ni siquiera la muerte como mártir se clasifica como obediencia extraordinaria cuando sigues a un Salvador que murió en la cruz. De repente, la muerte como mártir parece obediencia normal.

Entonces, ¿qué sucede cuando la obediencia radical a Cristo se convierte en la nueva normalidad? ¿Estás dispuesto a verlo? Tienes la oportunidad. Puedes aferrarte a los tesoros a corto plazo que no puedes retener o puedes vivir para alcanzar los tesoros a largo plazo que no puedes perder: la gente que viene a Cristo; hombres, mujeres y niños que viven porque ahora tienen comida; tribus no alcanzadas que reciben el evangelio. Además, la satisfacción inmensa de conocer y experimentar a Cristo como el tesoro que está por encima de todos los demás.

Tú y yo tenemos un promedio de setenta u ochenta años en esta tierra. Durante estos años, estamos bombardeados por lo temporal. Ganar dinero. Comprar bienes. Estar cómodos. Vivir bien. Divertirnos. En medio de todo eso, se nos ciega la vista a lo eterno. No obstante, allí está. Tú y yo estamos en el umbral de la eternidad. Pronto estaremos delante de Dios para

rendirle cuentas de cómo hemos administrado el tiempo, los recursos, las dádivas y, en definitiva, el evangelio que nos ha confiado. Cuando llegue ese día, estoy convencido de que no desearemos habernos entregado más a vivir el sueño americano. No desearemos haber ganado más dinero, adquirido más bienes, vivido de manera más confortable, tomado más vacaciones, mirado más televisión, buscado una jubilación mejor o haber tenido más éxito a los ojos de este mundo. En cambio, desearemos habernos entregado más a vivir para el día en que toda nación, tribu, pueblo y lengua se inclinen alrededor del trono y canten alabanzas al Salvador que se deleita en la obediencia radical, y en el Dios que merece adoración eterna.

¿Estás listo para vivir este sueño? No vaciles más.



MI EXPERIMENTO RADICAL

MI EXPERIMENTO RADICAL

Estoy de acuerdo con la afirmación radical de que solo puedo encontrar satisfacción y puedo servir de verdad a Dios en la entrega completa a Jesús. Por lo tanto, me comprometo a realizar el experimento de un año de vida radical según el evangelio… y a permanecer dispuesto a los permanentes desafíos que Dios quiere realizar en mi vida como resultado de este experimento.

Durante el próximo año…

1. Oraré por todo el mundo.

Para que este compromiso sea real en mi vida, decido aquí y ahora de manera específica a

____

____

____

2. Leeré toda la Palabra de Dios.

Para que este compromiso sea real en mi vida, decido aquí y ahora de manera específica a

____

____

____

3. Sacrificaré mi dinero para un propósito específico.

Para que este compromiso sea real en mi vida, decido aquí y ahora de manera específica a

____

____
____

4. Pasaré tiempo en otro contexto.

Para que este compromiso sea real en mi vida, decido aquí y ahora de manera específica a

____
____
____

5. Comprometeré mi vida con una comunidad que se multiplique.

Para que este compromiso sea real en mi vida, decido aquí y ahora de manera específica a

____
____
____

Firma____________________ Fecha_________________



Reconocimientos

Este trabajo es el fruto de la gracia de Dios expresada en mí de innumerables maneras.

Estoy agradecido a Randy, Sealy y Jeana por creer en este libro; a Ken y a los amigos de Multnomah por recibirlo; a Dave por hacerlo realidad y a Mark por su aporte veraz. No merezco la amabilidad que todos me han mostrado.

Estoy agradecido a papá, Eddie, Gregg, Franklin y Jim por invertir sus vidas en la mía. Oro para que en la eternidad mi vida resulte digna de todo lo que han vertido en mí.

Estoy agradecido a los ancianos, al personal y a los miembros de la iglesia de Brook Hills por darme el privilegio de ser su pastor. Según palabras de Pablo, los amo y los extraño, mi alegría y mi corona (Filipenses 4:1).

Estoy en deuda con mi familia por amarme constantemente y soportarme con paciencia. Mamá, gracias por todos los sacrificios que haces por tus hijos y tus nietos. Heather, Caleb, Joshua y el precioso niño que estamos a punto de adoptar, por favor, quiero que sepan el gran honor que significa para mí ser su esposo y padre.

Que la gracia de Dios para conmigo lo haga crecer a Él (Juan 3:30).



Notas

Capítulo 1: Alguien por quien vale la pena perderlo todo

1. Juan 6:53
2. Juan 6:66-67
3. Lucas 9:57-58
4. Lucas 9:60
5. Lucas 9:62
6. Lucas 14:26
7. Lucas 14:27
8. Lucas 14:33
9. Marcos 10:17
10. Marcos 10:21

10a. Nota de la traductora al español: El libro *Radical*, del Dr. David Platt, toca un punto muy sensible en la vida de la Iglesia de Cristo y de cada uno de nosotros como cristianos. Los fundamentos del «sueño americano» son el materialismo y la autosuperación, dos elementos que contradicen la enseñanza del evangelio. Estos «vicios» que se interponen entre nosotros y los planes de Dios para nuestra vida no se circunscriben a la realidad de Estados Unidos, sino que aquejan a todos los cristianos. La confianza en los bienes que poseemos (sean muchos o pocos), el amor al dinero y el deseo de alcanzar el éxito por nuestros propios medios (aun en el crecimiento de la iglesia) amenazan con impedirnos entrar a la esfera de una entrega radical al Señor Jesucristo. Este libro es un desafío y todo cristiano debería leerlo.

11. Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship*, Simon and Schuster, Nueva York, 1995, p. 89. 12. Marcos 10:21

13. Mateo 13:44

Capítulo 2: Demasiado hambriento para hablar

1. Creador soberano: Nehemías 9:6; Salmos 24:1-2. Conoce todas las cosas: Job 37:16; 1 Juan 3:20. Sostiene todas las cosas: Salmos 36:6; 104:24-30. Dueño de todo: Deuteronomio 10:14.
Santo: 1 Samuel 2:2. Recto: Deuteronomio 32:4. Justo en la ira: Romanos 3:5-6.
Amoroso: 1 Juan 4:16.

2. Habacuc l:13

3. Salmos 5:5

4. Juan 3:16, 36

5. Juan 8:34 (rv-60); 2 Timoteo 2:26

6. Romanos 5:10-12; 6:23; 8:10; Efesios 2:1, 3; 5:14; Santiago 4:4

7. Mateo 26:39; lee también Salmos 75:8; Isaías 51:22; Jeremías 25:15; Apocalipsis 14:10

8. Incluso las palabras de Juan respecto a recibir a Jesús (Juan 1:12-13)

9. Mateo 7:21-23

10. Efesios 2:8-9

Capítulo 3: El comienzo al final de nosotros mismos

1. James Truslow Adams, *The Epic of America*, Little, Brown, Boston, 1933, p. 415.

2. Juan 15:5

3. 2 Corintios 12:7-9

4. Josué 6:3-5

5. Hechos 1:14

6. Hechos 4:13

7. Hechos 5:12

8. George Muller, *Answers to Prayer,* comp. A.E.C.

Brooks, Moody, Chicago, sin fecha, pp. 9-10, énfasis añadido.

9. Lucas 11:11-13

10. Mateo 7:11

11. Juan 14:15-19

12. Juan 16:13

13. Espíritu de sabiduría: Efesios 1:17. Espíritu de poder: Hechos 1:8; 2 Timoteo 1:7. Fruto del Espíritu: Gálatas 5:22-23.
14. Juan 14:12-14

Capítulo 4: El gran porqué de Dios
1. Génesis 1:26-27
2. Génesis 1:28
3. Génesis 12:2-3
4. Éxodo 14:4
5. Daniel 3:28-29
6. Salmos 23:3; 67; Isaías 43:1-13
7. Ezequiel 36:22-23
8. Mateo 28:18-20; Marcos 16:15; Lucas 24:47-49; también Hechos 1:8
9. Apocalipsis 7:9-10

Capítulo 5: La comunidad que se multiplica
1. Juan 17:4
2. Juan 17:6, 10, 12, 13, 19
3. Mateo 28:18-20
4. Romanos 6:1-4
5. 1 Corintios 12:12-13; Efesios 4:4-6

Capítulo 6: ¿Cuánto es suficiente?

1. 1. 29; Amós 2:6-7; 4:1-3; 8:3-10; Lucas 6:24-26; Santiago 5:1-6

2. Mateo 25:41

3. Esto se aplica en particular a nuestros hermanos y hermanas en Cristo necesitados. Es el énfasis de Cristo en Mateo 25:31-36; la figura de la iglesia en Hechos 2:42-47 y 4:32-37; y la intención de Pablo, Santiago y Juan en 2 Corintios 8-9, Santiago 2, y 1 Juan 3, respectivamente.

4. Lee en especial Santiago 2:14-26; 1 Juan 3:11-24.

5. Claramente, existen muchas diferencias entre el pecado sexual y el material. Lo importante aquí es sencillamente que somos tentados a pecar en nuestra vida sexual y en nuestra vida material, y en ambos casos, necesitamos arrepentirnos. Respecto a la negligencia como pecado, lee Santiago 4:17 en particular.

6. 1 Timoteo 6:17

7. 2 Corintios 8:9

8. Lucas 16:25-26

9. Oye: Job 34:28. Alimenta: Salmo 68:10. Satisface: Salmo 22:26. Rescata: Salmo 35:10. Defiende: Salmo 82:3. Levanta: 1 Samuel 2:8; Salmo 113:7. Asegura la justicia: Salmo 140:12

10. La falta de fe en Dios del hombre rico se evidencia más al final de la historia, donde Jesús afirma que los fariseos habían rechazado tanto al Hijo de Dios como a la Palabra de Dios.

11. Una vez más, quiero tener mucho cuidado aquí de no implicar que el cuidado de los pobres es la base de nuestra salvación. Como vimos en el capítulo dos, la obra de Cristo en la cruz es la base de nuestra salvación y la fe en él es el medio por el cual Dios nos salva. Un fruto de nuestra fe es la preocupación por el pobre (lee Santiago 2:14-19 y 1 Juan 3:16-18). Entonces, cuando el pueblo de Dios estudia la verdad de la Palabra de Dios y ve la necesidad que lo rodea en el mundo, subsecuentemente responderá con la compasión de Cristo.

12. Marcos 10:23-24

13. Génesis 20:14-16; 26:12-15; 30:43; 47:27; Levítico 26:3-5, 9-13; Deuteronomio 28:1-14

14. 1 Reyes 8:56-66

15. Marcos 10:21-26

16. Para una discusión exhaustiva de esta afirmación, véase de Craig L. Blomberg, *Ni pobreza, ni riquezas: Una teología bíblica de las posesiones materiales* (Editorial Clie, Terrassa, Barcelona, España, 2004). Blomberg escribe: «El Nuevo Testamento siguió adelante con los principios fundamentales del Antiguo Testamento y del judaísmo intertestamentario con una notable omisión: nunca se prometió la riqueza material como recompensa garantida de la obediencia espiritual o del trabajo esforzado». Continúa diciendo: «La recompensa material de la piedad nunca reaparece en la enseñanza de Jesús, y se la contradice explícitamente en todos los evangelios» (páginas 242, 145, del original en inglés).

17. 1 Corintios 6:19

18. Marcos 10:17, 21

19. Jesús enseña que esta clase de fe es posible solo por la gracia de Dios (Marcos 10:27).

20. En Lucas 12:33, Jesús reitera el mismo mandamiento: «Vende tus posesiones y dalas a los pobres». 21. Robert H. Gundry, *Matthew: A Commentary on His Handbook for a Mixed Church under Persecution*, segunda edición, Eerdmans, Grand Rapids, 1994, p. 388.

22. Lucas 14:33

23. Marcos 10:17

24. Lucas 12:32-33

25. 1 Timoteo 6:9

26. Charles Edward White, «Four Lessons on Money from One of the World's Richest Preachers», *Christian History* 7, n.º 19, 1998, p. 24.

27. 2 Corintios 8:14; 9:11

28. 2 Corintios 8:14

29. Juan Calvino, *Commentary on the Epistles of Paul the Apostle to the Corinthians*, traducción de John Pringle, Baker Book, Grand Rapids, 2003, p. 1:297.

30. Juan Calvino, *Calvin: Institutes of the Christian Religion,* ed., John T. McNeill, traducción de Ford Lewis Battles, Westminster Press, Filadelfia, 1960, p. 2:1098.

31. Calvino, *Commentary on the Epistles,* 1:297.

32. 1 Timoteo 6:18

33. 2 Corintios 8:2

34. Marcos 10:28 (rv-60)

35. Santiago 1:27

36. Proverbios 6:6-8; 21:20; Lucas 12:16-21; Santiago 5:1-6

37. Marcos 10:22

38. Mateo 6:21

Capítulo 7: No existe un plan B

1. Es interesante que Pablo escribiera el libro de Romanos para convencer a los cristianos de aquella ciudad que lo ayudaran a llevar el evangelio a la gente que nunca lo había oído. Específicamente, quería ir a España (Romanos 15:24). Su ambición era «predicar el evangelio donde Cristo no sea conocido» (versículo 20), y la gente de España nunca había oído hablar de Cristo. Además, estoy muy agradecido a R.C. Sproul por su breve extracto sobre el destino de los no evangelizados en *Reason to Relieve: A Response to Common Objections to Christianity* (Grand Rapids, Zondervan, 1982, pp. 58-59). Los pensamientos que transmito aquí son el desarrollo de varias verdades que él propone allí.

2. Romanos 1:19-20
3. Romanos 1:21
4. Romanos 1:21
5. Romanos 1:21-25
6. Romanos 1:25
7. Romanos 1:24, 26, 29-32
8. Romanos 3:10-12
9. Romanos 3:19
10. Romanos 3:20
11. Este es el caso que Pablo expone cuando compara a los judíos con los romanos en Romanos 2:12-16. 12. Romanos 3:21-22
13. Romanos 5:1
14. Romanos 10:9-10
15. Romanos 10:13-15
16. Hechos 10

Capítulo 8: Vivir cuando morir es ganancia

1. Mateo 10:39

2. Mateo 10:8

3. Mateo 10:16
4. Mateo 10:21
5. Mateo 10:22
6. Mateo 10:23
7. 2 Timoteo 3:12
8. Mateo 10:24-25
9. Lucas 6:40

10. Filipenses 1:29

11. Mateo 10:26, 28, 31

12. Mateo 10:29

13. Colosenses 1:24

14. Hechos 8:1, 4
15. Mateo 10:30-31, *ntv*
16. Mateo 10:28
17. Filipenses 1:21

18. Apocalipsis 12:11

19. John G. Paton, *John G. Paton, D.D., Missionary to the New Hebrides: An Autobiography*, Hodder and Stoughton, Londres, 1891, p. 56.

20. Elisabeth Elliot, *La sombra del Todopoderoso: La vida y el testamento de Jim Elliot*, Editorial Vida, Miami, FL, 2007, p. 132 (del original en inglés).

21. Norman Grubb, *C.T. Studd deportista y misionero*, CLC Publications, Fort Washington, PA, 2004, pp. 120-21 (del original en inglés).

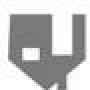
22. Hebreos 11:16

23. Erich Bridges, «Worldview: Remembering a Young Woman Who Followed God to the Desert», *Baptist Press*, 1 de agosto de 2002,

www.bpnews.net/printerfriendly.asp?ID=13951.

Capítulo 9: El Experimento Radical

1. Mateo 9:36-38
2. 2 Corintios 4:4-6
3. Mateo 6:9-15; 2 Timoteo 3:16-17
4. Mateo 6:19-21
5. Marcos 10:29-30
6. Elisabeth Elliot, *La sombra del Todopoderoso: La vida y el testamento de Jim Elliot*, Editorial Vida, Miami, FL, 2007, pp. 9-10 (del original en inglés).



Acerca del Autor

El Dr. David Platt es el pastor principal de la Iglesia de Brook Hills, una congregación de cuatro mil miembros en Birmingham, Alabama, que se describe a sí misma como «una familia de fe llena de discípulos que quieren impactar al mundo, que creen de verdad que como iglesia pueden sacudir a las naciones para su gloria».

Lo que más le gusta a David del ministerio es hacer discípulos: enseñar la Palabra de Dios, guiar a otros y multiplicar el evangelio. «Creo que Dios ha creado de manera exclusiva a cada uno de sus hijos para que impacten al mundo», dice. «La tarea de Dios es bendecir a su pueblo de modo que todas las naciones puedan conocer sus caminos y su salvación». A tal fin, David ha viajado por los Estados Unidos y alrededor del mundo, enseñando la Biblia y preparando a los líderes de la iglesia.

David tiene dos diplomaturas de la Universidad de Georgia y tres títulos de enseñanza superior que incluyen un doctorado en filosofía del Seminario Teológico Bautista de Nueva Orleans. Antes de venir a Brook Hills, trabajó en el seminario como decano de la capilla y profesor adjunto de predicación expositiva y apologética, y estuvo dentro del personal de la Iglesia Bautista Edgewater en Nueva Orleans.

David y su esposa, Heather, son oriundos de Atlanta y establecieron su hogar en Nueva Orleans hasta que los desplazaron debido al huracán Katrina. Viven con su familia en Birmingham.

Para mayor información sobre el Experimento Radical en la iglesia en Brook Hills, visita www.radicalexperiment.org (en inglés).

¿CUÁNTO VALE JESÚS PARA TI?

Es fácil que los cristianos estadounidenses olviden lo que Jesús les dijo a sus seguidores en cuanto a cómo vivirían y cuál sería su nuevo estilo de vida. Les dijo que por Él, dejarían la seguridad, el dinero, las conveniencias y hasta la familia. Abandonarían todo por el evangelio. Tomarían a diario su cruz...

SIN EMBARGO, ¿CONOCES A ALGUIEN QUE VIVA ASÍ?

En *Radical,* David Platt te desafía a considerar con corazón abierto cómo hemos manipulado el evangelio a fin de que encaje en nuestras preferencias culturales. Muestra lo que dijo Jesús en cuanto a ser su discípulo... y, luego, te invita a *creer* y *obedecer* lo que has oído. También nos cuenta la conmovedora historia de lo que sucede a medida que una iglesia «exitosa» de los suburbios se decide a tomar en serio el evangelio según Jesús.

Por último, nos insta a unirnos al Experimento Radical, un recorrido de un año a través del auténtico discipulado que transformará tu manera de vivir en un mundo que necesita con urgencia las Buenas Nuevas que vino a traer Jesús.

RADICAL

DAVID PLATT es el pastor de *The Church at Brook Hills*, una congregación de cuatro mil miembros en Birmingham, Alabama. Ampliamente considerado como un expositor excepcional, David ha viajado y enseñado en todo el mundo. Posee dos diplomaturas y tres títulos de enseñanza superior que incluyen un doctorado del Seminario Bautista Teológico de Nueva Orleans. David y su esposa, Heather, viven en Birmingham con su familia.

www.editorialunilit.com



Producto: 495782
Crecimiento espiritual /Vida cristiana
www.clubunilit.com

